CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

MADRID
ABRIL, 1956

76

f. de la Torre
II-56

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Suipacha, 778. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del libro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBAS Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanich Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.* HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Ceiva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.*—URUGUAY: Fraga, Domínguez Hnos. Colonia, núm. 902, esquina Convención. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, número 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.*—IRLANDA: Dwyer's Internacional Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.*—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (6 éme).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

Ciencias Económicas:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

Ciencias Jurídicas:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Poesía:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Arte:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

Ensayos Políticos:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

Ciencias Históricas:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

Hispanidad:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

Genealogía y Heráldica:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bibliografía:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Literatura:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *F. de la Torre.*



NUESTRO TIEMPO

EL PELIGRO PROTESTANTE EN HISPANOAMERICA (*)

¿CUÁL ES EL NÚMERO DE PROTESTANTES EN HISPANOAMÉRICA?

Imposible saberlo con aproximación. Su sistema de compilar estadísticas es de lo más arbitrario que se puede imaginar. No hay, por de pronto, un organismo central al que todas las sectas tengan o quieran enviar las suyas. Las condiciones de admisión en una iglesia difieren muy notablemente entre las diversas sectas. La complicación de datos ha quedado con frecuencia encomendada a pastores locales, del todo irresponsables, cuyo único afán parece consistir en duplicar o triplicar las cifras anteriores. La mayoría de las sectas tampoco se preocupa de restar los muchos miembros que anualmente abandonan su grey y que pueden, a veces, suponer hasta el 40 por 100 del total. Existe en estos últimos años, en las altas esferas del Committee on Cooperation in Latin America un marcado empeño en probar que, no obstante las cortapisas gubernamentales y las *persecuciones* suscitadas por la Iglesia Católica, el protestantismo va experimentando allí crecimiento insospechado. Nos hemos encontrado también con *expertos* que, incluyendo en sus estadísticas a los aspirantes, catecúmenos, alumnos de sus escuelas, y a *los muchos protestantes ocultos* que no pertenecen a ninguna escuela particular, aumentan en *varios millones* las cifras de sus adeptos. Otras tantas razones para ser cautos y no imitar a ciertos autores católicos (no queremos citar nombres) que, dando fe ciega a tales cálculos arbitrarios, se han deleitado en darnos un cuadro de lo más tétrico del Catolicismo en la América Hispana. Permítasenos elevar desde estas líneas nuestra protesta contra tan injusta y anticientífica actitud.

Las lecturas comparativas y la confrontación de fuentes parecen autorizarnos (siempre dentro de los límites prefijados) a ofrecer el siguiente progreso del aumento del protestantismo en Hispanoamérica. Distingamos con sus autores dos categorías de adeptos:

(*) Las ideas esenciales de este trabajo aparecieron en la Revista *Lectura*, de México, en su núm. 3.

los miembros comunicantes (que, con otro término, podrían llamarse *protestantes prácticos)* y *los miembros de comunidad total* (hombres que, si alguna vez estuvieron afiliados a una iglesia, ya no practican su fe ni guardan conexión alguna con la institución). Dado el sistema protestante de hacer conversos, resulta fácil inflar las estadísticas con estos últimos. Con frecuencia, basta que digan que *creen en Cristo y quieren ser salvos* o que *den su nombre a Cristo...* sin ningún requisito ulterior. He aquí, pues, las estadísticas:

Años		*Miembros comunicantes*	*Comunidad total aproxim.*
1890	....	—	50,000
1903	....	63,581	142,208
1911	....	150,000	304,936
1925	....	—	325,795
1938	....	204,785	600,000
1949	....	470,082	1.657,524
1952	....	1.340,927	3.353,021

Por tanto, el protestantismo no ha quedado estancado, sino que ha tratado de engrosar sus efectivos. ¿Cuál de las dos cifras aducidas para 1952 se acerca más a la realidad? A nuestro parecer, la relativa a los *miembros comunicantes.* Las repetidas experiencias de diversos países—aun no sudamericanos—nos han enseñado que ese abigarrado excedente que forma *la comunidad total* (en cuanto distinta del número de *comunicantes)* está integrada por miembros que de ningún modo merecen pertenecer a una iglesia protestante. Si hay excepciones, éstas quedan más que compensadas por los muchos comunicantes que, a pesar de haber abandonado sus respectivas iglesias, figuran todavía como miembros activos en las estadísticas. En otras palabras, y para no pecar de tacaños, pongamos la *comunidad protestante efectiva de Hispanoamérica en dos millones de adeptos.*

¿QUÉ SECTORES HAN QUEDADO MÁS AFECTADOS POR LA PENETRACIÓN PROTESTANTE?

Las sectas apenas han penetrado entre las gentes de las clases altas y de buena posición. Las que antes eran religiosas continúan guardando sus tradiciones. Las demás, se han vuelto anticlericales o indiferentes. Pocas han dado su nombre al protestantismo. En cambio, éste ha ejercido mayor influjo en la clase media y, sobre todo, en la indigente. En aquéllos, sirviéndose de sus centros de

enseñanza y de las organizaciones juveniles; en los segundos, por medio de la medicina gratuita, de los dones, de los empleos encontrados y también, en proporción considerable, con la educación que ha elevado el nivel social y cultural de muchos. Creemos que aquí estriba una buena parte del éxito protestante. Se está formando en Hispanoamérica una nueva clase media de enorme porvenir en el mundo de los negocios y en política. Pues bien: en su creación, los protestantes se atribuyen, y no sin razón, una parte del triunfo.

En lo futuro, las sectas están empeñadas en trabajar con tesón en la formación de un mundo nuevo: el de las poblaciones indias, a las que quieren atraer por medio de la medicina, de la beneficencia, de la educación y de una agresiva política social: el líder social. El líder social del Perú, José Haya de la Torre, es un producto típico del protestantismo y constituye un símbolo que no debemos olvidar ya que, a no tardar, puede repetirse en otras Repúblicas, dando a los protestantes el crédito que debiera ir a la Iglesia Católica, protectora durante siglos de las poblaciones indias de América.

¿HAY PELIGRO DE QUE HISPANOAMÉRICA SE HAGA PROTESTANTE?

No han faltado autores, aun católicos, que lo han predicho atribuyéndolo, unos, a la *absoluta decadencia* del Catolicismo en aquellas Repúblicas; otros, a cierta ley de la fatalidad; y alguno (por cierto, un jesuíta californiano) como castigo y como *shock* para que los católicos sudamericanos despierten a la realidad. Preferimos pasar en silencio el juicio que nos merecen tales afirmaciones, fruto las más de las veces, del desconocimiento de las cosas o de una bien poco cristiana superioridad racial. Entre los escritores protestantes, y a *fortiori* entre los que pudiéramos llamar imparciales por no pertenecer ni al protestantismo profesional y ser, por otra parte, anticlericales, el *consensus* es que en aquel hemisferio las sectas tendrán que resignarse a ser siempre una minoría. Hay demasiados óbices, empezando por los psicológicos y culturales, para tal metamorfosis. Los protestante cuentan con pocos miembros que estén realmente dedicados a la causa. La reacción católica (con el episcopado al frente y coadyuvada por las organizaciones seglares) es ya una realidad. Con la ayuda de Dios, el nuevo clero, joven y conocedor de la situación, se prepara a dar a los intrusos la batalla. Esto no quiere decir que al protestantismo

se le van a parar inmediatamente los pasos. La preparación de una contraofensiva requiere su tiempo; las instituciones educativas y sociales, las organizaciones juveniles y la propaganda escrita no se pueden improvisar. Durante unos años—tal vez hasta decenios—las sectas heréticas podrán continuar todavía su avance... No obstante, se ha caído ya en la cuenta de que el enemigo está dentro de casa y hay voluntad seria de arrojarlo de ella. ¡Ya es mucho!

¿CUÁLES SON LAS ZONAS PRESENTES DE MAYOR PELIGRO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA INFILTRACIÓN PROTESTANTE EN HISPANOAMÉRICA

He aquí nuestra opinión, sujeta siempre al veredicto de quienes conozcan mejor los hechos por ser testigos de los mismos en su correspondiente país:

Méjico.—Figura en los libros protestantes como el tercer país hispanoamericano donde las iglesias separadas han alcanzado mayores éxitos. En cuanto a estadísticas, las presentadas por sus informes son también bastante elevadas. Sin embargo, creemos que hay circunstancias diminuentes que nunca hemos de perder de vista. Ante todo, recordemos que los avances heréticos se han hecho a la sombra protectora de Gobiernos perseguidores del Catolicismo (y, por tanto, muy favorecedores del protestantismo) cuando los católicos mejicanos carecían de toda libertad de acción. En segundo lugar, las conquistas de las sectas se reducen a los estratos más pobres de la población (con un buen porcentaje de *conversiones interesadas)* y a sectores de rabioso anticlericalismo. Otra parte de las ganancias ha de atribuirse al engaño y a la ignorancia debidos a la absoluta escasez de sacerdotes católicos. En cambio, hoy—con la restringida libertad—existe en Méjico una formidable reacción religiosa y un clero, bien formado y celoso, que va a causar más de un disgusto a los protestantes. Una vez más, la tierna devoción mariana del pueblo va a salvar al país.

Islas del Caribe.—Hay entre ellas dos menos afectadas por el mal y otras dos en las que se notan síntomas de gravedad. *Santo Domingo* se ve todavía, si no inmune, al menos poco aquejado por la propaganda protestante. La sencilla devoción religiosa del pueblo no se presta mucho a su infiltración. Dígase algo parecido de *Haití,* no obstante las conquistas que algunas sociedades misioneras—por ejemplo, los baptistas—han obtenido entre las pobla-

ciones de origen africano. En cambio, tanto *Puerto Rico* como *Cuba*, están sometidos por las circunstancias políticas y económicas a una fuerte presión protestante. En ambos países el influjo sectario ha sido muy profundo—sus informes hablan de que casi un 20 por 100 de la población está enrolado en sus iglesias o fuertemente afectado por el influjo de la Reforma. En *Puerto Rico*, sin embargo, la gente es de una piedad honda y casi infantil—, lo que da (como se ha visto en su respuesta a las misiones populares organizadas por los jesuítas) esperanzas de reacción. En la bella isla cubana, los protestantes han penetrado más sistemáticamente. Sus grupos educativos, su propaganda oral, radiada y escrita, están bien organizados. Para echarlos o parar su avance se requerirá, por parte de los católicos, una fuerte organización, medios económicos y personal adiestrado. Las encuestas de la Agrupación Universitaria de Jóvenes Católicos pueden servir de modelo para lo que, en mayor escala, urge emprender.

Centroamérica.—Se halla también todavía a tiempo para rechazar los conatos de intromisión protestante. Las áreas más afectadas son *Guatemala* y *Costa Rica*, donde el anticlericalismo y las grandes compañías comerciales norteamericanas han servido a las sociedades misioneras de puente de plata para entrar y consolidar su labor. En *Guatemala* los protestantes han logrado avances y garantías no despreciables entre la población india. Como en ninguna otra República del hemisferio, urge aquí el aumento de sacerdotes católicos (aun en plan completamente de misioneros) si queremos llegar a tiempo. Estemos alerta para no desperdiciar la ocasión. *Panamá* no ha preocupado todavía demasiado a las sectas. Tienen otros países sudamericanos de mayor importancia y están seguros de que, el día en que lo deseen, podrán penetrar por el canal y desarrollar su plena actividad en el pequeño país tan ligado en todos sentidos con Norteamérica. *Nicaragua, Honduras* y *El Salvador* pueden defenderse todavía con facilidad del peligro.

Repúblicas andinas.—Hay en todas ellas conatos protestantes de penetración, pero ellos mismos son los primeros en confesar que el terreno se les presenta muy escabroso. Los avances logrados hasta la fecha se deben en buena parte a inconfesables connivencias de los partidos políticos liberales y anticlericales. *El Ecuador*. A pesar de lo que frecuentemente se nos anuncia sobre la importancia de la emisora quiteña (La voz de los Andes) y la abierta protección acordada a sus misioneros por ciertos políticos de izquierda, la patria de García Moreno no está todavía madura para el protestantismo. Las ganancias de adeptos son mínimas y reclutadas entre

las capas ignorantes de la sociedad, no siempre por métodos muy evangélicos. La reacción católica se está también reorganizando, y las sectas se quejan amargamente del fenómeno. *Colombia.* No obstante el flirteo del interregno liberal, ha resultado siempre un hueso duro para las sociedades protestantes. Las terribles campañas políticorreligiosas lanzadas últimamente contra supuestas persecuciones religiosas no les han dado los resultados apetecidos. Digan lo que quieran sus infladas estadísticas, el protestantismo está en *Colombia* de capa caída. Y la reacción de los católicos—y al frente de ellos la Compañía de Jesús—ha sido magnífica. ¡Bien por el católico pueblo colombiano! *Perú* se va convirtiendo cada día en objetivo más preciso del protestantismo. Tras el rotundo fracaso experimentado con blancos y mestizos, su tendencia actual es la conquista de las poblaciones indias por medios abiertos y camuflados de penetración. Esta no ha sido todavía profunda. La jerarquía ha mostrado estar alerta y, con valentía, se ha opuesto a tales conatos denunciándolos como contrarios a las tradiciones patrias y en pugna con la Constitución nacional. Con todo, los protestantes no se dan por vencidos. Cuentan con poderosos influjos entre los elementos liberales (aun dentro de la Universidad de San Marcos, cuyas cátedras han regido en diversas ocasiones), y esperan que, con un viraje de política, pueda cambiar también su situación. José Gálvez, Walter Montano, Haya de la Torre y un grupo de influyentes senadores figuran entre los incondicionales del protestantismo en el *Perú.* Y no creemos que las fuerzas católicas—clero y seglares—estén debidamente preparadas para caso de un fuerte ataque. El país debe, por tanto, considerarse como crítico, al menos en *potencia.*

Ni *Bolivia* ni *Paraguay* parecen figurar todavía entre los países preferidos de la penetración protestante. Tanto su personal misionero como las ganancias de adeptos continúan siendo reducidos, al menos en comparación con los de otras Repúblicas. En ambos, sin embargo, la tendencia es clara: la conversión, por medio de la beneficencia y de las obras sociales, de los sectores indios y el influjo sobre la población dirigente y culta sirviéndose de las obras de carácter educativo, principalmente sus colegios.

No podemos decir otro tanto de *Chile.* Aquí la acción protestante ha sido más persistente y metódica. Las obras ya emprendidas sociales, educativas, benéficas y de predicación directa forman una buena base de su penetración. Sus conquistas de adeptos no son despreciables. Tanto adventistas como, sobre todo, pentecostales, llevan a cabo entre las poblaciones sencillas campañas fanáticas

de proselitismo con resultados también aparentemente remuneradores. Los protestantes parecen hallar en el Gobierno y en las autoridades plena cooperación—y en muchos sectores católicos (al menos eso nos lo dicen en sus informes)—una extraña pasividad. Tampoco han faltado elementos del clero que, en vez de organizar una fuerte resistencia y una potente obra apologética, se han deleitado en elogiar el celo y el entusiasmo protestantes. El juego puede, a la larga, resultar peligroso. A esta *amigable actitud católica* (fruto quizá de un *maritainismo* exagerado) atribuyen los protestantes una buena parte del éxito. No olvidemos que en el programa protestante *Chile* figura entre sus países de predilección.

Argentina y, sobre todo, su capital van convirtiéndose asimismo en ancho campo al proselitismo protestante. No sabe uno, con todo, hasta dónde se extiende esa labor a los emigrantes europeos (ya protestantes antes de salir para el Nuevo Mundo) y dónde empieza su acción entre los sectores católicos, al menos de nombre y por tradición. Por eso, ni el gran aumento de capillas protestantes de Buenos Aires, ni el aumento de adeptos en sus listas, debieran *per se* conducirnos a una tajante conclusión. Por desgracia, existen otros indicios de que el protestantismo trata de infiltrarse—sobre todo entre las clases pobres—entre los desengañados políticos y entre ciertos sectores intelectuales. Las sociedades misioneras van también extendiendo su campo de acción a las diversas ciudades de la República antes casi del todo abandonadas, y también (al menos esporádicamente) a la campiña. El número de misioneros extranjeros supera con mucho el de años anteriores a la guerra. Nótase asimismo una actividad febril en la producción y repartición de propaganda escrita. En cambio, las autoridades tratan de pararles los pasos en la radiodifusión. El estado fluctuante de la situación política actual (en la cual los protestantes militan, a veces descaradamente) en la oposición hace arriesgado predecir el porvenir. La abigarrada población bonaerense, el abandono religioso en que se hallan muchos de los inmigrantes y la escasez de sacerdotes para atenderlos... constituyen una tentación para la intervención protestante. Por el lado favorable, la reacción católica ha sido valiente. Los protestantes se ensañan especialmente contra los Eminentísimos Cardenales, contra Mons. Francheschi, contra Hugo Wast y contra la Acción Católica. ¡Buena señal para quienes conocemos adónde se dirigen las fobias protestantes!

Uruguay continúa siendo, si no estéril, al menos muy difícil de cultivar para los protestantes. Sus colegios son pocos, las conversiones, escasas. El influjo es mayor entre la juventud gracias

al YMCA, que tiene en Montevideo su cuartel general para Sudamérica. Esta dificultad de penetración, que de suyo debiera ser motivo de alivio para los católicos, se convierte casi en pena al analizar la causa de la misma: la falta de susceptibilidad de mensaje religioso; en otras palabras, la fría indiferencia popular respecto del Cristianismo. La Iglesia Católica halla los mismos óbices en su camino. Y esto constituye positivamente un mal no obstante tratarse de una *República modelo* desde los puntos de vista social, cultural y educativo...

Brasil.—Ha sido el país de los grandes avances protestantes y de las sólidas obras educativo-sociales, la tierra donde los seguidores de la Reforma creen haber asentado firmemente el pie y donde cifran su mejor porvenir. El influjo de sus colegios ha sido muy grande. Cuentan entre sus miembros gentes que van subiendo en la escala social y aun alcanzando relevantes puestos en la política. No pocos de sus conversos dan pruebas de ardiente proselitismo. Cuenta con un numeroso ejército de auxiliares nativos y están llevando a paso seguro el establecimiento de iglesias autóctonas brasileñas capaces aun de sustentarse por sí solas y de mantener algunas de sus obras de educación y filantropía. Con esto, los misioneros extranjeros planean en trasladarse al interior, a los Estados menos provistos de clero católico... Otros tantos motivos para vigilar y organizar contraofensivas. El *Brasil* figura ciertamente entre las zonas de mayor peligro en Iberoamérica. Tal es es nuestro humilde parecer.

P. C.



PROBLEMAS ACTUALES DE LA NACION CHILENA

POR

LEANDRO RUBIO GARCIA

En el Informe sobre la economía mundial en el período 1953-1954, publicado por la Secretaría de las Naciones Unidas, un capítulo especial está consagrado al comentario de la inflación en Chile. Tal estudio trata de ilustrar acerca del conjunto del problema de la inflación y los factores originarios del proceso inflacionista en los países en curso de desenvolvimiento.

No hay lugar para las sorpresas. Cualquiera al tanto de los rumbos internacionales conocerá las realidades del vivir presente de la nación chilena. Ellas ofrecen a la meditación singularidades notables. (Aparte de ser susceptibles de servir de aleccionamiento en otros parajes sometidos a tensiones del mismo sentido.) Así se justifica, parcialmente, nuestro interés por Chile, evidenciado en la presente nota (1).

---

(1) En una breve "nota" como la presente, no cabe aludir a todas las facetas que el tema sugiere. No obstante, el lector puede hojear los siguientes trabajos, utilizados en parte por nosotros: Gilbert J. Butland, "Chile. An Outline of its Geography, Economics and Politics", *R. I. I. A.*, 1953, 128 págs.; G. J. B., "Politics and Economics in Chile", *The World Today,* febrero 1953, págs. 81-92; Angel Marvaud, "Prochaines élections présidentielles au Chili", *Le Monde,* 24-25 agosto, pág. 3; Tibor Mende, "Le Chili, laboratoire expérimental de l'Amérique Latine", *Le Monde,* 30 agosto 1952 y días sigs.; Tibor Mende, "Chili: essor de l'industrie, progrès de l'enseignement", *Le Courrier de l'Unesco,* enero 1953, página 14; Tibor Mende, "Un programa educativo chileno en gran escala", en *El hombre contra la ignorancia,* Unesco, 1953, págs. 56-58; "Chile's Economy Beset By Inflation Problem", *The Christian Science Monitor,* e. a., 22 mayo 1954, página 14. Ahora bien: advirtamos que singularmente nos hemos servido—y de un modo abundante—de la *International Financial News Survey,* del Fondo Monetario Internacional, y de la excelente *Fortnightly Review,* del Bank of London & South America Limited (citada en el curso de este comentario como *Fortnightly Review).* Aparte, hemos consultado el *Diario Oficial* de Chile, algunas publicaciones de la Dirección General de Estadística de aquella nación y determinados periódicos chilenos *(El Mercurio,* etc.). Para una valoración del *hecho chileno* en el panorama iberoamericano, consúltese Tibor Mende, "L'Amérique latine: spirale ou cercle vicieux", en *Dix Ans d'Histoire du Monde, 1944-1954,* Julliard, 1954, págs. 76-84; Elena de la Souchère, "Le mouvement ouvrier en Amérique latine", ídem, págs. 85-105; Charles A. Page, "Labor's Political Role in Latin America", *The Virginia Quarterly,* otoño 1952, págs. 481-499 (en este caso concreto, págs. 487-489). No apuntamos publicaciones de la Onu—particularmente sobre materias económicas—que enfocan muchos rasgos distintivos de Chile en relación con los otros Estados. (Por ejemplo, el *Bulletin Mensuel de Statistique.)* La coyuntura chilena nos ha atraído anteriormente. Véase como testimonio "Problemas económicos en Chile", *Estudios Americanos,* núms. 35-36, agosto-septiembre 1954, págs. 206-208.

Por lo pronto, percíbanse las originales características del país (2). Es del dominio común que Chile constituye uno de los Estados de mayor longitud del mundo—4.300 kilómetros—(mientras su anchura no pasa de los 400 kilómetros y, en ciertos sitios, apenas llega a los setenta). Su situación geográfica lo convierte prácticamente en una isla. Las tierras desérticas del Norte; la barrera majestuosa de los Andes, a un lado; el Océano, a otro; y los hielos antárticos al Sur han fomentado la insularidad de su pueblo. Además, en su interior hay, realmente, tres Chiles diferentes: el septentrional—pequeño Sáhara en donde están enterrados el nitrato y el cobre—; el central—una verdadera California—; y el meridional—una especie de Noruega—. Llegar a convertir esta cinta de tierra variada (de 741.767 kilómetros cuadrados—aproximadamente, una vez y media la extensión de España—) en una nación era ardua empresa; por consiguiente, nada de extraño tiene que los chilenos hayan venido a ser gentes prácticas... (3).

TRAS EL ASCENSO DE LAS NUEVAS "CLASES". LA INFLACIÓN

Después de la primera guerra mundial las nuevas fuerzas sociales—la clase media y el proletariado urbano—ascendieron al poder (4). En 1927, Carlos Ibáñez fué elegido presidente. A ello siguió una fase de reformas variadas, impuestas vigorosamente. Después, llegó el huracán de la crisis económica mundial. Y, entre julio de 1931 y diciembre de 1932, se sucedieron los presidentes, elegidos o interinos.

Apuntemos que Chile tuvo el primer Gobierno de frente popular de las Américas. No obstante, advirtamos que la administración del presidente Aguirre había desilusionado a los liberales, sin dar, por eso, mucha satisfacción a los conservadores, ni llenar las aspiraciones del país en general. A ello puso término la muerte de aquél en noviembre de 1941. Esto trajo una precipitada cam-

---

(2) La disposición geográfica de Chile ha sido denominada "una loca geografía. V. B. Subercaseaux, "¿Teoría fantástica?" "El último cuento de hadas", *Américas,* febrero 1953, págs. 19-22 (para esta cita, pág. 19).

(3) Pocas naciones de Sudamérica poseen una población de mayor homogeneidad que Chile. El pueblo chileno se caracteriza por su fortaleza física, su resistencia, su imaginación, su independencia personal y su optimismo.

(4) La ascensión de Arturo Alessandri a la presidencia en 1920 se ha considerado como la primera de un *plebeyo* en la existencia política chilena. (Criterio de Page.)

paña política para su sucesión, en la cual uno de los dos principales candidatos era Juan Antonio Ríos, que aparecía como el amigo de las democracias. Lo cierto es que el frente popular se desintegró gradualmente. Y con González Videla el centro de gravedad se desplazó hacia el ala derecha de los radicales, de los cuales aquél era el *líder*.

Pues bien: el triunfo del general Ibáñez en 1952 fué el resultado político de los problemas económicos chilenos de los años de la posguerra. El núcleo central de ellos es una continua inflación.

Notemos que el ingreso diario, por cabeza, de un obrero industrial era menos de trece pesos en la anteguerra; que en 1948 era de 94, y que en 1951 era de 150 pesos (5).

Parejamente, los gastos gubernamentales ascendieron de forma vertiginosa. Y el valor de la esterlina con relación al peso era de 180 en la primavera de 1951; de 375, en el otoño de 1952.

Las repercusiones de tal desorientación financiera son fáciles de comprender, especialmente en las economías domésticas. Y es natural suponer que por este motivo muchas de las mujeres—*nuevos* votantes—expresaran su protesta apoyando a Ibáñez, como hicieron muchos millares de ciudadanos que anteriormente habían votado en pro de los presidentes radicales.

Las demandas de nuevos salarios y sueldos, para hacer frente al ascendente coste de la vida, originaron una serie de huelgas extendidas de una clase a otra de la nación y de una sección a otra de los trabajadores. Una vez que tales peticiones eran admitidas, en todo o en parte, el torbellino inflacionario las absorbía: lo ganado por los trabajadores no tenía más que una virtualidad temporal; y surgían nuevas reclamaciones... González, fluctuando entre amenazas y arbitrajes presidenciales, se vió obligado en muchos casos a conceder buena parte de lo demandado. Y, a fin de cuentas, a despecho de las advertencias del Banco Mundial y de los consejos técnicos imparciales para poner freno a la inflación, ni el presidente ni el Congreso tuvieron éxito en su lucha contra tal situación.

Todavía más: la elección de 1952 era mirada por los comentaristas internacionales como una de las más significativas desarrolladas desde el final de la segunda conflagración universal en el hemisferio occidental. Incluso se presentó la cuestión como dilema entre evolución y revolución; entre libertades teóricas y elevación

---

(5) He aquí los números índices del coste de la vida en Santiago: 1937=100; 1947=377.

del nivel de vida de las masas impacientes... (Asimismo, la campaña presidencial del año 1942 fué vista desde el extranjero como un verdadero plebiscito en materia de política exterior, con los liberales y los *intervencionistas*, en favor de la candidatura de Ríos, y los conservadores y *aislacionistas*, respaldando a Ibáñez.)

Es sabido que Carlos Ibáñez resultó elegido para la presidencia del país chileno, a través de una conjunción de fuerzas diversas, en un movimiento *nacionalista* y *reformista* (6). Y, en vez de extraviarnos en excursiones dialécticas en pos del sentido de esta elección, aludiremos a las propias palabras del Presidente chileno, pronunciadas en la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso, el 21 de mayo de 1953. En esa ocasión, indicaba que los acontecimientos que habían conducido a su elección eran, aparte de otras consideraciones, las necesidades de cambios sustanciales en las políticas económica y social, para terminar un período que solamente *había favorecido a unos pocos y había olvidado a las masas*.

Pues bien: a su ascenso al Poder, Ibáñez se hallaba ante una escena política caracterizada por tres puntos esenciales: una industrialización llevada de forma sistemática durante una década; una estructura parlamentaria, y una fuerte tradición de izquierda.

Para los propósitos de este breve trabajo, dividiremos la cuestión en dos extremos: facetas económicas y perfiles político-sociales.

LA ECONOMÍA

A) *El desarrollo industrial.*—Empecemos por recordar la actuación, a partir de 1939, de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), el primer organismo de la planificación industrial del mundo iberoamericano (7). Ella ha constituído el instrumento principal de la industrialización de Chile.

El problema de este organismo era la diversificación de la

(6) Ibáñez obtuvo 436.345 votos; Matte—representante de una coalición de elementos predominantemente de derechas—, 257.066; Alfonso—el heredero oficialmente designado de la *Administración González*—, 187.044, y Allende, 52.348. Para un resumen del carácter de los partidos políticos en Chile, vid. G. J. B., citado al principio, págs. 82-83. Sobre el desarrollo ideológico, consultar Ricardo Donoso, *Historia de las ideas políticas en Chile*, Colección "Tierra Firme", del Fondo de Cultura Económica, 530 págs.

(7) Sobre los fines legales de esta institución, creada el 29 de abril de 1939 y por ley núm. 6.334—modificada posteriormente, en agosto de 1940—, véase "Situación social y económica en Chile", *Revista Internacional del Trabajo*, enero 1944, pág. 78.

economía chilena, desenvolviendo sus recursos de energía y de materias primas. Una de sus realizaciones—notable—ha sido la enorme dilatación de la producción eléctrica (8), haciendo posible el establecimiento de instalaciones industriales y la expansión consiguiente. Otra plasmación fecunda, sin rendir el patrimonio nacional a los intereses extranjeros, la ha integrado la zona petrolífera de Magallanes. Y un tercer hecho resaltable lo ha formado la moderna industria del hierro y del acero creada en Huachipato, cerca de Concepción.

En resumen, el país ha seguido la ruta de la industrialización. Como una muestra de este aserto, baste echar una ojeada a los números índices de la producción industrial de Chile en relación con los de otras naciones industrializadas y menos progresivas (1948 = 100).

	1937	*1952*	*Tanto por ciento de aumento*
Chile	65	133	105
Canadá	51	114	124
Estados Unidos	58	121	109
Japón	231	245	6
Francia	103	130	26
Italia	108	148	37
Países Bajos	87	129	48
Reino Unido	81	115	42
Alemania Occidental	172	247	44
Méjico	67	134	100
Argentina	56	94	68
India	84	118	40
Turquía	86	129	95
Grecia	118	170	44

Verdad es que el Gobierno actual estudia los planes para la dilatación de las industrias básicas (9), a fin de incrementar la producción de minerales, madera y productos de la pesca. Así lo declaraba el 20 de septiembre el ministro de Economía, en una conferencia de prensa.

Respecto a la producción de hierro, se dijo por el ministro que en el año actual alcanzaría la cifra de 600.000 toneladas, que sería doblada en el año próximo, y que, posteriormente, podría llegar a los dos millones de toneladas anuales.

---

(8) La media mensual de la producción eléctrica iba de 40 millones de kilovatios-hora en 1937 a 82 millones en 1946. (En España, en el mismo período, de 206 millones a 455.)

(9) Mencionemos el decreto núm. 375, de agosto de 1953, encaminado a estimular el establecimiento de industrias en las provincias. Idénticamente, citemos la nueva regulación de las inversiones de capital exterior por el decreto-ley núm. 437, inserto en el *Diario Oficial* de 4 de febrero de 1954.

Paralelamente, anotemos que la producción de cobre prevista para el año 1955 era de 450.000 toneladas.

Otro punto destacable es la producción de la Empresa Nacional de Petróleos, que ha pasado de 100.000 metros cúbicos, en 1950, a 276.000, en 1954. (Los cálculos para el año 1955 eran de unos 400.000.)

Las ventas del nitrato en el lapso 1 julio 1955-30 junio 1956 se han estimado, por la Corporación del nitrato, en 1.550.000 toneladas. Pero recuérdese que, en éste extremo, existe un problema, palpable fácilmente: al concluir el *año del nitrato,* el 30 de junio de 1955, quedaba sin vender un excedente de 100.000 toneladas, esperándose que un volumen similar *pueda acumularse* durante el año presente. Por supuesto, los medios gubernamentales se preocupan de este problema. Pero téngase en cuenta que, singularmente, es una materia de precios internacionales...

B) *La diversificación de la economía.*—Lo real es que, si bien el proceso crítico de la economía chilena ha tenido un origen financiero, el fuerte impulso dado a la industrialización por el Gobierno de González Videla—con su inevitable desembolso de capital (10)—contribuyó ciertamente como un poderoso factor económico. Pero, desde luego, nadie puede negar la precisión de la estructura económica chilena de liberarse de una dependencia de las exportaciones minerales (en 1951, el 55 por 100, cobre; el 18 por 100, nitrato y yodo; el 3 por 100, hierro).

C) *Los problemas de la agricultura.*—Mas urge percatarse de una circunstancia: Chile produce únicamente el 30 por 100 de sus necesidades alimenticias. Este es uno de los fallos primordiales de la urdimbre económica chilena, por encima de sus intentos industrializadores. *La faiblesse du Chili: son agriculture,* ha escrito Tibor Mende. *Agriculture Neglected,* señalaba en 1954 el *Christian Science Monitor,* en un artículo acerca de la economía de Chile.

Por un lado, el incremento de población y el proceso de industrialización, con la secuela de la urbanización, han elevado la demanda de productos agrícolas, observándose que el país resulta cada vez menos capaz de alimentar a sus seis millones de habitantes. (Informes de mayo de 1953 daban una población de 5.930.000 personas (11). De pasada, notemos que más de la mitad del elemento humano chileno vive en las provincias "industriales" de Santiago, Valparaíso y Concepción.) Apuntemos que, antes de la segunda guerra mundial, Chile era normalmente un exportador de

(10) Sin olvidar el recurso de los empréstitos.
(11) Véase *Fortnightly Review,* núm. 435, 30 mayo 1953, pág. 364.

trigo: en 1951, tuvo que importar 234.000 toneladas de este cereal. Las principales importaciones alimenticias son: azúcar (en 1955, por valor de 10,4 millones de dólares); trigo (7,6 millones); café (4,1 millones); aceites comestibles (2,9 millones); ganado (dos millones), y té (dos millones).

Pero, por otra parte, destaquemos que los ingresos obtenidos del nitrato y del cobre han predominado siempre en el conjunto de la renta nacional, de forma que la agricultura nunca ha gozado del puesto relevante en la economía, como en los casos del Brasil y de la Argentina.

Al mismo tiempo, véase otra evidencia: a consecuencia del protagonismo—relativamente rápido—de los partidos *burgueses* en el palenque político, existe un sistema bastante desarrollado de servicios sociales (12); lo que ha contribuído a neutralizar una eventual presión reivindicadora agraria (13).

Resumiendo, como ha advertido Tibor Mende, el interés suscitado por la industrialización del país y por la explotación de sus variados recursos ha tendido a desviar la atención del problema agrícola.

Empero, no ha habido más remedio que volver la vista a las cuestiones del agro. Concretamente, el Presidente Ibáñez, en su discurso al Congreso de 21 de mayo de 1954, inaugurando un nuevo período legislativo, mencionó su intención de favorecer a la agricultura en la mayor extensión posible y de mejorar el *nivel de los trabajadores del campo*.

Para tal directriz, todos los caminos son buenos. Se hacen desembolsos para la mecanización de la agricultura (13.000 tractores, con los adquiridos en 1954); se celebran exposiciones agrícolas (por ejemplo, la de Chillán, próxima a Concepción, abierta por el Presidente el 5 de marzo); acúdese a la apertura de Escuelas Agrarias (la de Agronomía de la Universidad de Concepción es una muestra). Hasta se recurre a la estructuración de industrias agrícolas (buen ejemplo, la de la remolacha azucarera). Para arribar a un proyecto de plan agrícola de ocho años, a fin de aumentar la producción en un 40 por 100: el objetivo es hacer al país autosuficiente en trigo, aceite comestible y productos lácteos. Clara-

---

(12) Chile fué el primer país de Iberoamérica en introducir el seguro social obligatorio. V. A. Flores Zorrilla y M. de Viado, "Asistencia médica en Chile", *Revista Internacional del Trabajo,* marzo 1945, págs. 335-363. Cons. asimismo Waldo Pereira Aguilera, *La seguridad social en Chile,* Santiago de Chile, 1950, 227 págs. No tenemos interés en entrar en la consideración del "dinamismo" de la seguridad social chilena.

(13) Topamos con el sistema agrario de *la hacienda,* anacrónico.

mente se impone la atención hacia la tierra y sus necesidades. A veces, se oyen voces pletóricas de prudencia. El 6 de noviembre de 1953, el ministro de Hacienda afirmaba que, si bien no dejaba de apreciar lo conseguido en la esfera industrial, deseaba destacar que la nación había llegado a una etapa en que resultaba necesario cambiar de política: principalmente, tras una que diese prioridad al desenvolvimiento agrícola. Ya en el discurso presidencial al Congreso de mayo de 1953 se citaba un programa nacional de largo alcance, cuyo eje esencial era un plan de desarrollo agrícola basado en las recomendaciones del Banco Internacional y de la F. A. O. De acuerdo con él, la agricultura sería coordinada con la industria, cuyos básicos integrantes—electricidad, acero, petróleo, etc.—habrían de continuar su ritmo de progreso.

D) *Interrogantes. Presupuestos y salarios.*—Ahora bien: insensiblemente, nos viene una postulación: ¿cabe esperar un mejoramiento real en la economía chilena, acosada por presiones acuciantes? Un síntoma significativo lo aporta la trayectoria del importe del presupuesto nacional. Vemos que en 1953 éste se elevaba a 47.464 millones de pesos; en 1954, a 62.941; en 1955, a 91.640; y en el año 1956, a 153.460 (14). Indiquemos a continuación algunos detalles del presupuesto chileno *en el capítulo de gastos:*

PRESUPUESTOS CHILENOS EN 1954 Y 1955

(GASTOS EN MILLONES DE PESOS-PAPEL)

	1954	*1955*
Presidencia y Congreso Nacional	321	529
Servicios independientes	155	163
Ministerios:		
Interior, Asuntos Exteriores	5.020	7.974
Hacienda, Educación y Justicia	26.867	35.374
Defensa: Ejército, Marina y Aire	10.006	20.513
Obras Públicas	8.294	11.461
Agricultura, Tierra y Colonización	1.370	1.254
Trabajo, Sanidad y Seguridad Social	5.655	7.240
Economía	4.885	6.889
Minas	368	243
TOTALES	62.941	91.640

Otro testimonio notorio es la cuantía del salario mínimo. Recojamos algunos pormenores. El salario mínimo legal para el año de 1955 se fijaba, por el Comité provincial, en la provincia de

(14) Según indicaciones del ministro de Hacienda, el 21 de octubre, el déficit en el presupuesto del año 1956 sumará 9.731 millones de pesos (haciendo un total de 38.000 millones de pesos con los déficit acumulados desde 1950). Otra prueba: el 16 de noviembre se cambiaba en el *mercado* la libra esterlina por 1.930 pesos chilenos.

Santiago, en 17.550 pesos mensuales. (Por más que el elemento trabajador pedía un salario de 20.000. Advirtamos que en la provincia de Concepción se había fijado en 19.550.) Pero, para el año 1956, el salario mínimo en Santiago ha quedado señalado en 30.390 pesos por mes. (Empero, los representantes de los empleados habían demandado un mínimum de 36.500.) En Concepción ha sido fijado en 37.145 pesos mensuales, y en Punta Arenas, en 37.800. Nos explicamos que el Presidente chileno haya mantenido esta posición: "La inflación no puede ser evitada, a menos que se impidan las alzas artificiales en precios y remuneraciones."

E) *Estudios y proyectos.*—¿Qué pensar en esa coyuntura? Bien se aprehende que todo el panorama de la nación chilena ha de verse sometido al agobio de la inflación.

Medidas para atajarla eran delineadas por el Presidente de la República el 2 de julio de 1953. Este apeló a todas las clases sociales de la nación a cooperar en llevar adelante sus planes con la finalidad de estabilizar la economía y *mejorar la condición social de los grupos de población económicamente débiles.*

De un modo o de otro, los problemas económicos chilenos han atraído el interés internacional (15). Registremos las *misiones* del Fondo Monetario Internacional y de las Naciones Unidas en marzo-abril de 1950 y del Fondo Monetario Internacional en 1953 (16). De manera idéntica, mencionaremos el Informe Lidstone, especialmente en tributación, vinculado a la división jurídica de la O. N. U., contratado por el Gobierno de Chile para pasar revista al sistema impositivo del país. Y, finalmente, téngase presente otro matiz: el grupo de expertos económicos contratados por el Gobierno de Santiago en los Estados Unidos para estudiar los problemas de la economía chilena e informar sobre ellos (la misión Klein-Saks).

EL ENTRAMADO POLÍTICOSOCIAL: AGITACIÓN Y CAMBIOS GUBERNAMENTALES

Y, tras las precedentes anotaciones, entramos en el segundo aspecto: los perfiles sociales y políticos de este Estado sudamericano.

---

(15) Así, el libro *Current Research in International Affairs,* de la Carnegie Endowment, aparecido en 1952, registra un estudio llevado a cabo por Donald Beatty en la Universidad de Minnesota acerca de la economía de Chile en la actual centuria, poniendo de relieve el esfuerzo para ampliar la base económica por medio de la industrialización. En él se pasa revista a la vieja economía agrícola y minera y a su alteración como secuela de la importancia otorgada a la expansión industrial, fijándose la atención sobre la aparición de un proletariado urbano, sus problemas y la legislación social. (No se señala fecha de aparición: *Indefinite.)*

(16) Véase *Fortnightly Review,* núm. 435, pág. 363.

En primer lugar, no es raro que, en un ambiente económico arriscado, se haya prodigado la agitación social (nacida de la inflación).

No se soslaye la realidad de que la industrialización ha favorecido el desarrollo del movimiento sindical (hoy día, en su mayoría ligado al socialismo, con una minoría integrada en la ideología comunista (17).

Antes hemos aludido al movimiento huelguístico. Pues bien: el Presidente Ibáñez ha tenido que enfrentarse con huelgas y huelgas, principalmente en las zonas del cobre; hasta el extremo de que el 3 de septiembre de 1954 el Gobierno hubo de emitir un aviso indicando que, mientras los derechos serían respetados y las legítimas reclamaciones consideradas, se tomarían medidas severas contra las actividades subversivas o la incitación a las huelgas ilegales. En ese mes, el Presidente de la República declaró el estado de sitio en cinco provincias, estableciéndose el control militar (particularmente en los centros mineros). Ahora bien: este estado de emergencia fué levantado el 30 de diciembre. Mas el aspecto legal del decreto había originado controversias y generado complicaciones políticas, que, por último, fueron superadas por un compromiso entre el Ejecutivo y el Congreso.

Hagamos constar, por su significación, un par de *paros del trabajo* ocurridos en el año 1955. Primeramente, subrayemos las cuestiones del nuevo Banco del Estado—nacido por la fusión de varias instituciones oficiales—, implicando problemas de antigüedad en el *cuerpo*, que degeneraron en huelga, arresto de dirigentes, extensión de la huelga—por solidaridad—a todos los Bancos del país (a excepción del Banco Central y del Banco de A. Edwards y Cía.); y que terminaron con la liberación de los detenidos (26 de marzo y 5 de abril).

En la misma dirección, las demandas de aumentos de salarios por parte de los funcionarios y por parte de los obreros del transporte crearon una seria situación al Gobierno hacia la mitad de 1955. Anuncióse una huelga para el mes de julio si sus reclamaciones no eran atendidas. Los empleados del correo decidieron un paro en simpatía hacia los otros empleados del Gobierno. Y los informes cablegrafiados desde Chile indicaban que el 5. de julio habían ido a la huelga 38.000 personas. El día 7 una demostración organizada por la Central Unica de Trabajadores reunía a más de

(17) Chile no ha conocido *una revolución social;* en su lugar, a diferencia de las otras Repúblicas sudamericanas—con excepción de Uruguay—, ha conocido *una evolución social.* Este es el juicio de Charles A. Page, cit. ant., pág. 488.

un millón de almas. La huelga concluyó el 9 de julio, después de paralizar muchas actividades en las mayores ciudades. (Aunque el servicio postal no se restableció completamente hasta el día 11.)

Nuevamente, el 26 de septiembre el Gobierno estableció el estado de sitio en las cinco provincias mineras de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, O'Higgins y Concepción. La prensa diaria informaba, en diciembre, de la institución del control del ejército sobre determinadas minas...

El Ejecutivo chileno ha venido intentando la concesión por el Congreso de *poderes extraordinarios*, con el designio de actuar más eficazmente contra las huelgas y la agitación obrera (según se dice, de inspiración comunista) (18). Pero en el Congreso ha habido considerable oposición a tal pretensión.

* * *

A la *violencia* laboral deben añadirse los cambios gubernamentales. Citemos: la dimisión del secretario general del Gabinete, en el primer trimestre de 1954; la dimisión del ministro de Trabajo, el 12 de abril; la dimisión del ministro del Interior; la reorganización gubernamental del 5 de junio (Gobierno de técnicos más que de políticos; la edad media: cuarenta y ocho años); la dimisión del Gabinete el 30 de diciembre (formándose otro el 6 de enero); la reorganización del Gobierno—parcial—del 21 de febrero; los cambios de mayo y de finales de agosto; la superación de otra crisis gubernamental el 3 de octubre (el Presidente confirmó a los ministros en sus puestos, excepto al titular del Departamento de Hacienda, que había dimitido el 1 de octubre).

* * *

¿Cómo explicarse todo esto? Para unos, como una derivación de los *males políticos* de la nación chilena. Así, Carlos Ibáñez, en

(18) Apuntemos el sostén dado por el Presidente a la ley de Defensa de la democracia, promulgada en 1948, con el objeto de detener el avance del comunismo. Con la particularidad de que, en el curso de la campaña electoral, Ibáñez había afirmado frecuentemente que trabajaría por su derogación. Mas, una vez en el Poder, decidió no hacerlo "después de ver los esfuerzos de los comunistas" por atacar al Gobierno. (Véase el discurso del Presidente en Valparaíso el 16 de noviembre de 1953.) Sin embargo, en el mensaje del Gobierno al Congreso, que acompañaba al proyecto de derogación de tal disposición, a mediados—poco más o menos—de 1953, se indicaba que los peligros para las instituciones democráticas causados por ciertas ideologías "sólo pueden alejarse por la recuperación económica y la justicia social".

un discurso conmemorativo de los dos años de su presidencia, hacía responsable de las dificultades del país a la anterior Administración; se quejaba, en duros términos, de la obstrucción del Congreso a sus planes de reforma; y culpaba a los "políticos profesionales" de muchos de los males de la nación chilena.

Mas afloran otros síntomas, asaz reveladores. Por ejemplo, en una elección senatorial celebrada en la provincia de Santiago—una de las "plazas fuertes" del *ibañismo* en la anterior elección—resultó vencedor, con una gran mayoría, el candidato de la oposición (que supo unirse para presentar una candidatura; de lo que no fueron capaces los partidos gubernamentales). Aunque haya de hacerse una salvedad: la elección tuvo lugar en un *mal* momento, ya que el aumento de las tarifas de los transportes por ferrocarril (19) (una de las medidas estabilizadoras del Gobierno) ocasionó un incremento sustancial en los precios de diversos artículos de consumo. En otra elección desarrollada en Santiago el 6 de febrero, para cubrir una vacante en la Cámara de los Diputados, el candidato oficial fué derrotado por el de los partidos de la oposición (también por un gran número de votos). ¿Pierde el Gobierno el apoyo popular?

Se ha llegado a hablar de disgregación de las fuerzas gubernamentales. (Apréciense en su justo valor las críticas del Presidente al Congreso nacional del partido agrario laborista, el principal puntal político del *ibañismo*, celebrado en Valparaíso el 16 de noviembre de 1953.) (20).

Y ciertas metas del Presidente Ibáñez cabe perfilarlas con alguna claridad. En 1954 revelaba que pensaba formar un equipo de *expertos legales* para estudiar las reformas de la Constitución: ampliación de los poderes del Ejecutivo, posibilidad de reelección presidencial después del período sexenal del mandato, etc.

LA EDUCACIÓN

En todo caso, Chile ha de resolver grandes problemas. Pero hay que percatarse de esta evidencia: no todo son dificultades económicas o políticas. Hay, por ejemplo, el asunto de la instruc-

(19) Los ferrocarriles funcionan con pérdidas, a pesar de los grandes incrementos en las tarifas sufridos en los últimos años. Se han impuesto economías. Y en 1954 el presidente Ibáñez firmó un decreto por el que treinta y seis estaciones de pequeña importancia serían clausuradas, así como dos ramales. Los edificios serán habilitados para escuelas.

(20) En el primer trimestre de 1955, el partido contaba con siete representantes en el Gabinete, incluyendo los importantes departamentos del Interior, Economía y Hacienda.

ción, base, en último término, de todo progreso político-económico, dígase lo que se diga.

A mediados del siglo pasado sólo sabía leer un 13 por 100 de la población (entonces, de un millón y medio de habitantes). En 1940, el porcentaje había ascendido a cincuenta y ocho, siendo la cifra total de habitantes de cinco millones. Recordemos que la enseñanza primaria obligatoria se introducía en Chile en el año de 1920. Pero con tal medida no se resolvía el problema de poner fin a la necesidad de instruir a los adultos.

En 1939, Amanda Labarca, directora de cursos de vacaciones y de ampliación de estudios, sorprendió al público señalando que, de cada 10.000 chilenos llegados a la adolescencia o en plena edad adulta, 2.219 eran analfabetos; 2.168, estaban en edad de ir a la escuela, pero sólo 568 acudían a ella; 61, concluían sus estudios primarios; tres, ingresaban en la Universidad y sólo uno recibía su título de profesional.

Lo innegable es que en 1939 había en Chile 250.000 niños que no concurrían regularmente a clase (ya fuera debido a que sus padres necesitaban de su trabajo para contribuir al presupuesto doméstico, o simplemente a causa de que no había escuelas en los alrededores a las que pudieran trasladarse a pie). Con la singularidad de que, de los 191.000 niños ingresados en las escuelas primarias en 1939, únicamente la séptima parte cursó los seis años de estudios correspondientes. (Y, a pesar de las leyes de enseñanza obligatoria, 468.000 no recibieron instrucción alguna.)

El Gobierno ha acometido la tarea de la alfabetización (clases de adultos, etc.). Los resultados han sido estimulantes. Pero no puede decirse que sean adecuados. Máxime cuando el número de analfabetos en el Chile actual iguala todavía al de la población total de la capital, Santiago—en 1940, 952.075 habitantes; en 1953, 1.348.283—. (Y a esa cifra aún se adiciona el total de los menores de quince años que no saben leer.)

Piénsese, sin embargo, en otros índices de cultura: en el nombre de la poetisa Gabriela Mistral, en el del pianista Claudio Arráu, en la acción del Teatro experimental de la Universidad Nacional de Chile...

EL COMERCIO EXTERIOR

Lógico es que hagamos alusión a las directrices del comercio exterior de la República chilena, aunque sea en mínima abreviatura.

COMERCIO EXTERIOR DE CHILE (EN MILLONES DE PESOS-ORO (*).

	EXPORTACIONES			IMPORTACIONES		
	1951	*1952*	*1953*	*1951*	*1952*	*1953*
Estados Unidos	935,2	1.278,6	1.282,0	878,3	927,3	857,0
Argentina	122,8	189,1	216,4	126,2	151,1	150,0
Alemania	79,3	118,1	107,6	81,5	104,0	108,1
Reino Unido	109,5	122,4	70,0	115,1	157,2	103,1
España	10,1	26,7	39,5	32,3	18,9	27,9
TOTALES	1.824,4	2.237,1	2.010,3	1.595,1	1.796,4	1.625,4

LA POLÍTICA EXTERIOR

De la consulta de esos pormenores se deduce con facilidad el significado de los Estados Unidos en las relaciones exteriores chilenas. En ellas los Estados Unidos ocupan un puesto de primera importancia.

Nunca en la historia de Chile fueron más cordiales las conexiones con los Estados Unidos que bajo el mandato de González Videla. Consignemos el papel desempeñado por los créditos norteamericanos en el fomento industrial de Chile. No obstante, es menester pensar en la denuncia, el 2 de mayo de 1952, por el Gobierno de Santiago, del Acuerdo de abril de 1951, que reservaba al mercado norteamericano el 80 por 100 de la producción de cobre chileno al precio de 27,5 centavos la libra. Las expediciones hacia Estados Unidos se reanudaban tras el Acuerdo, que elevó esa cifra a 33,5 centavos. En este asunto del cobre chileno y los Estados Unidos existe la posibilidad de acumular otras peripecias (21). Mas baste con lo dicho.

Asimismo importa fijar las dificultades surgidas a propósito de la ratificación del Tratado de asistencia mutua con Norteamérica. Este Convenio, cuya preparación había sido laboriosa, motivó una viva resistencia, desplegada tanto por los nacionalistas como por los comunistas; y manifestaciones en la vía pública. Fué llamado

(*) En septiembre de 1954, aproximadamente, 4,85 pesos-oro = un dólar estadounidense.

(21) Según declaraciones del ministro de Minas — hechas a principios de 1955—, la mitad de la producción de cobre se estaba exportando a los Estados Unidos. Durante la campaña presidencial de 1952, el candidato de la izquierda, Allende, abogó por la nacionalización de la industria del cobre. Ibáñez anunciaba en una interviú (v. *New York Times* de 10 de septiembre de 1952) que si las Compañías faltaban a sus obligaciones, el pueblo de Chile demandaría su nacionalización, "como lo han hecho los pueblos de la Argentina y de Bolivia.

el *Pacto de las cadenas.* Pero el 28 de junio de 1952 tuvo lugar la aprobación por el Congreso chileno.

Nos hemos referido a uno de los polos del eje exterior de Chile: Wáshington. Otro lo ha venido siendo Buenos Aires. No es posible que pretendamos ahora desarrollar debidamente el tema. Es suficiente con enunciar el Tratado de Unión Económica de 1953 (aparte de otras *particularidades).* No menos valor reviste la política común adoptada por los Gobiernos de Chile, Ecuador y Perú respecto a la explotación y conservación de las riquezas marítimas del Pacífico meridional, plasmada en la Declaración de Santiago de 18 de agosto de 1952—por la que se proclama una zona marítima de 200 millas (marítimas) a partir de las costas respectivas—; y concretada en la cooperación concertada en la Conferencia de Lima de diciembre de 1954 (22).

Y no se desprecien las tentativas soviéticas para inducir a los chilenos a relajar las restricciones en las exportaciones de cobre. (Una tentación para los chilenos; véase la página 481 de nuestro *comentario Comercio y comunismo,* aparecido en el número 38-39 de *Estudios Americanos.)* Ya que debemos advertir que el comercio con el bloque soviético—aunque todavía pequeño—mostró un incremento resaltable durante el año 1954 (con tendencia a ampliarse en 1955). Las exportaciones al bloque comunista pasaron de 101.000 dólares, en 1953, a dos millones (o el 0,5 por 100 del total de exportaciones), en 1954; mientras las importaciones del entramado sometido a Moscú subieron de 13.000 dólares, en 1953, a 101.000, en el año 1954.

Al paso, tómese nota de que, no hace muchos años, Pablo Neruda—el poeta comunista *exilado*—declaraba que los principales pilares del *movimiento de liberación* de Iberoamérica eran Chile, Cuba y Brasil. Su aseveración parece entrar en la línea de los asertos de otro comunista chileno: en caso de guerra entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., ni una tonelada de nitrato o de cobre saldría de los puertos chilenos con destino a América del Norte. Por muy exagerada que pueda parecer esta elocuencia, la certeza nítida es que Chile constituye "una de las fortalezas del comunismo iberoamericano". (Así lo ha afirmado Tibor Mende.) Recuérdese, en una visión parcial del asunto, que González Videla fué elegido con una mayoría de cincuenta mil votos, de los cuales se estima que cuarenta mil eran de electores comunistas. Un año

(22) También merecen atención las relaciones con Bolivia; por ejemplo, el viaje a este país del presidente Ibáñez en agosto de 1955.

más tarde, en 1947, en el curso de elecciones municipales, los comunistas obtuvieron más de noventa mil votos (o sea, el 16,5 por 100 de la totalidad de los sufragios). Y, aunque el partido fuera declarado ilegal hace unos cuantos años, las zonas industriales y las regiones del cobre y del nitrato conocen su influencia, asegurándose que ciertas huelgas desencadenadas en el área chilena llevan la marca indiscutible de la "orquestación" comunista.

DIRECTRICES FINALES: ADVERTENCIAS DEL PAPA

Reconozcamos que es ardua la tarea a desplegar por los dirigentes chilenos, cualquiera que sea su matiz político. El 21 de octubre el ministro de Hacienda explicaba que la situación financiera del país era demasiado seria para remediarla rápidamente. Educación, diversificación de la economía y austeridad política quizá encarnen aspectos de un mismo problema...

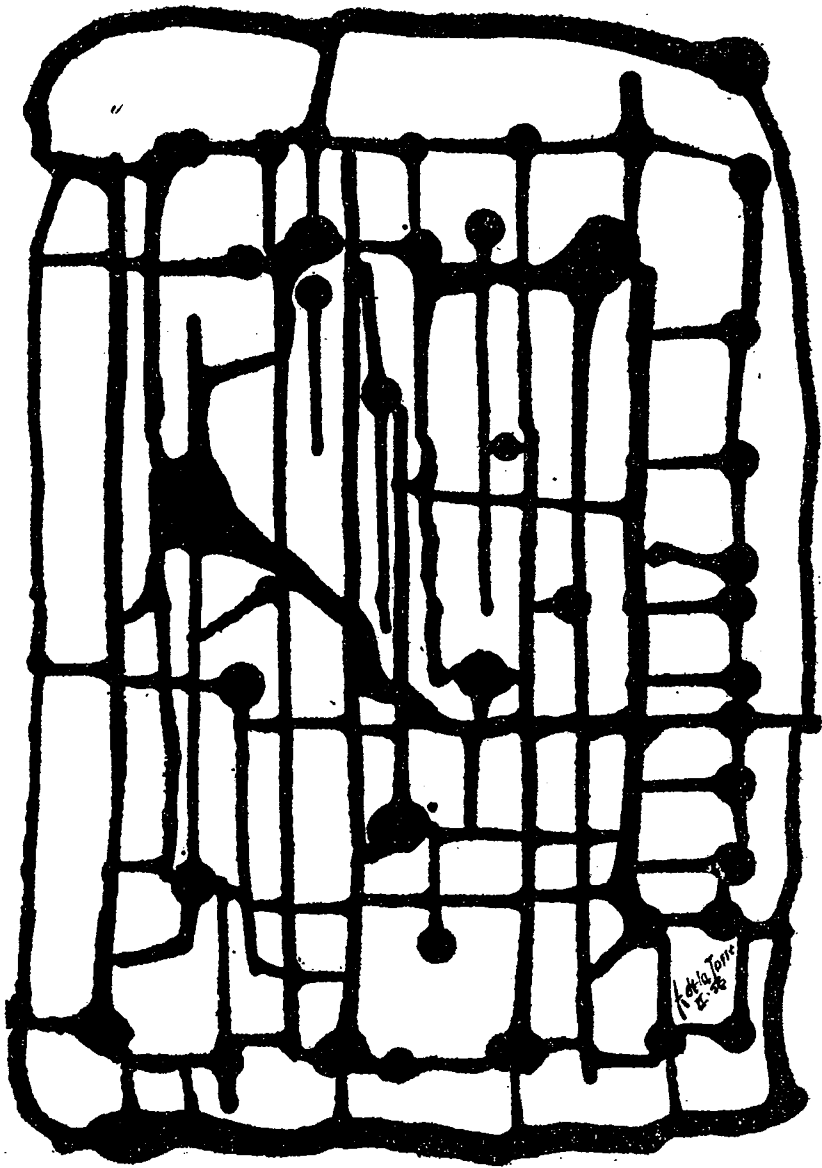
No es obvio sospechar que la verdadera razón se contiene en los pensamientos explayados por el Romano Pontífice, cuando, al referirse a los enemigos de hoy de la nación chilena, aseguraba límpidamente: "Ideologías que se introducen en el dominio del padre de familia, sobre todo para sembrar la cizaña y hacer, de esta forma, que el pensamiento católico no pueda tener en la vida social todo el peso que le corresponde, pues aquellos que debían defenderlo se presentan divididos, ya que sus defensores olvidan que, para salvar los valores más altos—hoy en tanto peligro—, con frecuencia es preciso sacrificar los intereses de partido y hasta los intereses particulares" (23).

Conviene, conviene—de cuando en cuando—recordar que se han dicho estas cosas. ¡Lúcido mensaje, abierto a las mentes atacadas de sospechosos astigmatismos espirituales y sociales!

Leandro Rubio García.
Casa Jiménez, 7, 4.º
ZARAGOZA, diciembre de 1955.

---

(23) Pensamientos extraídos del "Radiomessage du Souverain Pontife au Premier Congrès Marial du Chili (31 décembre 1950), inserto en *L'Osservatore Romano*, édition hebdomadaire en langue française, 12 enero 1951, pág. 1.



ARTE Y PENSAMIENTO

PAUL CLAUDEL Y EL ALMA ESPAÑOLA

POR

EL P. DUBARLE

En la obra de Claudel hay dos dramas que constituyen como el uno y el otro polo del universo poético: *Le partage de Midi* y *Le soulier de satin* (1). Diríase que ambos están concebidos en una sola y única sustancia. Tempranamente escrito, pero apenas publicado y de mala gana—representado ahora, ¡ay!, mas no en su concepción original—*Le partage de Midi* es la expresión casi directa, desnuda y cruda como el atestado de la aventura carnal y espiritual, junto todo ello, que ha hecho sea Claudel lo que hoy es. No ciertamente ante los hombres, sino como a la orilla de esta playa misteriosa y viviente en la cual nos ofrecemos a la consideración de los ángeles y al espectáculo creador de Dios. De modo que, para que se comprenda bien adónde quiero llegar con *Le soulier de satin*, es menester que empiece por decir, en primer término, qué es *Le partage de Midi.*

El relato de un suceso trivial, un amor pecador que nace entre un muchacho oscuro, constreñido en su tensión vital, y una mujer casada en la cual no se ve aparecer apenas, al comienzo de la aventura, sino todas las vulgaridades del matrimonio, mujer sin otra profundidad que la de su propio ser, sin que se vislumbre nada en su leve cabecita. Todo ello empieza en uno de esos paquebotes deslustrosos ya por sus muchos viajes, de un lujo inadecuado y de segunda categoría, que navegan por las líneas del Este y tardan mucho tiempo en recorrer el Océano Indico. Y el suceso acaba, más bien mal, en un rincón de China, hacia el final de

(1) *Le soulier de satin ou Le pire n'est pas toujours sûr*—tal es el título completo—empezó a escribirlo Claudel en París en 1919, como dice el padre Dubarle, y lo terminó en Tokio en 1924. Este drama, previamente reducido para la escena, se estrenó en la Comedia Francesa, en París, el 27 de noviembre de 1943, con música de Arturo Honegger. "*Le soulier de satin* representa el esfuerzo culminante de mi vida artística" (PAUL CLAUDEL, en *Panorama*, 25-XI-1943). "Nos hace pensar en esos dramas españoles, en esos misterios sagrados como *La devoción de la Cruz*, en donde el catolicismo y el genio de Calderón se aunaban en una sola pieza" (MAURICIO ROSTAND, en *Paris-Midi*, 4-XII-1943). "El drama esencial yace bajo un montón de ideas y de imágenes a través de escenas sin unión alguna... Todo está aplastado por el Verbo, incluso la acción" (J. P. GAULTIER, en *Le Réveil*, 10-XI-1943). *(N. del T.)*

una desagradable lucha de boxeadores. Esta última incidencia, hace cincuenta años, acaso hubiera parecido salirse de lo ordinario. Pero actualmente ¡hemos visto tantas cosas, hemos oído hablar a diario de tantas y tantas violencias semejantes—este mismo verano aún, Oued Zem, y en el otoño, Estambul!—, que todo ello no constituye ya, para nosotros, otra cosa que un decorado bastante poco excepcional. Eso es todo, materialmente.

Sin embargo, llevado por esta trama insignificante, como suelen serlo, sin duda, las más eternas intrigas dramáticas, es el desencadenamiento de una de las más extraordinarias tempestades que el teatro haya tenido ocasión de hacer rugir en el mundo del espíritu. En la obra, el amor se reviste de un verbo en su esencia más terrible y más completa. El pecado aparece iluminado en sus más trágicas tinieblas, hasta un punto en el cual, incomprensiblemente, se comprueba que así debe ser para que Dios se encuentre entre nosotros, sus elegidos. Toda la violencia de la creación y todo cuanto es la gracia de Dios—¿cómo decirlo?—, finalmente, no lo sabemos, mezclándose aquí, encolerizándose, para ser únicamente una cosa abarrancada y generadora. ¿Son menester ese arado y esa simiente para que del légamo de la tierra puedan germinar los hijos de Dios? Pero como estos vocablos son todavía demasiado pacíficos, digamos más bien: los medios indecibles que Dios reserva ante los corazones sin grietas, de los cuales ha dicho, sin embargo, que, a falta de Israel, suscitaría, si fuera necesario, la posteridad de Abrahán.

Mesa—así se apellida el hombre en *Le partage de Midi*—es de una esencia más resistente todavía que la judaica. No obstante, él va como a abrirse en sí mismo, por la virtud de un desencadenamiento en que el deseo y la culpa parecen conjugados, en que se manifiesta toda la pasión animal, pero a la vez intensa, de esta desconocida referencia a otros destinos, esta presencia que intensamente, sin capacidad para tenerla en cuenta a no ser poéticamente, a menos que la palabra de Dios no intervenga en todo ello, pero es bastante para el hombre, ya que se reconocen las almas por lo atentas que están a ello. Y destrozándose en el interior bajo la acción de esta potencia que lo trastorna y que lo vivifica, sufriendo la devoración de ese paroxismo que contiene en sí, el hombre siéntese impulsado a la reflexión. Y de súbito vémosle obligado a concebir en sí su propia alma, antes de confiarla ante Aquel que le había dado el ser—a él, hombre—, para este nacimiento, es verdad, pero principalmente para testimoniar que el Espíritu y el Fuego del Bautismo no son palabras vanas.

Todos los hijos que Dios conquista en la sangre de la suya propia no han menester acaso que corran la misma aventura. Pero Mesa había sido creado de una madera nudosa, con grano tosco y enrevesado, y conservaba ávidamente en sí todas las partículas de su vegetación, precisamente para que el Fuego le hiciera ver bien su potencia pará consumirlo, al igual que a todos los demás con él, si llegara a fundirse con ellos. A veces, es conveniente que el Espíritu se manifieste ópticamente, refulja ante la mirada humana, y haga ver el triunfo de su sencillez en los más inflexibles y los más tortuosos resortes de la vida que se consagra a la tierra. Claudel ha leído en sí mismo ese mensaje. Pero, no obstante, ha sido indispensable que lo diga y lo grite muy alto, por lo cual ya no nos es posible olvidar la manera como lo ha dicho en *Le partage de Midi.*

Pero eso no es todo. El drama aspira a que el hombre sea como el revelador de la mujer, que aquél suscite el alma de ella al mismo tiempo que la suya empieza a constituirse. Sólo Ysé—tal es el nombre de la que Mesa desea amar—no sabe en manera alguna de cuánto es ella posible. Figurita decentemente vana, dedicada principalmente a cuanto es lo corriente en los objetos femeninos, y que un buen día se encuentra queriendo o dominando a un marido, todo cuanto ella verdaderamente es permanece enormemente extraño a su conciencia. Una conciencia, por supuesto, lúcida, como suele decirse, cuando se trata de cosas de todos los días, y unido a todo eso una conducta no desprovista de esa gentileza un poco melancólica de los seres que saben que no son dichosos ni desgraciados y que creen que de todo tienen que dar gracias a Dios. Pero en ellos no puede despertarse el alma mientras todo lo reduzcan a una vida fácil, llena de molicie, en el florecimiento de la existencia. El elemento del crecimiento espiritual no es, en manera alguna, este humor moderado en el cual se confunden y se anulan los licores cordiales del dolor y de la alegría, en el que se disuelven las figuras esenciales de la Dicha y de la Desgracia.

Precisamente para Ysé, su encuentro con Mesa va a modificar todo eso. Y hasta puede acaecer que una vez Mesa desaparecido, la noche de aquel día de la sublevación, en cualquier parte, allá lejos, en la ribera del río Amarillo o del río Azul, Ysé, ya sola, siga viviendo, y que esta vida adquiera tal vez un curso unido, semejante al precedente, o bien que Ysé conozca otras aventuras o acaso que todo no cambie de manera definitiva para ella. Porque habrá sabido y habrá igualmente consentido en saberlo, en el hom-

bre surgido de pronto de modo inesperado, y hacer llegar su conciencia hasta ella misma, la verdadera, en profundidad y en altitud.

Ysé habrá sabido... Pero ¿cuál saber? Ese saber sencillo, radical, esencial, de que la mujer es el paraíso del hombre. Un paraíso hoy todavía sustraído a la exclusión primitiva del Edén, y esta exclusión, siempre exactamente observada desde entonces, y sobre la cual continúa velando con su inexorable vigilancia el ángel de la espada de fuego de que nos habla la Escritura. No, el Edén no es accesible al hombre de nuestro universo, ni en esta tierra que nuestros viajes nos permiten visitar por doquiera, ni tampoco en las estrellas, si algún día podemos llegar hasta ellas. Cuando, algunas veces, por espejismo, creemos ver dibujarse, aunque sólo sea una prefiguración en el horizonte de nuestro porvenir terrestre, entonces, ¡ah!, no es preciso que existan ángeles exteriores a nosotros mismos que impidan penetrar allí. Una furiosa potencia de angustia sacude al ser humano, y las rapiñas y las muertes, y las guerras, y las policías, y la ejecución desencadena sobre los humildes de todo lo que falta a la pasión de Cristo, el peor de los infortunios, si es preciso, y la quemadura de su interrogación..., el hombre quiere mejor aún todo eso antes que volver a encontrarse un día, por las buenas, en el Edén terrenal.

A pesar de todo, de manera furtiva, la mujer ha salido con el hombre del jardín común, a consecuencia de la falta común. Y, para el hombre, la mujer acaso nunca esté completamente captada, pero sí lo bastante para que en medio de fulgurantes momentos harto breves se pueda permanecer igualmente en la plenitud terrestre de la alegría y, entre el gozo, la alusión invencible a lo que la lengua humana no halla palabra para expresar. Porque, en fin de cuentas, no es en el Edén donde el hombre vuelve a hallarse con toda sencillez, cuando por último le está permitido asegurarse respecto a la suprema verdad de la compañera que Dios le ha dado. El hombre advierte entonces que, en la bienaventuranza de la vida que por un instante le ha traído la mujer, se descubre una costa inmensurable y eterna, que suscita, mezclada con la consecución del Edén, un grito lleno de delicias y agitado de angustia, de todo el ser hacia el cual sólo la palabra de Dios se halla en condiciones de enseñarnos: la casa de familia del Padre y la Jerusalén del cielo. La teñidura de la falta, sin duda, pasa a través de todo ello, y sólo con ella, más secreta, más capital, no obstante, si no la Redención ya alcanzada, por lo menos cierta presencia con el hombre del Hijo de Dios, desde el misterio virginal de Nazaret hasta esta otra

faz del mismo misterio que la Cruz simboliza. El paraíso en que a la mujer le es posible transformarse para el hombre reúne en sí todo eso. Es preciso nada menos que cuanto le hace diferir misteriosamente de un simple momento del Edén, a fin de que el hombre lo soporte y no sienta repugnancia de engendrar.

Un anhelo recíproco de la vocación del hombre respecto de sí mismo surge a su vez para satisfacer a la mujer. Pero la relación espiritual de los dos seres no es completamente simétrica. La propia Escritura nos sugiere que se compare lo que el hombre es para la mujer no en el jardín paradisíaco, sino en los frutos misteriosos que cambian este jardín en algo distinto de cualquiera otra agricultura divina. Aún así, es menester comprender eso bien, pues no bastaría en ese momento pensar sencillamente en el fruto del Arbol de la Vida según se habla en el relato del *Génesis*, y menos aún, naturalmente, en el fruto de aquel otro Arbol llamado del conocimiento del Bien y del Mal, en rededor del cual se decide la transgresión humana. Pero necesitamos comprender a ambos reunidos y como fundidos en un solo. En el centro de cuanto se simboliza en el encuentro de la mujer y del hombre, no es posible, desde la salida del Edén, que existan dos árboles separados. Enlazadas unas a otras, desde las raíces al tronco, de éste a las ramas y a todo cuanto contienen en sí, las dos vegetaciones misteriosas de la Escritura unen en lo sucesivo sus savias y fructifican inexorablemente mezcladas.

Fruto nuevo, en el cual se compenetran las sustancias, los sabores y los efectos: el conocimiento, sí, del Bien y del Mal, y con aquél, soterrada por debajo de toda conciencia, la reviviscencia de la culpa primitiva; mas también, innegablemente más, la Vida misma, que en todas las dimensiones del ser, la mujer saborea y reúne en su seno en el momento en que un hombre se hace suyo. Unión indisoluble de la Vida bienaventurada y del misterio de este horroroso conocimiento al que el hombre ha deseado despertarse por sí solo y demasiado pronto. Una vez, una sola desde Eva, las cosas han sido separadas para la mujer. El Hijo de Dios se ha convertido en el fruto de la Vida, y desde entonces ya nada del humano conocimiento del Bien y del Mal logró mezclarse en el origen del nuevo Adán. Pero, incluso en la Virgen María, la mujer no ha estado dispensada de recibir cuanto el hombre ha hecho por otorgarle. El alma virginal de la Madre de Dios estaba destinada a la suprema imposición de este conocimiento del Bien y del Mal que el hombre y la mujer, unidos, han elegido: el que le ha sido revelado, en pie, frente a la agonía

de su Hijo sobre el árbol de la Cruz, después de haber sufrido siete veces la transfixión de su corazón por la espada del Espíritu.

No midamos, pues, con nuestros horizontes harto mediocres, la virtud de estos símbolos. En el momento en que es el alma la que se despierta y entra en la plenitud de su vocación, entonces, al fin, el ser inaugura la percepción de cuanto ya está misteriosamente abierto para él, más allá, infinitamente más allá de la sustancia terrestre, por supuesto la carnal, pero no menos esta mundanidad espiritual a la que nuestro pensamiento se limita muchas veces. Las figuras, ello es evidente, no están desprovistas de sentido, incluso en el plan de las relaciones terrestres de la pareja humana. Sería, empero, profanarlas comprenderlas sólo de ese modo. En el momento en que el alma alcanza el esclarecimiento verdadero de lo que la creación le propone en lo más profundo de su intimidad, entonces, como en la faz misma de Dios, se revela su propia vida en gloria trinitaria y el alma empieza a leer su eternidad, mientras cada ser hunde su mirada en los ojos de su pareja.

Todas estas cosas, Mesa va revelándolas a Ysé no con palabras, sino cual si utilizara una especie de revelador fotográfico que bañara con una capa sensible el alma y fuera dándole, mediante una química inconcebible, un cuerpo perceptible a estas tres antiguas impresiones producidas en ella por la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Cuando todo se halla a punto de concluir en el drama, cuando para el uno ya no queda más que perecer, y para la otra que escapar huyendo, y cuando ésta dice: "Consiento en ser tuya, Mesa", Ysé sabe, quiere, va más lejos. Y va recta, por un instante solamente acaso, y aún en la noche sin duda, a la eternidad que una terrible ternura le revela. ¿Qué importa lo demás: los cuerpos, para los que el tiempo ya no es más que gestos de antaño consumidos en la potencia del deseo y en la inconsciencia del amor, ni siquiera la vida, que va a reconquistar sus derechos horrorosos y necios? Las almas han empezado, y se han conocido en sus profundos principios. Cuando retorne el tiempo, algunos minutos, algunas decenas de años, todo eso nada significa para el asunto, puesto que Dios toma la gloriosa posesión de todo cuanto, en cada cual, lleva la señal ineluctable de su gracia generadora.

* * *

Tal es el drama, transcrito fielmente de la experiencia hecha por el hombre a la vez ya convertido, mas todavía gran pecador que fué el Paul Claudel de comienzos de este siglo. Sin embargo, incluso

después de haberse emancipado de este inmenso testimonio, el poeta no se halló aún en paz con esta cosa que a partir de entonces llevaba consigo. Hubo de transcurrir todavía mucho tiempo, aproximadamente otro medio siglo, que él debía vivir penetrado constantemente de su sustancia. Ahora bien: muy pronto a Paul Claudel le fué menester descubrir que le había sido imposible acabar con ello poéticamente al expresarse de la manera como lo había hecho en *Le partage de Midi.*

Más allá de este primer desenlace surgía otro horizonte de la poesía, el cual imponía la necesidad de una obra nueva, la misma que *Le partage de Midi,* y, a pesar de todo, completamente distinta.

¿Por qué? La respuesta es harto sencilla. Las realidades espirituales con las cuales está permitido al hombre despertar su alma no bastaban en este primer momento en el que aquéllas realizan su experiencia de sí mismas en el terrible sobresalto del tejido espiritual, estremecimiento que, en virtud de ellas mismas, se transforma en acto de vida. La vida de este tejido es una especie de lenta elaboración orgánica que la acompaña, para concluir en una maduración que es, en el alma, la invasión de todo por una luz que irradia por todas partes, y al mismo tiempo el temperamento que se forma de los fundamentos y de las dulzuras, con el manar surgido no se sabe de dónde, de un perfume único y de un sabor sublime, todo lo cual constituye la obligación poética de hablar de nuevo, pero en términos muy distintos a los del principio.

O bien, si se desea tomar la misma cosa desde una otra faceta, es menester, cuando llegue el momento, que el alma se apodere de nuevo, en su contemplación, de esas cosas que empieza a vivir en una adherencia efectiva, en la violencia y en la gravedad de las condiciones terrestres. Mas para el ser no consiste todo en sentirse enigmáticamente devorado por la huella que de lo eterno queda grabada en él. Tampoco consiste todo para el ser en destacar en sí mismo el boceto viviente ejecutado juntamente con la punta del buril y la mordedura de las aguas fuertes. Es menester, por último, que, para él, este bosquejo cambie en un simple reflejo de la gloriosa belleza que fulgura al principio de todo, que sea la única propuesta, la única que recibe nuestras miradas en el dichoso olvido de las presencias intermediarias.

La tarea de la poesía cambia en proporción. Ahora, para conquistar y mezclarse en la conversación de los hombres, no es más que un Verbo hecho carne que ha querido prestar a cada ser su propia carne, para efectuar, en fin, al menos durante un instante, ese prestimonio al universo de la gloria divina. Pero solamente

convertirlo en humano, provisto de un rostro resplandeciente, humanamente adornado de ropas brillantes, y que dé a las palabras igualmente humanas que a la sazón se dejen oír la evidencia de las sonoridades poéticas.

Así se comprende este *Soulier de satin* que Claudel empieza a pergeñar, allá en 1919, llegado precisamente al cenit de su potencia poética, y que él declara concluído *Explicit opus mirandum*, en Tokio, en diciembre de 1924. *Opus mirandum,* obra para ser mirada, cuerpo de expresión nueva para las cosas esenciales del alma, cuerpo siempre humano, ciertamente, pero más grandioso, más intrínsecamente tejido de luz ya casi triunfal y como elevado con ligereza por encima de este mundo, desde donde, empero, no cesamos de admirarlo. Para nosotros, está ya al lado de la vida eterna, pero todavía no de tal modo visible que no pueda aún ocultarse a nuestras miradas. En cuanto al propósito perseguido en *Le partage de Midi,* la poesía claudeliana había intentado—y sin duda lo ha conseguido suficientemente en su tentativa—la constitución de una subsistencia más musical, más lúcida, más definitivamente ejemplar de cuanto lo permitía la exacta representación de la masa lenta y de la capacidad de que, por el momento, nos hallamos formados.

El vocablo "transfiguración" aparece de modo particularísimo para caracterizar un proceso poético de este género. Transfiguración poética, sí, es lo que representa, por supuesto, *Le soulier de satin* con relación a *Le partage de Midi.* Pero aquí es indispensable que interpretemos las palabras con un cierto cuidado, pues la presente transfiguración no ha de ser la transfiguración clásica de los poetas, aquella cuya práctica ya poseía la antigüedad pagana y cuyos modelos ha sabido legarnos. Aquí la transfiguración resulta un acto emparentado, como de lejos, con la discreción de un respeto infinito, pero verdadero, a pesar de todo, en el acontecimiento que la religión cristiana llama igualmente Transfiguración, y que fué, en la plenitud de su gracia y su verdad, en lo cual la poesía, por elevada que sea, por cristiana que sea, no podrá jamás conformarse más que en pinceladas todavía infinitamente insustanciales y aquilatadas. Sin embargo, ese parentesco basta para cambiarlo todo en la gestación poética.

¿Me equivoco acaso? Las grandes realizaciones de la transfiguración poética que permanecen fuera de la esfera de la transfiguración cristiana me parecen presentar tan pronto como una manera de proyección de aventuras y de episodios terrestres en frescos de eternidad, como asimismo una metamorfosis de la masa sensual de

nuestra adherencia al mundo, en una especie de esmalte traslúcido y maravilloso, que da a los encantos de la materia una interioridad mental y una perennidad que no proceden de la Naturaleza. Como si la virtud poética se limitase a crear la palabra humana, sus relatos, sus invocaciones, sus conmemoraciones de lo sensible—de lo horroroso como de lo voluptuoso—capaces de suscitar las figuras de algún cielo soñado, enteramente poblado de realidades límpidas, estables, nobles y purificadoras, ese cielo en el que Platón quiso precisamente que habitasen las ideas de su Filosofía. En el seno de un universo cristiano, transfigurar, aunque sólo fuera poéticamente, significa, sin embargo, asumir, en verdad, la realización de cuanto el alma antigua sabía ya ejecutar, pero también destruir la casta estéril mediante la expansión de una inconcebible y gloriosa fecundidad. A la poética cristiana le basta con procurar engendrar una simple figuración sensible de las esencias ideales. Su procedencia ha de arrancar del Verbo hecho carne, y tratar entonces de aproximarse a ese genio divino capaz de constituir los sacramentos operadores de la Nueva Alianza, arraigados, en fin, en Jesucristo transfigurado.

Y esto es, a mi juicio, lo que Claudel ha sentido en todo su ser cristiano en el momento en que ha debido pasar de *Le partage de Midi* a su *Soulier de satin*, puesto que el poeta ha querido que todos los héroes de este último drama broten, en cierto modo, de lo que son y hasta revelen una indefinida impetuosidad de centella conquistadora en esta presencia en sí mismos de las huellas divinas que los consumen. Al mismo tiempo, Claudel ha querido que sea precisamente la tierra entera lo bastante grande para contener ese sendero humano de tales almas y el movimiento de que son capaces, hacia adelante por todas partes y en un solo impulso. No, las cosas divinas no se hallan elevadas en el horizonte de nuestra existencia para dejar el alma semejante a la lechuza en su nido, con la mirada llena de bienaventuranza ante la claridad que la fascina y la paraliza, sino que están engendradas vivas en el alma para hacer que ésta sea tan grande como el universo—¡y nos parece poco todavía!—, para obligar al alma a sentirse desmedidamente vasta en sí misma como la extensión inmensurable de Dios.

He ahí por qué la aventura, en verdad vertical, pero dejada a su particularidad humana, de Mesa y de Ysé en *Le partage de Midi*, sin perder nada de esta inmensa verticalidad, sino todo lo contrario, va a encontrar la escala misma de la tierra, y las longitudes y las latitudes que son necesarias al volumen de la Misericordia y del Amor. La Tierra, la Tierra perfecta e ilimitada, en la totalidad

de sus Océanos y de sus continentes, estará constantemente presente en *Le soulier de satin.* Se hallará perennemente envuelta con un solo esfuerzo por las almas esenciales del drama claudeliano. Y es que cuanto esas almas llevan en sí mismas Dios labora para que lo hagan *católico* y que toda su energía cree para cada una, en un movimiento inagotable e inextinguiblemente variado, un orbe sublime de esta catolicidad de Dios.

Ahora podemos entrever a qué tiende lo que Claudel ha emprendido con *Le soulier de satin:* a que percibamos poéticamente que las más íntimas estabilidades y las más intensas potencias del amor humano habitado por la gracia no permiten al hombre las limitaciones de su destino individual ni el cumplimiento insoportable de la perfección que nuestras imágenes, en verdad demasiado cortas, de la eternidad, creen deben esperar de Dios. Como si, sobrevenida la eternidad, ya no hubiera nada más que hacer. Pero el amor, nutriéndose de universalidad al mismo tiempo que se concentra en su unicidad personal, nos ofrece la prueba de lo contrario. Y como el amor, incluso en el hombre, en cuanto no se separa de Dios, es la acción infinita de la eternidad en la eternidad, demuestra que felizmente ha prescindido de nuestra bobería. Y, para concluir, este Amor principio de todo amor, que el apóstol San Juan ha invocado para decir a la vez en qué consiste Dios y en qué disposición El nos engendra; este Amor, repito, se dejaría coger en este gesto inagotable de que nada acaba con nada, ni con su nacimiento, ni con su explicación, ni con sus graciosas solicitaciones, ni con lo que llamamos sus conclusiones supremas, porque El es Todo.

Y aquí precisamente se enlaza mi propósito. Para intentar la operación que la poesía reclamaba en él, Claudel necesitaba un recurso suficiente, un estado de humanidad naturalmente evocador de lo que aspiraba a plantear. Y preguntándose a sí propio si en el mundo había sido un alma cuyas expansiones esenciales estuviesen bastante próximas de todo cuanto él sentía palpitar en sí—un alma capaz de ser propuesta, en su resplandor, como una leyenda, al espectáculo y a la consideración de los hombres—, Claudel no ha encontrado nada mejor que esta alma española del siglo XVI, que ha elegido con una especie de perspicacia invencible. Veamos, pues, ahora, lo que esta elección significa, lo que el propio Claudel ha leído, y las profundas iluminaciones que parecen nacer para nosotros ante el encuentro de un genio, en realidad poco español en su savia original, con un alma que él ha identificado, sin embargo, como no podía menos, sin ninguna vacilación.

"*Le soulier de satin*, acción española en cuatro jornadas", declara el actor que abre el drama. Sí, acción española, que sin duda el autor ha soñado al aproximarse un poco a los *autos sacramentales* (1) de la tradición teatral de España. Pero ¿por qué acción española?

Acá y acullá, numerosas pinceladas de *color local*, por supuesto, con las cuales llega, de cuando en cuando, a conseguir justeza y penetración; mas, sin embargo, sin restituir por el fondo, de manera continua, las tierras, ni los paisajes, ni las ciudades, ni las moradas, ni el terruño humano de este pueblo. Todo eso ha sido dejado a la imaginación de los que *imaginan*. Porque, en el fondo, ¿es que el propio autor ha hecho más que *imaginarlo?*

Hay, sí, un recuerdo evidente y bastante más sustancial a la historia y a las virtudes del Siglo de Oro. Pero—y aquí Claudel sabe bien lo que ha hecho—este recuerdo impone una forma deliberadamente confusa del elemento histórico. Como las diversas épocas de este período se mezclan en el drama, los hechos se compenetran también entre ellos y los mismos personajes retratados ven cómo su etopeya ha sufrido sorprendentes alteraciones. El rey de las primeras jornadas se nos antoja un poco Carlos V, pero no completamente, y, además, rodeado de circunstancias que no se compaginan exactamente con su personalidad histórica. El rey de la cuarta jornada es Felipe II, pero no él mismo, porque, al igual que a otros, por el contrario, la poesía lo transforma. Y el don Juan de Austria, cuando decide acudir a la batalla de Lepanto, su genealogía, a partir de entonces, será la que al autor le ha placido soñar. Como si la materia histórica captada por el pensamiento hubiera sido agitada mentalmente con objeto de abolir—pero hasta un cierto punto solamente—el orden establecido por la crónica y las deducciones que la veracidad impone a los recuerdos. Las cosas reunidas por la memoria van a permitirse así unas reacciones desconocidas del desarrollo que originalmente tuvieron: química poética, cierto; pero ¿logra otra finalidad que forzar un poco la que debe emplear todo historiador? De todos modos, para las delicias de la imaginación y, por supuesto, para la mejor evidencia de alguna verdad, es una disposición convenientemente irreal de toda la sustancia de una pertinacia que su operación nos procura. Toda la floración humana de este hermoso Siglo de Oro está sobrentendida en *Le soulier de satin*. Pero no de un modo exacto, porque es menester que la realidad se doblegue con magnificencia ante lo que

---

(1) Subrayo ambos vocablos para indicar que están en español en el original. *(N. del T.)*

se apodera de ella, que la transporte, en un instante, toda entera, a su gloriosa servidumbre.

Digamos, para concluir, que es del alma de lo que se trata. Sí, el alma misma, que se presenta con mayor evidencia todavía, con mayor decisión, a través de una historia expuesta al metamorfismo poético. Probablemente reside ahí el mayor homenaje que Claudel podía rendir a España; esto es, pedirle, en efecto, su alma más excelsa para concebir en ella, y gracias a ella, la transfiguración del amor, por la que sintióse preocupado durante toda su vida. Porque, al fin y al cabo, haciendo eso, Claudel juzgaba que ningún otro pueblo había estado tan inspirado y con un hábito íntimo tan próximo de cuanto él anhelaba expresar. El alma española se le ha aparecido de manera privilegiada, espiritual y estéticamente solidaria de la evidencia y del esplendor que deben darse a cosas que son—como el poeta nunca lo ha dudado—una parte viva y capital del más decisivo misterio de Dios. Lo que este francés de principios del siglo XX descubría en su acontecimiento personal: la inaudita sacramentalidad del amor humano, la coincidencia de su floración esencial en el alma con la única manera verdaderamente católica de interpretar el universo, y, ¡oh maravilla!, la irresistible y sabrosa evocación de esas cosas en las figuras olvidadas o las más mediocremente interpretadas de la Escritura..., este francés, finalmente, ha pensado, sí, que una época de un pueblo que no era el suyo había sabido cultivar en sí el sentimiento y lo había hecho gloriosamente animador de todas las grandes formas de su conducta. En este sentido es como testificada por la más cumplida de sus expresiones históricas, elevándose ella misma en esta expresión de la existencia en la eternidad, el alma española se ha convertido en un recurso absolutamente decisivo en el instante más esencial de la poética claudeliana.

Sólo que no basta con detenerse ahí. El drama de *Le soulier de satin* desenvuelve ante nuestras miradas su organización compleja, y, a lo largo de toda su acción, nos hace entrever cuál ha sido la colaboración soberana del acto poético y de la sustancia utilizada para engendrar la obra. El alma contenida y presentada a la vez en el cuerpo misterioso y dorado del gran siglo español va a dejar aparecer por lo menos algunos de sus rasgos más íntimamente asumidos por el genio poético de Claudel. ¿Nos será posible poner de relieve los más notables? Eso es lo que vamos a intentar ahora.

Aquí, como en *Le partage de Midi*, la intriga dramática esencial es de una extremada sencillez: un amor imposible se anuda entre una mujer, al principio de la acción muy joven todavía, unida a un

marido ya maduro y mayor de edad, y un hombre muy joven cuando empieza la primera jornada. Amor imposible, que nunca franqueará carnalmente las fronteras de esta imposibilidad, que van hasta el umbral de los abandonos humanos, pero no más allá. Amor en que, a pesar de todo, las almas pasan de largo, estableciendo ya, en la vida, la eternidad de su sociedad. De la una a la otra, para la vida eterna, se adquirirán compromisos que nada, sino solamente Dios, ni siquiera las demás almas, ni siquiera el espíritu puro, ni siquiera el supremo grito evangélico del prójimo en peligro, están en condiciones de reformar. Allí en donde doña Pruheza y don Rodrigo han sido y son, sólo Dios, que ha anudado entre ellos la sacramentalidad espiritual del amor, puede en lo sucesivo intervenir. Así, veremos que, en efecto, El interviene y obliga a los seres a rebasar hasta esta conjunción de rayo y de diamante que sus almas forman juntas. Pero entonces, sólo por El y por los interesados se produce esta intervención, lo cual ya no pertenece a ninguna realidad conocible de este mundo.

En cuanto al destino de estos dos seres así reunidos, sabido es que el drama lo constituye aquél. Sin embargo, creemos que acaso lo mejor es recordarlo a grandes rasgos. Doña Pruheza, después de haber luchado terriblèmente para lograr reunirse a don Rodrigo, herido y casi moribundo, recibe la orden de su marido, el juez don Pelayo, de vigilar en Mogador a su primo, don Camilo, quien, en efecto, se insurreccionará contra el rey de España y renegará de su fe cristiana. Doña Pruheza morirá en Mogador, casada (después de la muerte de don Pelayo) con don Camilo, quien ha llegado a ser el rebelde y renegado Occhiali. Al comienzo y al final de esta "pequeña capitanía infernal", ella habrá visto nuevamente a don Rodrigo. La primera vez, gracias a la voluntad del rey, quien desea que esta misma imposibilidad del amor, ante el cual no debe sucumbirse carnalmente, sino que conviene acabarlo en su constitución espiritual, sea en don Rodrigo el motor de una acción creadora en la entera dimensión del Nuevo Mundo. La segunda y última vez, doña Pruheza lo verá gracias al efecto—al terminar un largo lapso, diez años o tal vez más—de una carta escrita por ella a don Rodrigo. Y de súbito, al recibir don Rodrigo esta misiva, instantáneamente rompe todo vínculo con América, de la cual es virrey, y, en una" insigne desobediencia", dirige la flota de las Indias occidentales rumbo a cruzar ante Mogador. Occhiali le envía entonces a doña Pruheza como embajadora, con la conminación siguiente: o dejar a Mogador subsistir a cambio de doña Pruheza o ver la ciudad des-

truída ante sus ojos por la voluntad del renegado, así como a doña Pruheza aniquilada bajo las ruinas de Mogador. Ahora bien: es imposible el cambio, porque doña Pruheza ha sido verdadera y sacramentalmente casada con Occhiali, y a este cuerpo, que ya no le pertenece, ni a ella ni a don Rodrigo, ya no le es posible elegir la vía que le es preciso seguir. Pruheza se cubre entonces con un velo, desde la cabeza a los pies, y se entrega a los esclavos negros, que la conducen de nuevo a las riberas de su muerte.

¡Cuán distinto es el destino de don Rodrigo! Cuando aún era joven, había pensado hacerse jesuíta, como uno de sus hermanos. Pero pronto hubo de abandonar el noviciado y viósele lanzado al mundo, caballero forjado con materia de rey. Al encontrar de nuevo a doña Pruheza, don Rodrigo ha comprendido que era a ella, sólo a ella, a la que él amaría para siempre. Y entonces se lanza a la loca aventura de su conquista. Más que nada por un azar, esa aventura le acarrea una estocada, la cual no tiene nada que ver con este asunto, y aun rozar la muerte, velado por su madre y desde más lejos por la que ama, pero la cual, no obstante, no se acercará a él en esta ocasión. De este intrépido y de este apasionado, el rey de España quiere hacer un virrey de las Américas, confiándole la gigantesca misión de que haga surgir de aquella ingente y suntuosa vastedad un mundo verdadero, humano, y, sobre todo, penetrado de España y más aún todavía católico. Mas el rey sabe que únicamente la realidad encendida del amor de todas partes, contenida por el inalterable metal del honor, hará de este ser el manantial de energía del cual tiene necesidad, estimulando como es preciso el genio y alimentando hasta la saciedad la violencia creadora en la esencia del globo. Obedeciendo a estas órdenes, don Rodrigo, cuando parte para las Islas occidentales, ve nuevamente a doña Pruheza en Mogador y se acerca a ella solamente lo indispensable para que las sombras de ambos se confundan. La experiencia del rey ha triunfado: el honor ha contenido el poderoso vapor del deseo. América tiene ya su virrey.

¡El honor ha contenido el deseo, pero no el alma! Las almas de don Rodrigo y de doña Pruheza se han encontrado de nuevo y se han incrustado la una en la otra, mediante un contrato infinito y solemne, impregnado de eternidad y de espíritu, por encima incluso de toda fórmula y de todo cambio terrestre, por encima asimismo de las condiciones del vínculo sacramental. Los símbolos augustos de la Escritura se verifican en los dos seres, con la única diferencia de que en lugar de que las cosas se manifiesten en la misma forma que conocemos relativas al primer Adán y a la

primera Eva, aquéllas se presenten, sí, las mismas, pero como ahora deben serlo para un nuevo Adán y una nueva Eva. Así se permite al alma de don Rodrigo casarse con la de doña Pruheza, igual que la Cruz pudo casarse con Quien en ella fué muerto. Recíprocamente, se ha permitido al alma de doña Pruheza casarse con la de don Rodrigo, lo mismo que la daga se casa con el corazón que atraviesa. *Una espada a través de su corazón:* he ahí lo que ella es para don Rodrigo, y "Rodrigo es para siempre esta cruz a la que estoy abrazada", exclama doña Pruheza en el drama.

Virrey de las Américas durante más de diez años, y cada día, a pesar del espacio, removiendo el mundo entero para unirse a ella, alma que se junta al alma de Pruheza: esta situación no verá concluído el destino de don Rodrigo. En el momento en que el hombre vuelve a hallar, por última vez en este mundo, al ser que sólo cuenta para él en el mundo, su virreinato le abandona como un despojo asaz envejecido. Muerta doña Pruheza, y con la ayuda del rey, quien sin duda le destituye, don Rodrigo llega a convertirse, durante varios años, en un simple aventurero conquistador. Conquistará las islas Filipinas para la Corona. Con un puñado de hombres, emprenderá una expedición al Japón, por el estilo de la de Hernán Cortés en Méjico. Pero fracasará, perderá una pierna, y con todo ello sólo adquirirá un leve conocimiento de la sabiduría de aquel país. Inválido, envejecido, regresará a los parajes de España para recibir del sucesor de quien le había nombrado virrey el suntuoso salario de la ingratitud. Un lazo ridículo, tendido al hombre anciano y en el cual se deja coger, consuma su desgracia. Ya sólo le falta verse encadenado y después entregado como un esclavo, por nada, a una hermana tornera del Carmelo, que lo quiere bien, portador de una marmita abollada y un montón de trapos sucios. Pero todo eso no le importa. Su conocimiento espiritual acaba en él su progreso. Se dirige, por último, a la postrera libertad entre todas, a la de los hijos de Dios, mas con un alma tan grande que sólo podría compararsela con el Océano acercándose a la Tierra.

En derredor de este doble destino, un mundo variado, reyes con sus rufianes, grandes señores con sus actrices y pobres marinos con pedantes, fastuosos y vanidosos chiflados. Algunos personajes esenciales, todos los cuales podemos relacionarlos con doña Pruheza. Este juez, don Pelayo, su primer marido, es para doña Pruheza el instrumento de este absurdo que simboliza, si no la justicia, por lo menos la justeza de Dios. Este renegado, don Camilo, su segundo marido, que muy pronto va a ser el causante de

su destrucción terrestre, por la cual diríase que plugo a Dios consumar, en Pruheza, el reniego de esta carne y de esta sangre que el apóstol dijo no podía entrar en posesión del reino. Esta *hermanita* espiritual de Pruheza, doña Música, a la cual le es dado todo, incluso hasta las más sustanciales profundidades, en una alegría tan sencilla, tan desbordante y tan maravillosa, que diríase un juego de hechicería. Y esta muchachita, en fin, doña Siete Espadas, nacida del matrimonio cristiano de Pruheza y de don Camilo, ya renegado, pero cuya alma, por una sustitución espiritual cuya idea obsesionaba ya al Claudel del *Anuncio hecho a María*, procede en verdad de la de don Rodrigo, al mismo tiempo que de la de su madre, sin que nadie más pueda haber intervenido en esta herencia del espíritu. Es innegable que el paisaje del alma que *Le soulier de satin* quiere proponernos no sería completo sin estos personajes, impulsados hacia adelante por el complejo ilimitado de una España en acción. ¡Ah! Olvidaba el Angel de la Guarda de Pruheza, el único espíritu puro a que el drama dé presencia en la escena. En cuanto a don Rodrigo, éste no necesita, a su lado, otro representante de la gracia más que la mujer a la cual se ha unido su alma. Esta unión, pero con ella nada menos que el mundo acompañado de catolicidad que se busca en él, recorrerán todo su camino personal.

¿Qué decir de todo esto? De pasada, hemos discernido sin duda diversas de las cosas que España ha sabido contener tan profundamente en sí misma. En primer lugar, el honor, pero un honor no cortado en sus vivas raíces, en la verdad de Dios y en todos los sacramentos cristianos de las cosas juradas. Después, esta suntuosa grandiosidad que nos convence de que cualquier cosa del espíritu es digna de las más lujosas profusiones de la riqueza y del sacrificio, tantas veces evidentes en las obras y en las acciones del siglo supremo de España. Y, por último, esta admirable pasión del *Orbis Catholique,* suscitado en cuantos sintieron un momento que el sol ya no se ponía en su tierra y que entonces pusieron su mejor ardor en que la fe cristiana, apostólica y romana—este verdadero y único sol espiritual—no conociese ya más poniente en sus tierras. ¿Deberé agregar, pues, esta sorprendente potencia para unir en un solo esfuerzo lo extremo de la lógica humana y alguna sensible presencia de lo insólito, casi de lo extraño, justo lo bastante para transportar la conquista de la razón a un imperio ambiguo, tan pronto del ensueño, maléfico en caso necesario, como tan pronto, cuando la suerte es buena, de la elevada parábola de las realidades divinas? Sí, todo eso forma parte de España, incluso aunque no sea

toda España, y nadie puede dudar de que la poesía claudeliana haya asumido el honor de expresarlo.

A pesar de todo, todavía no he abordado más que el punto periférico. Ahora debo aproximarme al corazón.

Ya hemos entrevisto el nudo espiritual de esta "acción española", concebida por un poeta francés: esta pura cementación de dos almas cristianas, que mezclan juntas su ser para la eternidad y el misterio saludable que las eleve a Dios mediante un acto de elección, que se sabe es igualmente un acto de cruz, en tanto se trate de vivir en este mundo. Pero eso no es todavía más que el nudo, precisamente, de esta intriga inaudita cuyo primer protagonista es precisamente Dios mismo. Ahora bien: los dramas bien hechos requieren un desenlace, y *Le soulier de satin* no escapará a esta exigencia.

De esta altura suprema de la acción, ya no me corresponde a mí hablar. Quiero dejar al propio Claudel, siempre que sea posible, que él mismo lo haga. En primer lugar, el nudo o trama en toda su fuerza, que nada empaña, ni la muerte, ni siquiera—y eso sí que es un hallazgo de Claudel—el más desgarrador llamamiento al prójimo, llamamiento perfectamente escuchado y reconocido por el alma, un alma cristiana al borde de la santidad, penetrada del Evangelio, y que no sólo sabe cuál es el mandamiento del Señor, sino lo que quiere decir la parábola del Buen Samaritano. Y poco antes de morir, don Camilo se complace, pues, en probar y en torturar espiritualmente a la que es su mujer. Don Camilo conoce perfectamente la religión de Cristo para sobresalir en ella. Pero el tormento, dirigido con una alegría malsana, se vuelve de súbito contra él, y, asolando toda su alma, le obliga a la más trágica imploración que un ser humano pueda hacer. Ved cómo se expresa don Camilo:

> DON CAMILO: Pero la Cruz no se sentirá satisfecha sino cuando tenga todo lo que en ti no es la voluntad de Dios destruído.
>
> DOÑA PRUHEZA: ¡Oh palabra terrible! ¡No, no renunciaré a Rodrigo!
>
> DON CAMILO: Pero entonces estoy condenado, pues mi alma no puede ser rescatada más que por la tuya, y solamente con esta condición te la daré.
>
> DOÑA PRUHEZA: ¡No, no renunciaré a Rodrigo!
>
> DON CAMILO: Muere, pues, por este Cristo ahogado en ti que me llama con un grito terrible y que te niegas a darme!

DOÑA PRUHEZA: ¡No, no renunciaré a Rodrigo!

DON CAMILO: ¡Pruheza, creo en ti! ¡Pruheza, muero de sed! ¡Ah, cesa de ser una mujer y déjame ver en tu rostro, al fin, a ese Dios que eres impotente para contenerlo. Y espera en el fondo de tu corazón esta agua para la cual Dios te ha dado el vaso!

DOÑA PRUHEZA: ¡No, no renunciaré a Rodrigo!

Ahí, en esa escena, está reflejado el secreto de la obra. No puede ser otro. Una vez operada la fusión del amor en la sustancia del alma, ésta carece ya de poder para separarse y tampoco le es posible renunciar a Dios por piedad hacia el prójimo.

Empero, antes de esta escena entre don Camilo y doña Pruheza, si seguimos el orden del drama, doña Pruheza ha vivido su suprema plática con el Angel de su Guarda. La pasión más intensa que al ser humano le sea posible resistir la ha envuelto durante algunos instantes, esa pasión que no es otra cosa, en el amor divino, que el conocimiento por el alma de las aguas con que fué bautizada. Por este frescor incandescente, Dios, al fin, se halla situado en su verdadero lugar. Al salir de este ardor amoroso, doña Pruheza habla entonces con el Angel.

DOÑA PRUHEZA: ¿Qué esperas para hacerme morir?

EL ANGEL DE LA GUARDA: Espero que tú lo consientas.

DOÑA PRUHEZA: Lo consiento, lo he consentido.

EL ANGEL DE LA GUARDA: Pero ¿cómo puedes consentir en darme lo que no es tuyo?

DOÑA PRUHEZA: ¿Mi alma ya no es mía?

EL ANGEL DE LA GUARDA: ¿No se la has dado a Rodrigo durante la noche?

DOÑA PRUHEZA: ¿Es preciso, pues, decirle que me la devuelva?

EL ANGEL DE LA GUARDA: Sí, él es quien ahora debe darte permiso.

Y esto, igual que la escena anterior, explica claramente lo que va a pasar, por último, en este barco, frente a Mogador, en donde doña Pruheza efectúa el solemne y postrimero encuentro con Rodrigo, cuando éste se halla ya al término de su carrera de virrey.

EL VIRREY: ¡Oh Pruheza, no te vayas de mi lado, sigue viva!

DOÑA PRUHEZA: Necesito partir.

El Virrey: Si te vas, ya no habrá estrella para guiarme; estoy solo.

Doña Pruheza: No estás solo.

El Virrey: A fuerza de no verla en el cielo, la olvidaré. ¿Quién te da esa seguridad de que yo no puedo cesar de amarte?

Doña Pruheza: Sí, en tanto yo exista, porque sé que tú existes conmigo.

El Virrey: Hazme solamente esa promesa y guardaré la mía.

Doña Pruheza: No soy capaz de hacer promesas.

El Virrey: ¡Soy el amo todavía!... Si quiero, puedo impedir que partas.

Doña Pruheza: Pero ¿crees verdaderamente que puedes impedirme partir?

El Virrey: Sí; puedo impedirte que partas.

Doña Pruheza: ¿Así lo crees? Pues bien, sea: di solamente una palabra y no me voy. No tienes necesidad de ninguna violencia. Una sola palabra... ¿Es tan difícil de pronunciar? Una sola palabra y me quedo contigo. *(Silencio. El Virrey baja la cabeza y llora. Doña Pruheza se cubre con un velo desde la cabeza a los pies.)*

* * *

¿Qué sucede durante ese silencio y en ese velado definitivo de doña Pruheza? Esto, en primer lugar: Pruheza, aquí abajo, ya no es la esposa de don Rodrigo. Pero, fundamentalmente, esto: Dios es el dueño, y lo que ya no puede deshacer el mundo, ni siquiera la compasión evangélica, en su más vasta intensidad, Dios hace lo que quiere, atrayendo a Sí a los seres y del modo como El quiere. Llega un instante en que ya no se trata de las almas ni de poseer, ni de renunciar, ni de mantener como algo eterno lo que ellas han jurado espiritualmente, ni tampoco, por supuesto, de abolir en lo eterno aquello mediante lo cual Dios los ha situado en la frontera de la eternidad. Dios acoge todo por la alegría de aquellos a quienes ama, y el ojo ya no ve ni la oreja tampoco escucha, ni el corazón del hombre es capaz de sentir subir en sí mismo la menor idea de lo que ha sido así preparado en aquellos de cuyo amor se ha apoderado. De todo eso no percibiremos jamás en este mundo más que esas formas veladas que se borran, veladas de negro como un leño calcinado que se arrastra una vez que los seres han sido

conducidos a restituir en las manos del Padre, con su alma, hasta los más solemnes contratos que está alma había concluído para siempre en este bajo mundo.

Desenlace de fuego, que refleja, en este instante de la obra claudeliana, los más intensos resplandores de la mística viril de España. La poética de Claudel, ciertamente, no se contenta con imitar y proseguir. Su poética ha sido gratificada con una chispa de videncia original. Pero, sin embargo, gracias a la *llama de amor viva*, se debe el que, en los supremos momentos, doña Pruheza resulte armónica. Esta punzada sublime de la conquista espiritual española es, por supuesto, lo que ha constituído el más elevado recurso de que Claudel ha dispuesto para la creación de su personaje. En efecto, ¿quién tan bien como San Juan de la Cruz, castellano oriundo de Fontiveros, en la provincia de Avila, habría sido capaz de hacer conocer al alma un rostro tal de la última invasión divina?

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!...
¡Matando, muerte, en vida la has trocado! (1).

Y, sin embargo, ésa no es más que una parte del desenlace. La otra, deben transcurrir aún más de diez años de tiempo y una jornada del drama para que parezca ciertamente nueva, diríase, en la palabra entonces explícitamente pronunciada. Rodrigo, en el momento en que Pruheza se separa de él, no ha llegado al término de su carrera. La conjunción de su alma y del orbe católico no está acabada aún. Es menester, pues, que permanezca sujeto aquí abajo y que la llama en la cual Pruheza pasa hasta Dios le deje a él en su sustancia terrestre. Abrasado también él, iluminado también él, no se ha transmutado todavía. Le están reservadas aún otra iluminación y otra renovación de su espíritu. Todo ello sobrevendrá cuando, efectuada la compenetración de su alma y de la catolicidad, la geográfica y la espiritual al mismo tiempo, gracias a la aventura que ha sido toda su vida y merced al ensueño que será su aventura final, ya sólo sea un guiñapo de hombre, ese jirón al que ya nadie quiere, y entonces será menester suplicar a la anciana carmelita que lo acepte para que muera a la sombra de la Madre Teresa. Porque entonces, al fin y al cabo, ceden las altas y tenaces paredes de este ser. Sin ninguna violencia, en un instante, la gracia las

(1) Segunda estrofa de la canción *Llama de amor viva*, del excelso poeta San Juan de la Cruz. *(N. del T.)*

disipa, o con la misma facilidad con que un airecillo ligero acaba con las tenuidades de la bruma. Entonces ya sólo le falta "respirar para llenarse de Dios". Rodrigo es libre. La única libertad real, la de los hijos de Dios, se ha apoderado de él. De ahora en adelante sabe lo que es, y se muestra conforme. Para él, ésa ha sido la manera como Dios empieza a tomar posesión plena de lo que es suyo en este ser, en el cual ya no hay nada que no sea de El y para El, a no ser la apariencia de este cuerpo humillado que, un día, será transfigurado en el cuerpo de gloria de Jesucristo. Dios ha acogido a doña Pruheza como un matorral ardiente. A don Rodrigo ha quedado reservada la virilidad suprema de un abandono más difícil, sin duda, pero que no es el mismo de todo cuanto somos en el fuego del Amor, el abandono a esta total libertad que el Amor desea hacer nuestra al manifestarla como suya.

El desenlace de la intriga, en la que Dios aparece como el responsable en este mundo, resulta, pues, a buen seguro, la llama viva del amor. Pero igualmente es también, por lo menos, sin formar su divina sustancia más que uno con este primero, pero como un poco en adelante, y dando a esta sustancia una figura todavía más sublime y más espiritual, si ello fuera posible, en la liberación católica de las almas cautivas.

De este modo acabamos de descubrir los temas que constituyen el alfa y la omega de cuanto ha sido meditado en el alma de Paul Claudel cuando soñaba en *Le soulier de satin*, temas que son también, como ha revelado su poesía mediante una adivinación penetrante, como el alfa y la omega de cuanto se medita en esta alma española que el poeta ha querido asociar a la suya para dar nacimiento a la obra más grande de su vida. ¡El Fuego, la Libertad! Al comienzo precisamente de *Le soulier de satin*, don Camilo, a la sazón en España y poco antes de partir de nuevo para Mogador, tiene una conversación con doña Pruheza, en el jardín de don Pelayo, plática en la cual nos propone el primero de estos signos que conservan los senderos del drama:

"Otros exploran el mar—exclama—, y yo, ¿por qué no me hundiré tan lejos como sea posible ir hacia esta otra frontera de España..., el fuego?"

Pero meditemos un instante en esta circunstancia. El viaje a esta frontera de España, que España conoce muy bien, que ella reverencia, que España lleva en sí misma como un glorioso atributo, lo efectuará en efecto don Camilo, pero abjurando, renegando, hasta concluir, sólo Dios sabe de qué Fuego, su alma reducida a cenizas.

No es él, es doña Pruheza quien descubre cómo este viaje

se trueca en esa sublime peregrinación a la morada del Fuego, del único que vivifica al abrazarlo y cuya quemadura sin límites constituye igualmente la delicia inmensurable de los elegidos, como si en esta chispa de videncia que fué la suya Claudel hubiera comprendido la ambigüedad de la figura del Fuego, esta ambigüedad que ilustran las dos almas de don Camilo y de doña Pruheza. Pero, al propio tiempo, *Le soulier de satin* nos ha hecho comprender que, por encima de la del Fuego, hay otra efigie divina del Amor. Al mismo tiempo, eso significa hablarnos de una nueva frontera de España y de su alma, la que a don Rodrigo corresponde reconocer. Frontera en la cual no es ya posible que subsista la ambigüedad del cielo y del infierno; la que, en el Fuego, opone doña Pruheza a don Camilo. Porque si los condenados son inextinguiblemente consumidos en un fuego que no es otro, efectivamente, que el Amor mismo de Dios, el mismo en verdad que beatifica a los santos, pero que, para cuantos han preferido el infierno, se ha convertido en esta destrucción que ellos prefieren por encima de todas las cosas, solamente entonces son libres los hijos de Dios.

Conviene, pues, que sea don Rodrigo quien nos proponga el signo final con que se clausura el drama completo, y con él, el mensaje que, gracias a un último encuentro de su alma poética, Claudel ha expresado tan extrañamente en forma interrogativa:

"¿Comprendéis lo que decía cuando hace unos instantes he sentido de nuevo que era libre?", pregunta don Rodrigo al humilde franciscano que lo confiesa en este barco en donde lo llevan encadenado.

Es el último coloquio de esta alma católica con el alma española de que aquélla ha sido formada. Esta nueva frontera de España, aquella ante la cual la grandeza española tantas veces se ha estremecido y se ha interrogado, la que ha llevado en su historia para ser más bien una herida que una esperanza, ¡la Libertad!... ¡Ojalá que esta grandeza pueda no sólo permitir a los hombres solos y despojados de todo desembarcar en ella y establecer en su suelo su última morada, y conseguir lo que el propio don Rodrigo fué incapaz de hacer y que todavía no se ha alcanzado: que celebre el mundo los esponsales con este anhelo católico del que, por toda su alma, España lleva en sí un tan imperioso y tan ardiente sentimiento!

Salamanca, 14 de noviembre de 1955.

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ LÓPEZ Y LÓPEZ.

ESTAMPA DE UN ROMANTICO ARGENTINO

POR

JUAN FRANCISCO MARSAL

La primera impresión que se recibe al introducirse por primera vez en la historia nacional argentina es la de haber sido trabajada a fondo, cincelada meticulosamente, aclarada hasta en sus últimos escondrijos. Esta impresión es todavía más fuerte si se proviene del desamparado campo de la bibliografía española del siglo XIX, verdadero mar de ignorancias. (Uno de los más grandes gravámenes de nuestra cultura: desconocimiento de nuestros más recientes pasos, que es ignorancia radical de nuestro ser actual a la vez que explicación de ese comenzar y recomenzar de nuestra vida colectiva a la vuelta de cada esquina de la historia, de tal modo que España resulta *políticamente* más joven que muchos países hispanoamericanos.)

Esta afirmación inicial la lanzo con intención de herir el tradicional y gratuito españolismo obnubilador—de banda española—de toda la visión del horizonte total de nuestra forma de vida. (Américo Castro, sobre la huella de Unamuno, ha señalado esta forma de vida como común denominador de las diversas historias y como explicación final de nuestro diverso devenir.)

El curso histórico hispanoamericano, como en definitiva todo curso histórico, viene en parte determinado por la acción de las ideas. Estas ideas, como señala José Luis Romero respecto a la Argentina, no son originales, sino, por el contrario, están en relación de dependencia fiel a algunas fuentes extranjeras; pero lo importante es que "si se examina la significación nacional de ciertas ideas—adquiridas o no—y su vibración en la colectividad argentina, se descubrirá rápidamente que están marcadas por un acento peculiar, ornadas con un nimbo de tonos inconfundibles que corresponden a los que iluminan nuestra existencia" (1).

De otra parte, nos percatamos de que estas ideas consustanciadas son salidas de la mente de muy contados hombres preclaros que han servido de verdaderos hitos o jalones en la evolución cul-

(1) Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, págs. 9 y 10. Fondo de Cultura Económica. Méjico.

tural. De ahí que la ignorancia de alguno de estos pensadores epónimos sea ignorancia de la vida histórica por él creada, o viceversa: su pensamiento, la más acertada vía hacia un entendimiento cabal de su pueblo. Unicamente achacable a esa falla medular de nuestra forma de vida a la que anteriormente me refería y que Menéndez Pidal llama individualismo, habría que cargar el que Maragall, *imatge totemica* en Cataluña, sea apenas valorado en el resto de España. Y Esteban Echeverría sea en medios cultos españoles, como más, el nombre de un porteño afrancesado.

Queda, pues, con lo anteriormente escrito justificado este artículo y las exigencias internas de su autor, incompatibles con cualquier entretenimiento erudito.

* * *

"Don Esteban Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía, y elevada la frente" (2). Así, intemporalmente, nos lo dibuja en estampa romántica su entrañable amigo y embalsamador de su gloria Juan María Gutiérrez. (Un retratista de la época nos lo diseñará del mismo talante y con el desierto al fondo.) He aquí a nuestro personaje, un personaje ciento por ciento romántico, en actitud osada, precursora. He aquí al protorromántico argentino.

Don José Esteban Antonino Echeverría nace en el barrio del Alto de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1805. Fueron sus padres don José Domingo Echeverría, comerciante vasco, y doña Martina Espinosa, porteña. Nada más ajeno a mi intención que una reseña banal, registral, de estos datos: la circunstancia de su nacimiento van a estampar a nuestro hombre para toda su vida. Años adelante, años casi últimos, él mismo nos dirá que se siente "porteño en todo, ante todo, y por todo" (3); ángulo austral desde el que se ve de determinada forma su país y el mundo. Su juventud, presente en los primeros vagidos de la vida independiente argentina, no contiene grandes novedades: amoríos, estudios no muy excelentes de latín y filosofía, y, por último, siguiendo un camino habitual en los jóvenes de su clase, empleado de comercio. Pero estos caminos llanos fueron sumergidos en baño romántico, y estas crisis

---

(2) O. C. Buenos Aires, 1874. Tomo V, "Breves apuntaciones biográficas y críticas sobre don Esteban Echeverría", pág. XXXVII.
(3) O. C. Tomo V, pág. 201.

regulares en todo joven fueron recargadas de tintas por el "joven ardiente y fantástico" hasta convertirse en un *leit motiv* de toda su obra en prosa y en verso. Una y otra vez se lamentará a lo largo de su vida:

Mi corazón ardiente desplegara
un mundo de pasiones; corrió ansioso
tras su torrente insano y tumultuoso,
y engolfado en su piélago profundo
perdió inexperto sin timón ni guía
por siempre su inocencia y su alegría (4).

Sea cual fuere la dosis de imaginación hay de cierto que en 1825 se embarca hacia Francia nuestro "compadrito del Alto". Francia, que es—escribe en 1848—"el pueblo que hace dos siglos marcha legítimamente como rey al frente del progreso humanitario" (5). Es esta partida, sin duda, el fin de una lucha interna en la que desarrolla un papel capital la muerte de su madre, a la que él cree abrevió sus días con sus desvaríos. A ellos también atribuirá otra de las angustias de su vida, su escasa salud, transmutando en poético sujeto:

Tú agotando, poco a poco,
has ido el ardiente foco
de luz que mi alma abrigó;
y con tu soplo de muerte
convirtiendo en masa inerte
una edad joven y fuerte
que mil frutos prometió (6).

Pero en la pugna entre ensueño y realidad, entre lucha interna e imaginación, la partida la va a decidir la mejor virtud de Echevarría: su ambición, su afán de desperezamiento, su sed de gloria.

Este es un momento capital, decisivo de la historia de Echeverría: el del desenmarcamiento, el desarmarse del marco original para encajarse en el tan distinto de París, gran escaparate del progreso mundial. Es preciso medir rigurosamente la distancia que iba entre la Buenos Aires de 1825 y su contemporánea parisiense. ¿Cómo era la ciudad del Plata por aquellas calendas?

Echemos mano de algún testimonio presencial, de algún viajero en distinto sentido. Alcides D'Orbigny, naturalista francés, viaja a Buenos Aires en 1826, un año después de la partida del poeta. Las observaciones del francés sobre la vida porteña son muy agudas (7). Aunque parte del principio de que es "un país tan diferen-

(4) O. C. Tomo III, pág. 330.
(5) O. C. Tomo IV, pág. 433.
(6) O. C. Tomo III, pág. 166.
(7) *Voyage pittoresque dans les deux Amériques.* París, 1836. Traducido en 1900 en Buenos Aires con el título de *Buenos Aires viejo.*

te de los de Europa", reconoce su auge y señala que "hay más vida y movimiento que en ninguna otra ciudad de la América Meridional" y estima el número de sus habitantes en 60.000, cifra muy respetable que aleja a la ciudad del Plata de toda imagen aldeana. Ahora bien: lo más feliz de las anotaciones del sabio es su observación sobre la lucha de costumbres—matraz de vida colectiva—, porque a pesar del predominio de las costumbres francesas e inglesas se encuentran profundas huellas de las antiguas españolas" (8). La lucha entre lo español como costumbre, y las modas foráneas, resultado de la política—principalmente rivadaviana—, está presente y a ello habría que atribuir mucho del antiespañolismo militante de la generación echeverriana. Y, finalmente, recojamos que el galo, buen catador, dice: "Sin que sea una ciudad literaria, puede presentar Buenos Aires un número bastante crecido de hombres instruídos, el cual va sin duda mucho mejor sin las restricciones a la libertad de imprenta" (9). Estas notas y otras muchas de otros contemporáneos nos dan las coordenadas del Buenos Aires de entonces a menos distancia de París de lo que las ansias de acercamiento de los ilustrados lo colocaban.

Pero volvamos a nuestro viajero. Tras una penosa travesía Echeverría llega a París. Hasta 1830—en vísperas de la Revolución de julio—permanece en la capital de Francia. Vive allí uno de los instantes de máximo cocimiento europeo: el del aflorar del romanticismo tras un período—como dijo Croce—de larga ascética racionalista.

Bajo el proceso político de la desatinada política ultramontana de Carlos X se está preparando el triunfo rutilante de la burguesía, real heredera de la Revolución francesa. Ya han hecho su escandalosa aparición la primera generación de románticos—nacidos entre 1790 y 1804—(10): Lamartine, Víctor Hugo, Vigny, Jorge Sand, Balzac, Michelet; de los que Echeverría es rigurosamente coetáneo como lo es de los españoles Espronceda y duque de Rivas. Por derecho propio se inserta, pues, en su ángulo generacional.

Nos dice su biógrafo, con cierto desencanto, que "Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París" (11), lo que carga a la cuenta de un estudio absorbente. Los panegiristas posteriores no se pararían en barras ni en informaciones exactas; para ellos, Echeverría es un

(8) *Ob. cit.*, pág. 42.
(9) *Ob. cit.*, pág. 89.
(10) Véase Ortega y Gasset: "La estrangulación de D. Juan Tenorio", en *El Espectador*. O. C., ed. 1947, pág. 238.
(11) O. C. Tomo V, pág. XLII.

coautor del movimiento romántico europeo. Parécenos que el silencio de don Esteban en punto tan esencial merece una atención más fina. Porque en un hombre que, a lo largo de toda su obra, da tan abundante prueba de vanidad, la razón amical de Gutiérrez resulta a todas luces insuficiente. ¿No sería, acaso, más viable que el muchachito de veinte años de modesto bagaje intelectual, que su biblioteca de viaje testimonia quedó aturdido al encontrarse de pronto ante una encrucijada de la cultura europea, compuesta de caminos que sólo muy deficientemente conocía? Si cualquier persona aun de elevada cultura, al trasplantarse a otro país tarda meses y aun años en enraizarse en él, ¿qué no le iba a suceder al joven porteño, abocado de pronto desde el otro hemisferio a uno de los puntos neurálgicos de la cultura europea? Su asimilación debió ser forzosamente gradual, y su papel, de modesto y no muy avezado espectador. Y si bien su conversión al romanticismo estético fué súbita—flechazo generacional—, su conocimiento del más complejo aparato de las corrientes políticosociales coetáneas fué mucho más lento y, en gran parte, posterior a su viaje europeo (12). Tal es su toma de contacto con el pensamiento de Leroux y los saintsimonianos, realizada en Buenos Aires por vía amical (13).

En 1830, probablemente por falta de recursos, de los que nunca anduvo muy abundante, regresa Esteban Echeverría a Buenos Aires. Este indudable gran patriota que es Esteban Echeverría otea la aparición de su tierra rioplatense con alborozo, y su alforja llena de ensueños innovadores. (Ensueños, no lo olvidemos, forjados del otro lado del Atlántico, en el clima, tan distinto, de París.) Esta emoción, que le sugiere la visión del río argentino, la encarna en una de sus más tonantes composiciones:

¡Salve, oh Plata! En tu presencia
multiplicarse yo siento,
sublimarse mi existencia,
lo que hay de humanal en mí;
y ora quieta, ora iracunda,

---

(12) Aún en París, y en febrero de 1827, garrapateó algunas líneas en defensa del sensacionalismo de sus maestros porteños (O. C., tomo V, pág. 419). En su obra poética, en cambio, años adelante, criticará el materialismo de Fernández Aguero y se sentirá decidido partidario del espiritualismo, de moda en París. Véase en este sentido la nota 6 al "Avellaneda", en O. C., tomo I, página 437. (Es curiosa también la contranota de Juan Martínez Gutiérrez elogiando la labor "más que sistemática emancipadora" de la escuela filosófica de la rivadaviana Universidad de Buenos Aires. Hay un algo de reproche de ingratitud del biógrafo para su biografiado.)

(13) Ingenieros, José: "Los sansimonianos argentinos", *Revista de Filosofía*. Buenos Aires, 1915.

se muestra hirviendo la vida
rebosar en mí fecunda
como rebosa ahora en ti (14).

Pero la vida platense ha seguido sus propios derroteros, y el acomodamiento resulta difícil a la pupila demasiado abierta del viajero. El cree que, con sólo prender la chispa de su ingenio, una llamarada de entusiasmo romántico se apoderará de su país, que espera justamente su llegada, su mensaje. Se equivoca: su primer poema, *La novia del Plata* (1831), no tiene ninguna acogida. Lo mismo otros de más o menos jaez y poca claridad. Solamente tras la escuela del desengaño, hacia 1834, alcanza el éxito social con una colección de poemas: *Los consuelos,* que ensamblan un moderado romanticismo a un cierto tradicionalismo idiomático castellano. Esta timidez la reconoce su autor en el prólogo a la colección: "Si, recobrando mi patria su esplendor, me cupiese la dicha de celebrar otra vez sus glorias, seguiría distinto rumbo, pues sólo por no trillados senderos se descubren mundos desconocidos" (15). El nuevo rumbo, más calado de intención social e innovadora, lo iniciará con sus *Rimas,* que contiene el poema *La cautiva,* famoso por su novedosa utilización del paisaje nativo como elemento poético y la alusión política antirrosista que esconde. Pero esto ya es harina de otro costal.

La Argentina de nuestro protagonista es la de Juan Manuel de Rosas, quien tuvo a su patria en un puño desde 1829 hasta 1852, en que fué derrotado en la batalla de Caseros por su lugarteniente Urquiza. Su figura, llena por derecho y por hecho propio toda esta época. Y aún más: por un extraño destino, dice Manuel Gálvez, "es un tema de actualidad desde hace ciento veinte años" (16). De ahí que este biógrafo, en su excelente prólogo, se cubra de ataques cuando a renglón seguido añade que "no quiero que se crea que hago historia con ideas actuales, lo cual sería falsa historia". O política, aclaramos nosotros.

Rosas en medio, de un lado están los nacionalistas, como Ernesto Palacios, Steffens Soler, Irastuza, etc., etc.—existe un Instituto: Juan Manuel de Rosas—, para los que el gobernante habría sido un ejemplo en la historia argentina; de otro lado, aquellos que, siguiendo los pasos de Vicente Fidel López, Estrada e Ingenieros—historia oficial—, como Alfredo Palacios y Ruiz Moreno,

---

(14) O. C. Tomo II, pág. 223.
(15) O. C. Tomo II, pág. 12.
(16) Manuel Gálvez: *Vida de D. Juan Manuel de Rosas,* pág. 6. Buenos Aires, 1940.

para los que Rosas representa lo antidemocrático y, por ende, antiargentino. Esta postura polémica, tajante, llena de exigencias políticas, la manifiesta netamente José P. Barreiro, que distingue entre un revisionismo "histórico" (Saldias, Quesada) y un revisionismo "político" (los autores citados anteriormente). "Quedará—dice Barreiro—postergada para mejores tiempos una interpretación más serena, más integral de la historia patria" (17). Semejante postergación no es nunca admisible; pero no intentemos aquí meter cuchara en tan discutido caldo. Para unos, Rosas fué legal, popular, patriota, culto, heroico, religioso, profundamente argentino; para los de la acera de enfrente, todo lo contrario (18). Dejemos al tiempo tan inclemente polémica.

Lo que sí nos incumbe es averiguar cuál fué la visión de esa Argentina que tuvo don Esteban. Grande debió de ser su decepción al confrontar su ideal de la patria de Mayo con la cruda realidad del gobierno Rosas. Sintiendo en uno de sus personajes, dijo:

Volvió a su patria joven todavía,
llena el alma de bellas ilusiones;
la patria de su amor ya no existía,
y encontró en lugar suyo horrenda orgía
de feroces y estúpidas pasiones (19).

Sin embargo, alma afanosa, no se deja arrastrar por esa repugnancia espontánea ante la situación política de su país, y anda tras una explicación rigurosamente intelectual. En ello hay una renovación de actitud común a toda su generación, y en abierta contradicción con el dogmatismo racionalista de la anterior, plasmada políticamente en el grupo político de los unitarios. Por ese camino hará Echeverría su más trascendental descubrimiento: la realidad social argentina. Toda su obra, en especial la parte de "vil prosa", está cuajada de ataques a sus predecesores por su falta de explicación social, de "doctrina social", como dice.

Simultáneamente, y a su pesar, su temperamento apasionado se filtrará en feroces diatribas contra el tirano, incapaz de asir el cable salvador que los jóvenes intelectuales de la Asociación de Mayo le tienden.

Consecuente con sus ideas, Esteban Echeverría, a pesar del signo cada vez más adverso de la vida política, se niega a emigrar, como

---

(17) José P. Barreiro: *El Espíritu de Mayo y el revisionismo histórico,* página 127. Buenos Aires, 1955. 2.ª ed. Por cierto que esta obra, enferma de este mal que Julián Marías ha llamado "politicismo", es un excelente Baedecker de los problemas vivos de la cultura argentina de hoy.

(18) Véase *En torno a Rosas y el revisionismo.* B. Aires, 1955. Ed. "Bases".

(19) O. C. Tomo II, pág. 153.

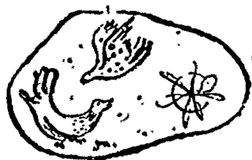
tantos de sus compañeros. Sobre ello ha dejado unas líneas de íntima reflexión: "Y ¿adónde vamos cuando emigramos? No lo sabemos. A golpear la puerta al extranjero y pedirle hospitalidad; buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos, como la muerte" (20). Pero tras la fracasada insurrección del general Lavalle de 1841, en la que había tomado parte, no le queda otro remedio. No marchó muy lejos: al Uruguay (primero, a Colonia; luego, a Montevideo). En esta ciudad vivió hasta su muerte, acaecida el 19 de enero de 1851, el año anterior a la caída de Rosas.

La estampa romántica termina deviniendo en realidad, coloreándose con los tonos vivos de la vida misma. Y este porteño, que comenzó siendo un romántico de laboratorio, que abultó sus íntimas desdichas y sus vulgares trivialidades juveniles para crear poesía de su tiempo, acabó atrayendo a sí uno de los más acreditados duendes románticos: la fatalidad. La salud, la adversidad política, el olvido, el destierro fueron sus mensajeros, que anunciaron una muerte desdichada y sin esperanza cuando, sin saberlo, el vate estaba a las puertas del paraíso soñado para su patria. Hasta sus restos, presos del duende, desaparecieron, para no ser posible ni a los últimos residuos de su cuerpo colmar el sueño acariciado. Esteban Echeverría es ejemplo escalofriante de cómo los hombres, día a día, seleccionando posibilidades, eligiendo, van atrayendo su propio Destino.

---

(20) O. C. Tomo V, pág. 435.

Juan Francisco Marsal.
Boulevard Oroño, 1.165.
ROSARIO (R. Argentina).



POEMAS DE LA AUSENCIA

POR

MANUEL VALLDEPERES

—No hay nadie. Era el viento. —¿Nadie?
¿No es el viento nadie? —No
hay nadie. Ilusión. —¿No hay nadie?
¿Y no es nadie la ilusión?

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

LA PALMERA

Con la cabellera suelta
—sola—
quiere taladrar el cielo.
Abajo es sólo una sombra:
sombra, sombra, sombra sola.
Sola. La palmera sola.
Sola al borde del camino,
y el camino también solo.
Y yo busco compañía
en la rígida palmera,
porque está mi soledad
sola en el camino solo.
¡Mi sombra, qué sola está
a la sombra de la palma!
Si miro el camino, nada;
hacia arriba, palma y cielo.
Qué solo mi pensamiento
y qué sola mi ilusión:
¿Es que mis ojos no ven
lo que ve mi corazón?
Sola. La palmera sola.
Con la cabellera suelta
—sola—
quiere taladrar el cielo.

EL RIO

El río es como mi sueño;
hilo de plata que corre
hacia una verdad querida.

Él agua sabe por qué
camina entre las riberas
—cauce a la pasión serena—
en busca de su deseo:
un deseo como el mío.

LA CUMBRE SOLITARIA

Huele a secreto la cumbre,
tan alta y tan solitaria.
Sola a la altura del cielo
como un anhelo impaciente,
como un asombro de vida.
Nunca tuve lo que tengo:
cielo abierto a mi ventura.
Y ella inserta en mi retina
—misterio de cielo y tierra—
en lo alto de la cumbre.
Firme la tierra que piso,
firme el horizonte abierto,
firmes palabras las mías
y firmes mis esperanzas.
Sólo Ella es sueño.
Nada.
Blanca imagen sin palabras
o palabras sin imagen.
Y Ella es por mi dolor,
por el fuego de mi alma,
por mi ansia de destino,
por toda mi sed que sueña
un dolor igual al mío.
Huele a secreto la cumbre.
Algo que presiento en mí
está flotando en el aire
para llenar mi silencio
con brisas de claridad.
Huele a secreto la cumbre.
A secreto transparente,
que el aire no tiene fin
para colmar mi avidez.
Solo.

En la cumbre sólo
mi ansiedad halla sosiego
y mi pena es levedad
cuando—solo—la presiento
en el vuelo de una nube
que viene a mí sin saberlo
y en la cumbre se desliza
para ocultar su misterio.
¿Qué realidad poseída
calmó la ansiedad de un sueño?
¡El secreto de la cumbre
es un secreto de amor!

CLARA FUENTE

¡Oh clara fuente hallada
en la ancha soledad de mi camino,
a tu sola verdad yo me someto!
Avidez de destino
recoge sobre el agua su presencia
mientras sueña mi sed.
Si el agua busca al río,
mis ojos en el río buscan tanto
que asombra lo que ven:
¿Angustia acaso? Sí.
Es la angustia del gozo y el secreto
de presentido amor.
El agua transfigura
—con su sutil temblor de sierpe herida—
mi rostro dolorido
en la imagen precisa de la amada.
¿Es ésta la verdad?
Es la verdad que anhela
mi sangre prodigiosa:
sentirla junto a mí, vivir por ella.
¿Es una imagen la que me fascina?
Entre esquivo silencio
su presencia gozosa y presentida
puebla mis soledades.

PAJARO AMIGO

I

Todos creen en ti, en tu dolor,
y nadie cree en el mío.
En tu soledad—tan sola—hay una pena.
Suena a secreto tu canto—tu llanto—
y todos te ven pasar,
cuando tu alma llora y canta,
como a buen pájaro amigo,
con todas las verdades poseídas:
conquistador de un horizonte cierto.
¡Esencial realidad! Así vivimos.

II

¿Escondes tu dolor? ¿Escondo el mío?
Cada instante de tu vida
te acerca más a la verdad soñada.
Mucho azul, mucho cielo: esperanza
—objeto de mi ansiedad—
de triunfar de la noche y del olvido.
Pájaro amigo, soñemos.
Si has venido a mi mano—mano amiga—
es porque crees en mi angustia mansa.
Tu verdad es mi verdad.

MAR JUBILOSO

Bramido jubiloso
—alegría—del mar.
Te veo a la distancia
y es como ver mi alma
reflejada en las olas
furiosas—siempre iguales—
del mundo torturado
que agita mi dolor.
Mar que termina en voz;
canción impetuosa

de verbos imprecisos...
Brutal es tu pregunta:
—¿Por qué nacer en esta
ingrata soledad?
—Naciste para ser
esa vida indecisa
que regresa a sí misma:
voz, sólo voz.
Imagen
exacta de la ausencia.
¡Mi ausencia! Ella.
Ella
es la que no está en mí.
¡Oh mar, mar jubiloso!
¿No estará Ella en ti?
¿No vivirá en tu voz?

EN MI ESTA EL ABISMO

I

En mí está el abismo:
todo o nada. Todo
lo que viene de Ella,
todo lo que nace de mi ilusión.
Vista o presentida,
es Ella. Para mí
no cuenta más ausencia
que la ilusión perdida.
Así empieza la nada,
así se abre el abismo:
cuando mi mente deja de soñar,
cuando mis ojos dejan de ver.
[Sí.
Mi angustia va en aumento
si mi ilusión declina.
¿Distancia? ¿Sombras?
Nada.
A mi avidez de lúcido destino
sólo demente sombra se ante-
[pone:

Ella es luz, Ella es aire,
Ella es vuelo fugaz de golondrina.
No deseo su cuerpo,
que apenas adivino
en la sólida imagen presentida;
pero anhelo sentir
la inquietud de su ausencia
cuando el aire enmudece y en
[el aire
mi ilusión y su imagen
no forman una imagen transpa-
[rente:
una imagen ideal, clara, fraterna.

II

En su imagen alada
—¡ilusión!—
es la cumbre la verdad.
Vive en mí como la quiero:
[precisa
en el gozo y precisa en la espera.
Y está intacta su alma
en la penumbra de mi soledad.
El abismo está en mí,
en la anhelada posesión y el
[sueño,
en la certeza de mi plenitud
o en el temor de no alcanzar la
[cumbre.
Ella, tan sólo Ella,
que es verdad sin secreto,
está libre de ausencias y de ol-
[vidos.

DIOS, EN LA SOMBRA

¿Es que te busca, acaso, mi
[dolor?
¿O es que tu dolor

está buscando el mío?
Con tanta desnudez lo veo todo,
que una voz me seduce entre la
[sombra.
¿Es la raíz del canto?
Presiento que en la sombra
está la voz de Dios.
Abísmanse mis ojos
en la erguida ansiedad
y Dios—todo—revive
en el abismo tierno de tus ojos.

EL CIELO

Transparencia de azul
y júbilo en el cielo.
Intacta en mi recuerdo
tu fresca perfección,
que derrota al olvido.
Es una imagen blanca,
es una voz callada,
es la verdad que espero
para tener
—si tengo—
una imagen del cielo.
Entre las soledades
te adivino, te veo.
¿Sombra?
¿Sueño?
¿Idea?
Mi anhelo pide más:
eres mi cielo.
Eres
mi verdad esencial.

La desnudez del día
arropa mi dolor,
que está cerca del tuyo.
Es el dolor de ser
y de haber sido antes:
el dolor del destino

y el dolor del origen.
Es la raíz del canto
que a mi oído susurras
con tanta transparencia
que descubre tu alma.
Alma blanca, alma pura
que hasta al cielo fascina,
porque yo soy tu cielo:
el cielo que cobija,
en su morada azul,
dos alas y dos sueños
y dos sombras lejanas.
¿Un sueño?
No lo juzgo:
mi sueño es ya un amor.

CANCION EN EL CAMINO

Que largo es el camino
con tu ausencia a mi lado.
Caminar, caminar..
Me miran las estrellas,
quieren venir conmigo
porque me creen solo.
¡Pobres estrellas solas
que no oyen tu canción!
La canción jubilosa:
la canción de la espera.
Y en ella tú, tan sola,
en prodigiosa ausencia.

ALA INTERIOR

Desgarrada ilusión
a mi avidez resiste
y en el ala interior
—sueño sin horizonte—
camina hacia lo incierto.
¿Hacia lo incierto? Nada.

¿Vivir?
¿Sentir?
¿Amar?
Hallar es lo primero.
Hallar un sentimiento
para cada ilusión.
Llenar las soledades,
vaciar las angustias,
vivir...
Vivir es todo.
Vivir en claridad,
con íntima entereza;
encumbrar los anhelos
en una inmediata
presencia solitaria
que dé sentido al tiempo;
alumbrar el destino;
dejar que el sueño vuele
y en el ala interior
lanzarlo a lejanías
que cobijen el alma
y den presencia al sueño.
Si soñar es vivir,
con cuánta transparencia
ilumina mi anhelo
—persistencia de auroras—
tu ausencia desvelada.
Tú eres mi vida—toda—
y me cercas constante
—cerco divino—para
iluminar mi vida.
Vida vivida en sueños,
desnuda de lo incierto.

ESTRELLAS EN LA MANO

¿Será un engaño mío
el anhelo impaciente
de alcanzar las estrellas con la
Hacia mí se abalanza [mano?
ese engaño escogido

de albergar las estrellas en mi
Ni deliro ni sueño: [*seno.*
es la verdad que espero
a través del misterio de la noche,
y en cada estrella busco
una imagen de Ella
para encerrarla en horizonte
[*cierto.*
¿Estrellas en la mano?
Verdades poseídas
por mi mano, mis ojos y mi
[*sangre.*

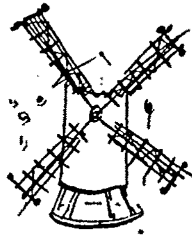
Intacta está, y sola,
la imagen escogida
para hacerla real en una estrella.
Si viene lenta a mí,
en superior deseo,
es porque monta el potro de mi
Prodigiosa, la noche [*ilusión.*
desgarra los misterios
sobre los cuales la verdad gravita,
y cada estrella es
esencial verdad
para el hombre que espera, más
[*que amor,*
angustia redoblada.
Sólo el que sueña puede
alcanzar las estrellas con la
[*mano,*
porque en su estrella está—ju-
[*biloso—*
el sentimiento de la plenitud.

SIEMPRE POR EL CAMINO

Siempre por el camino, siem
solo con mi ilusión. [*pre solo:*
Oigo una voz precisa,
una voz que me llama,
una voz—sola voz—que yo ima-
hecha de soledades. [*gino*

Una voz que me sigue,
que me acaricia—sola—
con sus manos de sombra.
Es la voz que me arrastra,
con un ansia secreta
de vivir, hacia la vida.
Mi vida
—la que espero de ti—,
sin norte todavía.
Me basta para ser,
en esta soledad
—soledad de tu ausencia—,
adorar una voz:
tu voz.
Y ver en ella
—hecha conciencia en mí—
aquello que yo quiero:
una ilusión que nace cada día,
una verdad que nada la destruye:
mi verdad, que es mi vida.

Manuel Valldeperes.
Arzobispo Portes, 145-3.
CIUDAD TRUJILLO (Rep. Dom.).



VISION ESQUEMATICA DE LA III BIENAL

POR

JOSE MARIA MORENO GALVAN

II

Decíamos, en el comienzo de este trabajo, que el arte hispanoamericano gravita fundamentalmente alrededor de dos polos: Méjico y Buenos Aires. De influencia real y directa, el uno; de afinidad electiva, el otro.

El centro de gravitación mejicano representa, antes que nada, la posibilidad de nacimiento de un arte americano—hispanoamericano, para precisarlo más—genuino y autónomo. El centro de gravitación bonaerense significa una situación del arte americano, por la cual éste se siente incluído en los mismos problemas y en los mismos principios teóricos que han determinado todo el arte europeo de estos últimos años. Por tanto, el primero representa un anhelo de originalidad; el segundo, un anhelo de perfección.

Es necesario, antes de continuar nuestra breve reseña, señalar alguna leve consideración en torno al intento de originalidad mejicana. No se trata ya del presunto originalismo temático, señalado por Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros e, incluso, José Clemente Orozco, en cuanto éste también se deja llevar por una pretensión de anteponer lo documental a lo pictórico. Se trata de una originalidad que, tomando como base la temática de los viejos maestros, ha llegado a constituir una nueva forma, ejemplificada en la pintura de Rufino Tamayo.

Por último, señalábamos el apunte de lo que puede llegar a ser nuevo foco catalizador del arte americano, insinuado en los países del área del Caribe, pero sin que llegue a concretarse de una manera definitiva ni en la Habana ni en Caracas. Es interesante definir, con el máximo de precisión, la verdadera entidad de ese nuevo foco del arte pictórico, pues en él cabe esperar la aproximación más exacta de lo que se viene intuyendo hoy como un arte genuinamente hispanoamericano.

Si el arte hispanoamericano de las tierras de Méjico fué hasta Tamayo un intento testifical que en Tamayo logra hacerse esquemático; si el arte producido en nuestro siglo por el área platense y sus aledaños fué siempre un intento de plastificación a la manera

europea, el arte que nace en el área caribeña es, desde luego, documental, pero tiene tal poder esquemático que algunas veces parece pretender la abstracción rigurosa e, incluso, se confunde con ella. Queremos, por ahora, dejarlo ahí señalado simplemente, para volverlo a encontrar luego ejercitando una presión si se quiere impalpable sobre muchos artistas, que, sin pertenecer directamente a esta área se sienten unidos a ella por una afinidad invisible.

MÉJICO Y SU ÁREA DE INFLUENCIAS

Como hasta aquí hemos venido haciendo, atenderemos principalmente a los grandes sintomatismos, sin intentar siquiera un bosquejo completo del panorama de la Bienal, ni mucho menos su síntesis antológica. Nos referiremos, primeramente, a Méjico y su área de influencias, que en algunos casos alcanza a toda América. Sabido es el gran influjo que el arte mejicano viene ejerciendo sobre el de toda América desde hace más de treinta años, basado en la panacea de construir un arte de testimonio. Por ello mismo, y a fuer de repetir lo ya dicho para el arte de España, tenemos que señalar que las áreas localizables no lo son de una manera estricta y que ellas atienden más a la célula germinal del nacimiento de un arte que al escenario de su efectivo desarrollo.

Méjico y su pintura ha estado insuficientemente representado en esta como en todas las anteriores Bienales. Faltaron, sin duda, los protagonistas más caracterizados de su pintura de hoy y los de la formación de su pintura en lo que va de siglo. Sin embargo—aun cuando no en su faceta más representativa—, en la Bienal estuvo la obra grabada de José Clemente Orozco, que por tantos conceptos puede considerarse maestro fundacional de la temática mejicana.

José Clemente Orozco—y esto no es ningún descubrimiento—no es esencialmente un grabador, sino un muralista; dos actividades que parecen no tener ninguna relación y que en alguna ocasión pudieran considerarse antagónicas. Esta observación sería válida para cualquier arte nacional que no fuese el mejicano. Pero ocurre que el muralismo de Méjico, del cual es Orozco representante destacado, se basa, antes que en juego compositivo y puramente plástico, en profundidad temática. Cabe decir que la temática es la gran protagonista de ese arte que en Méjico comienza con la segunda década de nuestro siglo. Por más que justificaciones de última hora hayan pretendido demostrar una presunta ascendencia en los viejos murales prehispánicos, lo que realmente dió pie a una pintura

con visos de originalidad fué la temática. Y la temática de un grabador: el gran José Guadalupe Posada. Nada tiene, pues, de extraño el hecho de que José Clemente Orozco, al estar representado en la Bienal con obra grabada, esté representado también, por virtud de su fuerte documentalismo, como artista de su obra total. Con ello, parece que desvirtuamos un poco la significación del mural en la reciente gran historia de la pintura de Méjico. Tiene, en efecto, un altísimo valor la documentación muralista mejicana, pero éste es un valor de derivación sociológica, pues lógicamente lo que está ejercitando tan abiertamente una labor comunicativa con el público, como es el mural, tiene también más posibilidades de actuación.

La originalidad del mural en Méjico es haber eludido la problemática plástica que este tipo de pintura traía consigo en cualquier otro país. Y así ocurre que, como murales y grabados están asentados en una misma apetencia comunicativa, para los efectos de esta Bienal, tan representativa de la obra de Orozco es su labor de grabador como su labor de muralista.

¿Qué puede decirse que no esté ya dicho del problema que José Clemente Orozco plantea como pintor? En nuestra opinión, en él existe el paralelo más sintomático de Goya. Con lo cual, y teniendo en cuenta que Orozco es el único artista definitivo de los tres grandes iniciadores del muralismo, estamos planteando de lleno la cuestión de que la pretensión de mejicanismo autóctono de estos artistas quede desvirtuada un tanto por el hecho incuestionable de su afinidad goyesca.

Ahora bien: ocurre que esta afinidad es precisamente un don de la más auténtica americanidad. Por eso, en muchos trabajos anteriores nuestros hemos señalado el papel catalizador que Méjico ejerce para el reencuentro de una nueva originalidad americana.

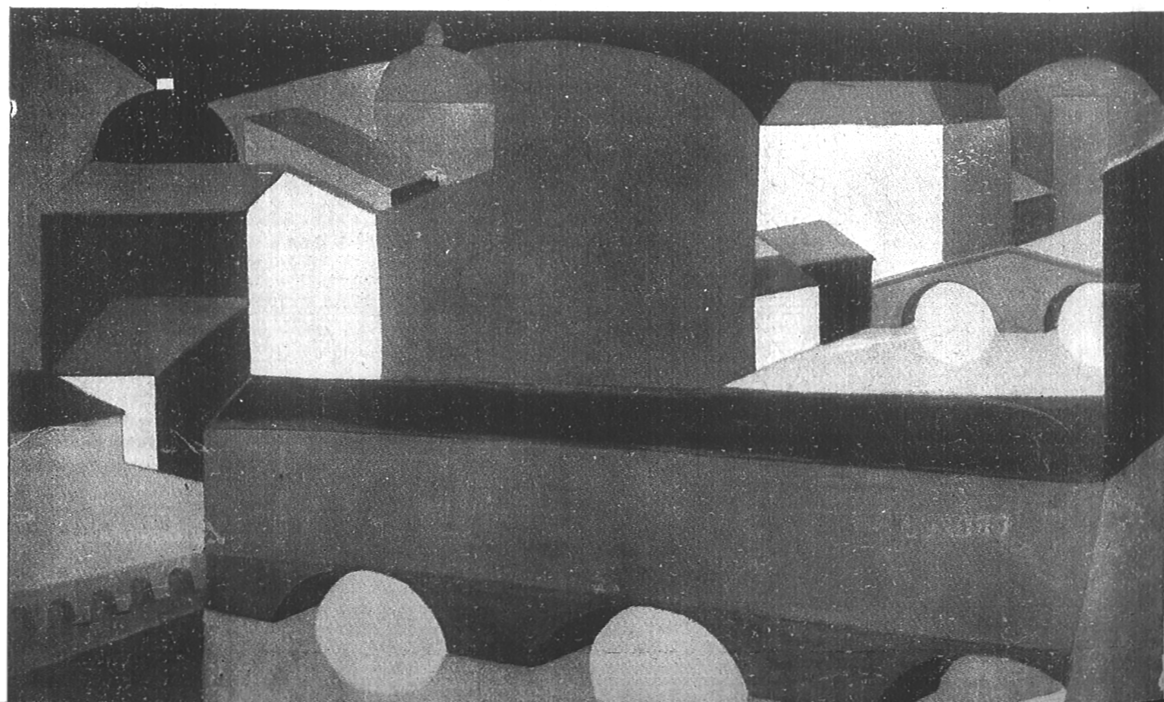
Continuando nuestra reseña en esa atención a los polos sintomáticos, en la que queríamos verla incurrir, nos referiremos, y siempre dentro de la aportación mejicana en su límite nacional más estricto, a los grabados de Angel Zamarripa, más afines con el neobarroquismo documental de Orozco, frente a los dibujos de Rafael Navarro, representativos de un especial tipo de pintura mejicana que atiende más a la contundencia de límites formales. Los grabados de Zamarripa están dentro de un orden documentalista típicamente mejicano, que no elude la reseña folklórica o regionalista, porque uno de los postulados de esta pintura es el de lograr la universalidad por la localización. Los dibujos de Rafael Navarro dijéranse incluídos en una especial manera mejicana de enten-



OROZCO *Autorretrato.*

TORRES GARCIA

FERNANDO BOTERO
(Colombia).



GALO GALECIO
(Ecuador).
Premio Badalona para grabado.

TORRES GARCIA

RAMIREZ *(Colombia)*.

Salas de artistas uruguayos y esculturas de PABLO GARGALLO

der el realismo mágico, que, sin embargo, por una especie de mandato del mundo ambiente, transmiten también alguna esencia de orden comunicativo.

Con el envío mejicano llegó la obra de un escultor español que está dentro de la pretensión rigurosa del mejicanismo: la del escultor José Cañas. Quien intente ver una pretensión escultórica en su obra, quedará abrumado, sobre todo por su intención extremamente documental. Es cierto que en algún momento su escultura alcanza un claro nivel de monumentalismo, pero incluso éste está al servicio de una preconcebida idea que no es formal, sino de orden comunicativo. Tal vez sea Cañas un magnífico ejemplo de lo que pudiera ser el comienzo de un paralelo escultórico del indigenismo pictórico.

LA GRAVITACIÓN MEJICANA EN LA PINTURA DE AMÉRICA

Como decíamos, las ondas de la concepción documentalista mejicana llegaban hasta muy lejos de su lugar de origen, y en algunas ocasiones, hasta se aposentaban en polos inversos, como en el Plata.

La pintura de Osvaldo Guayasamín tiene evidentemente a Méjico como catalizador. Sin duda, se trata de una pintura que nació originariamente con vocación comunicativa o documental, pero que más tarde se fué dejando ganar por intenciones plásticas hasta convertirse en una armoniosa síntesis de ambas concepciones pictóricas. No se puede señalar una apetencia mejicanista a ultranza. Se trata más bien de un enfrenamiento paralelo con el problema del arte. Después de Méjico y su experiencia, América en general no pudo permanecer insensible. Osvaldo Guayasamín trató, como los mejicanos, de ser vehículo de ciertos anhelos; pero en él actuaba muy decididamente toda una concepción plástica. De tal manera, que su pintura actual parece estar absolutamente desligada de aquella matriz de origen.

Diríamos que la pintura de Guayasamín está realizada con esencias documentales sujetas a leyes plásticas. Pero que las leyes plásticas no invalidan en ningún momento su raíz documental. De esa manera su pintura, lejos de ser la solución de un problema de orden plástico tendente a la abstracción, es un a manera de organismo que vive en sí mismo. Y aquí queremos señalar la inmanencia de ese otro tercer polo de la actividad pictórica americana que vemos asentado en las tierras del Caribe; pues lo que en definitiva es la pintura de Guayasamín en nuestra concepción es lo que significa aquella manera de hacer pintura en tierras caribeñas. Entre sus

conterráneos, Galo Galecio se encuentra en la línea del grabado documentativo, que tampoco abandona la pretensión plástica. No está lejos, por muy lejos que de su forma pudiera intuirse, la obra grabada de Posada.

Un artista español en quien cabe señalar la influencia mejicana adoptada por circunstancias de lugar y tiempo: José Vela Zanetti. Acaso presionado por su facultad muralista, que en América significa casi una adscripción a lo mejicano, este pintor persigue fundamentalmente una temática. La sujeta a cánones del muralismo de todos los tiempos. Pero su obra sigue siendo temática. Naturalmente, su pretensión documental no llega a tanto como a olvidar las leyes plásticas a las que se debe como pintor; por eso su obra no consigue ese tinte dramático que adquiere, por ejemplo, la de José Clemente Orozco, para quien la norma es un accesorio sin importancia. En esta Bienal lo hemos visto principalmente como dibujante. Pero todo dibujante es en el fondo un pintor. Sus dibujos son bocetos de murales. Por ello apenas tiene importancia el hecho de que, con la vista puesta en la posteridad muralista, su línea tenga una leve resonancia mecanicista.

EL ARTE DEL PLATA

En la III Bienal el arte platense se definió mucho más por la orilla uruguaya que por la argentina. Y no precisamente por lo copioso de su aportación, sino por su carácter significativo. Precisamente con la aportación uruguaya venía una retrospectiva, si restringida, bastante concluyente, de algunos de los artistas que más decisivamente han colaborado a realizar un arte uruguayo propiamente dicho.

Independientemente de Juan Manuel Blanes y Pedro Blanes Viale—artistas antologizados para la retrospectiva uruguaya—, que significaban mucho en la historia de su arte nacional correspondiente, pero que en el panorama general hispánico no eran sino células mínimas, la retrospectiva uruguaya comprendía los siguientes nombres: Pedro Figari, Joaquín Torres García y Rafael Barradas.

Es casi pueril establecer una comparación entre estos artistas y el que representaba a la pintura de Méjico: José Clemente Orozco. Los artistas uruguayos significan precisamente lo contrario de lo que Orozco viene a representar en el arte americano. Los artistas uruguayos son los representantes de una apetencia plástica, por encima de toda sugerencia documental. Y esto, incluso, en un pintor

en quien la temática significa tanto, como es Pedro Figari. Este—ya lo hemos dicho en trabajos anteriores—plantea su cuadro como un problema cromático. El tema, aunque inefable por referirse casi siempre a un período retrospectivo de la vida pampeana, es una simple apoyatura formal. Situado en un tiempo en el que el impresionismo ya tenía resuelto el problema de la luz, se vale del color por su valor propio y no en función luminosa. He aquí una suerte de abstractismo, o de apetencia abstractista, no ligada, como en los pintores que reseñaremos a continuación, a un problema de pura fórmula.

La noticia que en España podía interesar más sobre el arte de Joaquín Torres García era la que nos hablase de su vida posterior al abandono de los escenarios europeos de su aventura de pintor. Y concretamente, los cuadros que representan su última época, esto es, los cuadros que corresponden al "universalismo constructivo". Desde el principio tenemos que señalar una especie de antinomia. Torres García pretende en este último período de su magistral vida de pintor retornar a los orígenes de una pintura americana libre del entronque presuntamente europeo que significaba la pintura española. Su vocación constructivista lo puso en contacto con los murales mayas y con algunos petroglifos. Ahora bien: Joaquín Torres García se estaba refiriendo a una pintura que todavía estaba muy lejos de ser americana. Por otra parte, se estaba refiriendo a un tipo de pintura desde una vocación determinada; esto es, desde su vocación de claro origen europeo de construir en abstracto. Su pintura es, pues, netamente intelectual, por tanto, de una gran raíz europea. Lo cual no lo invalida en absoluto para la significación americana que pretende, pues ésa es una de las dimensiones del futuro arte de América. La dimensión de Orozco es la otra, aunque también incompleta.

Rafael Barradas se diría una consecuencia de todos los postulados previos al último Torres García. El problema de su pintura es también un problema de construcción. Y aun cuando nunca abandona el representativismo, la ordenación esquemática de su cuadro es tan rigurosa que hay que pensar que, si este artista no hubiera quedado truncado por la muerte tan prematuramente, habría desembocado en la abstracción.

A la aportación uruguaya de artistas vivos le ha faltado la dimensión, que para nosotros hubiera sido más característica. Le ha faltado la aportación en bloque de la Escuela de Torres García. Hubiéramos podido comprobar si las lecciones del maestro habían tenido una continuidad orgánica o si, por el contrario, se han fosi-

lizado en la repetición infinita de las formas. Nuestra opinión personalísima es que se ha operado una evolución perfectamente orgánica, y nos fundamos para ello en el conocimiento de las obras de Gonzalo Fonseca, Elsa Andrada, etc., ausentes, por cierto, del Certamen. Pero la Bienal, y sobre todo la crítica sobre la Bienal, no opera sobre juicios en abstracto.

Un escultor de excepción ha venido integrando la aportación uruguaya. Nos referimos a Pablo Serrano, que, compartido con Angel Ferrant, ha merecido el Gran Premio de Escultura. Una vez más, la representación personal adquiere en este escultor carácter sintomático.

Pablo Serrano representa con toda justicia una aptitud típicamente platense ante la plástica, pues su escultura es, antes que nada, problema formal. Pero está en el camino para la mejor representación de una americanidad de la escultura por su insinuada vocación expresionista. Un primer golpe de vista pareciera acusar en él la deliberada intención de situarse de espaldas al problema fundamental de la escultura, esto es, al problema de definir formas en el espacio. Pesan demasiado, para la mirada poco escrutadora del observador apresurado, los distintos estados climatológicos que la superficie de su obra escultórica plantea. En efecto, para la mirada apresurada, la escultura de Serrano, al establecer diferencias de temperatura plástica en cada rincón de su superficie, parece plantearse desde la finalidad pictórica. Pero ocurre que todo ello está inscrito en un fundamental juego de formas. Por tanto, lo que con ello se acusa es una soterrada vocación expresiva, que algún día impondrá su validez por encima del planteamiento general plástico. Esto es lo que lo capacita grandemente para representar con toda justicia a una escultura propiamente americana.

La aportación argentina a la Bienal adolece de no ser suficientemente representativa. A menos que este carácter, el del representativismo, se defina por una cualidad nacional. La pintura argentina tiene sobre las demás pinturas nacionales americanas la facultad de poder expresarse formalmente con una mayor gama estilística, con un mayor predominio de gracia o de virtuosismo. Facultad que en ningún momento significa una superioridad, sino una nota distintiva. Esto es lo que le ha permitido estar al día de todos los movimientos europeos de la pintura contemporánea. Pues bien: esta facultad queda ampliamente manifestada en la cuantiosa aportación que la gran República del Plata ha enviado a la Bienal barcelonesa; pero, aparte de la figura de Scotti, no hay ningún nombre que pudiera destacarse por sintomatizar sobre

los demás una tendencia distintiva. El mismo Scotti se define precisamente por su facultad de pertenecer a la pintura europea más representativa de la vocación formalista.

COLOMBIA

En alguna ocasión, desde otras páginas, nosotros hemos definido insuficiente el arte de Colombia como situado entre dos cruces de corrientes: la corriente documental, procedente, en el sentido más literal de la palabra, de Méjico, y la corriente formalista, ejercida por una cierta afinidad con el polo de Buenos Aires. Habría que añadir a esto la presencia de esa tercera manera de entender la plástica de América, intuída desde el Caribe. La pintura colombiana está asentada en un fuerte rigorismo formal; pero en toda ella se acusa un claro deseo de testificación. Aquí, en esta sala colombiana de la III Bienal, estaba la pintura del maestro Gómez Jaramillo, quizá el más destacado representante de un muralismo colombiano a la manera de Méjico. Es lástima que la temática y las aspiraciones de sus cuadros no estuviesen en consonancia con lo que su pintura significa.

Una pintura que en esta Bienal ha obtenido el Gran Premio a la aportación de un país, tenía que ser lo suficientemente explícita como para señalar la cabeza de serie o el detector de su carácter. Este es Alejandro Obregón. Sin duda, la raíz de la pintura de este gran maestro colombiano está en su predisposición para hacer síntesis de la forma. Pero, al revés del caso Guayasamín, por el camino de la forma puede llegar muy bien a alcanzar un arte de testificación americana. Presionado, sin duda, por ámbitos y movimientos de la última hora de Europa, Obregón construye una pintura fuertemente abocada a rigores plasticistas, hasta el punto de que se le ha señalado en el camino de la abstracción. Por nuestra parte, no participamos de este aserto, pues la voluntad depuradora de formas no puede desplazar en él a la voluntad configuradora de formas genuinas. Su nueva radicación americana permitirá que lo genuino en él sea precisamente lo americano inmediato. Puede lograr testificar, pero a través de las síntesis de lo que es testigo, esto es, de las formas que, en definitiva, definen sustancialmente a un ambiente. Creemos en la facultad americana de Obregón por dos razones: por su incapacidad para un rigorismo abstracto, desvinculado de su origen temático; por su capacidad para un entronque con los dictados de la inteligencia de Europa.

En todo caso, la facultad para desprenderse del pretexto en la

realidad y adentrarse por los caminos de la ordenación se observa mucho más acusadamente en Eduardo Ramírez Villamizar, cuyo único cuadro, apoyado ciertamente en una circunstancia real, señala ya una decidida propensión a eludirla, para quedarse a solas con el esquema.

Antonio Valencia hace confluir en su pintura, de una parte, un cierto remoto anhelo de clasicismo, manifestado en una tendencia a cerrar escuetamente las figuras protagonistas, delimitándolas del paisaje o del ambiente; de otra, una muy americana intuición del color esencial, denunciador de una necesidad de retorno a la virgen Naturaleza.

Lucy Tejada nos abre la perspectiva de una posibilidad del grabado en Colombia. Quizá nadie como ella, entre todos los de su grupo, acuse una más acabada voluntad compositiva. Tan rígidamente están ordenados sus grabados desde la composición, que apenas si le sería perdonable el más leve equívoco. Y, sin embargo, a su composición sirve un dibujo perfecto, con densidad y gravidez suficiente como para suponer también en ella un arcano clasicismo.

Podríamos seguir reseñando maneras pictóricas personales en la Sala de Colombia, en la seguridad de que cada uno de los artistas responde a la exigencia mínimamente deseable para una presencia en la Bienal. Esta es su característica más acusada, y esta característica es la que le ha proporcionado a Colombia, sin duda alguna, el Gran Premio a la aportación de un país. Pero no es a lo personal a lo que esta crónica atiende principalmente, sino a lo que en lo personal hay de sintomático. La Sala de Colombia posee una unidad ejemplar, una rara unidad, que presupone una selección inteligente. ¿Qué es lo que vemos en ella conjuntivamente, ya que no es posible desprender síntomas exclusivos de las individualidades? Cualquiera de las definiciones válidas para uno solo de sus pintores, lo sería también para el arte del conjunto. De una parte, capacidad para un juego composicional de las formas—dentro, casi siempre, de la figuración—; de otra, una remota, lejana y todavía soterrada vocación de testimonio americanista.

DOS EJEMPLOS DE LA INSINUADA NUEVA MANERA DEL CARIBE

Dos ejemplos tan sólo. Como se sabe, la nueva forma del arte que empieza ahora a configurarse en el Caribe significa el equilibrio justo entre el testimonio, de corte mejicano, y el rigorismo formalista, de corte platense. Pero, claro está, las formas de mani-

festarse pueden ser tantas como pintores haya comprometidos en su desenvolvimiento.

El primer ejemplo responde a una manera de hacer la pintura, apoyada en el basamento óseo de su configuración, en un esqueleto esencial y previo, al cual sirve, en relación auténtica de servidumbre, un color accesorio. Este es el caso del venezolano Osvaldo Vigas.

El segundo ejemplo se refiere a una pintura de cimiento cromático y clara raíz musicalista, el cual tiene, en relación de servidumbre también, una estructura accesoria. Es la del panameño Silvera.

Podríamos referirnos a un cierto estado de la pintura del Caribe, por el cual, como en el caso de Pascual Navarro, la persecución del esqueleto básico es llevada hasta sus últimos límites arquitectónicos, de manera que la abstracción genuina, a la manera como se entiende en ciertos círculos de Europa, no se encuentra demasiado lejos.

* * *

Volviendo a las proposiciones previas de este trabajo, la Bienal tiene un significado que dista mucho de la pura y simple competencia de unas nacionalidades. Pretende poner de manifiesto lo que en la pintura de cada uno de los países hispánicos hay de verdaderamente definitorio para marcar pautas, para señalar afinidades, para proporcionar, incluso, un cambio de sugerencias. En definitiva, para marcar peculiaridades y unir sintomatismos. Esto es lo que hemos procurado reseñar en este trabajo. Lo demás, la cuestión de la competencia cualitativa, es una mera circunstancia.

José M.ª Moreno Galván.
Cabanilles, 16.
MADRID.



EL ASTRONOMO

POR

ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO

Conocí a Cos Zubaleta en un café de chinos. Nos conocimos bajo un extraño signo, porque el zodíaco andaba tan revuelto que nuestras miradas coincidían en el único ser que era común a nuestra atención: Ester, la camarera.

El solía llegar unos minutos más tarde que yo al café, siempre con una carpeta bajo el brazo. Supongo que antes llamaba por teléfono, pues todos los días iba derecho—sin error ni duda—a una mesa que pertenecía al turno de Ester, mientras que yo, frecuentemente, quedaba fuera de su órbita. Sin embargo, mis miradas, como proyecciones matemáticas, iban a parar al mismo polo. En ese polo, mis miradas y las miradas de Cos Zubaleta coincidían.

Fué así como hicimos en principio el conocimiento de las coincidencias. Un día, ambos nos dimos cuenta de que éramos amigos, sin antes haber cambiado palabra alguna. Porque nos habíamos hecho al hábito de tratarnos con una cotidianidad casi familiar. El llegaba, saludaba a Ester, pedía su café y sacaba de la carpeta un montón de cuartillas. Y se ponía a escribir. Por los movimientos de pluma supuse que enracimaba las palabras, como se enraciman los guarismos en una ecuación. Di en pensar que escribía versos, porque a veces movía los labios mientras hacía cálculos con los dedos de la mano. Cuando se quedaba absorto terminaba, al fin, por mirar a Ester. Siempre que Cos Zubaleta miraba a Ester, ésta se hallaba en novilunio, o sea de espaldas. Y, por el solo hecho de mirar a Ester, le venía la inspiración, ya que en seguida volvía a inclinarse sobre las cuartillas.

Cos Zubaleta escribía, escribía. Debió de escribir durante muchos años, todos los años que pasamos siendo clientes del café de chinos sin envejecer. Fueron muchos años, porque todavía continuábamos siendo clientes del café cuando ya Ester hacía mucho tiempo que había desaparecido. Tan desaparecido que una noche, yendo al café, me la encontré con su marido, y llevando de la mano a un niño de ocho o nueve años. Sin embargo, yo acudía al café, seguro de ser servido por Ester. No, no era Ester. Pero siempre en

el café de chinos había una camarera que, al entrar en novilunio, provocaba la inspiración de Cos Zubaleta.

Una noche, a la hora de cerrar, se desató una tormenta. Lang no nos dijo que nos fuéramos, pero tanto Zubaleta como yo sentimos la misma timidez y la misma necesidad de irnos. Ya en la puerta sacó de la carpeta donde guardaba las cuartillas un extraño artefacto. Lo articuló por el eje, lo desplegó en la periferia y resultó ser un paraguas. No me sorprendí, porque había visto en los comercios sombrillas minúsculas que no abultan más de una pluma estilográfica, y que se van estirando, estirando, como si fuese instrumento de prestidigitador.

Salimos a la calle, y no necesitamos el paraguas porque dejó de llover. Entonces fué cuando me dirigió por primera vez la palabra:

—¿Hacia adónde va?—me preguntó.

—Le acompaño—le contesté sin más circunloquios.

Anduvimos en silencio media ciudad. Llegamos a los barrios extremos y salimos al descampado. No me extrañó, porque desde que conocí a Cos Zubaleta supuse que no tenía casa en la ciudad. Ni tampoco en el campo. Yo no pude nunca localizar con la imaginación dónde Cos Zubaleta podía tener su albergue.

Al cabo de un rato de andar por las afueras, al ver una cúpula pensé, sin equivocarme, que Cos Zubaleta se dirigía al observatorio astronómico. El observatorio había sido levantado sobre un montículo: demasiado simétrico para no sospechar que ocultaba en su seno terroso una pirámide. Era un montículo muy leve, pues lo subí sin la menor fatiga, casi sin darme cuenta. Dimos vuelta a las tres esquinas de la barda que rodeaba el observatorio y entramos por una puerta secreta. Ya en el interior del jardín, Zubaleta se detuvo para preguntarme:

—¿Usted se ha dado cuenta? Mire al cielo. Hay sesenta kilómetros de corteza atmosférica. Cada día se hace más difícil este malhadado oficio de astrónomo. ¡Cuánto mejor habría sido que hubiese seguido el consejo de mi mamá! Mi mamá me decía: "Tú debes estudiar para poeta. Es un oficio más honorable. Y mucho más moral. Más respetado. No me gusta la astronomía, hijo mío. No me gusta ninguna ciencia que establece un conflicto entre el hombre y Dios." Eso me decía mi mamá. Mi mamá, aunque usted no lo crea, leía a Mallarmé, a Rimbaud, a Verlaine. Y, a pesar de ello, creía que era mucho más honorable y moral ser poeta que ser astrónomo. Pero esto de la astronomía le llega a uno por una vía misteriosa: es la gota de sangre caldea, que todos llevamos en nuestras venas. La mayoría de los mortales purgan esa gota de sangre

demoniaca con el bautismo; pero otros, muy pocos, nos quedamos con ella. Es tan ardiente y tan maléfica, que nos empozoña y nos produce extrañas fiebres. Sólo nos aliviamos de la estuosidad de la fiebre mirando a las estrellas. Alce la cabeza y respóndame: ¿usted se ha dado cuenta?

Encogerme de hombros en aquel momento era poco cortés y nada solidario con el drama de Cos Zubaleta. El debió de comprender mi perplejidad, porque, poniéndonos de nuevo en camino hacia el edificio, exclamó:

—¡Sesenta kilómetros de corteza atmosférica! Y, a cada momento, esa corteza se está dilatando con los residuos de la respiración de la vida orgánica del planeta. Creemos que nuestros telescopios atraviesan la capa cristalina de éter. ¡Ya, ya! ¿Usted se imagina hasta qué grado puede deformar la visión una lente que tiene un espesor de sesenta kilómetros? ¡Son sesenta kilómetros de error que tenemos en todas las teorías astronómicas!

Yo me concreté a callar. Entramos en el vestíbulo del observatorio. El portero, vestido con uniforme azul de botones de metal, estaba dormido, escondiendo la cabeza entre los brazos, sobre la mesa. En el vestíbulo cogimos un pasillo, que nos condujo a una sala. En ella proyectaban una película. La sala estaba llena de gente, que seguía con mucho interés las incidencias del film. *Se trataba nada menos que de la aparición subrepticia de una nova, la nova gamma 303, que había conmovido a todos los astrónomos del mundo. Los espectroscopios le habían tomado la filiación y las huellas digitales, muy impregnadas, al parecer, de helio. Según luego me explicó Cos Zubaleta, el caso de la nova gamma 303 se ofrecía tan sensacional porque se creía, muy fundadamente, que esta macrocósmica radiación había tocado de modo muy sensible una zona neurálgica del firmamento, devorando dos focos estelares: un sol y un astro apagados. De confirmarse la suposición, sería necesario rectificar las teorías existentes sobre las novas a favor de una nueva hipótesis.*

De la sala de proyección pasamos a otra menor. Estaba casi a oscuras, y en el centro se encontraban cuatro hombres sentados ante un velador practicando el espiritismo.

—¿Quién es?—preguntó Cos Zubaleta.

Y uno de los espiritistas contestó:

—Nuestro amigo Uxmah Amón. Nos dice que la noche no es propicia. Que todos nuestros cálculos resultarán erróneos. Mañana comienza el cuarto creciente. Nos lo asegura, y hay que creerle. Es

necesario que usted, Zubaleta, tome las medidas pertinentes. Será oportuno engrasar los instrumentos.

Mi amigo contestó que sí con una emisión gutural. Me hizo una seña para que lo siguiera. Y pasamos a una pequeña recámara inmediata. En ella, sostenido con dos trípodes de hierro, había un sarcófago egipcio destapado. En él dormía un hombre minúsculo y calvo. Roncaba ligeramente, y al respirar lanzaba un silbido.

—Es nuestro compañero Uxmah Amón—me dijo Zubaleta—. Esta semana le toca trabajar de vigilante; por eso está explorando el espacio y dando los informes a los astrónomos que se encuentran en la sala anterior.

—No hable tan alto, puede despertarse—le dije.

—No se preocupe. Está muy acostumbrado. La semana que le toca dormir cumple cabalmente con su jornada. Es lo malo de este oficio. Tenía razón mi mamá. Los astrónomos padecemos de insomnio, fuera de las semanas que nos toca dormir... Pero pasemos a la sala de observación.

Subimos por una escalera de caracol a la cúpula. Yo no había visto hasta entonces más telescopios que los de feria, por los que se ven los cráteres de la luna y el anillo de Saturno. Luego me enteré que esos telescopios se fabrican en Alemania, y que entre lente y lente tienen placas transparentes con los cráteres de la luna y el anillo de Saturno, que se cambian operando un dispositivo que conoce el dueño del telescopio. Por una moneda se ve la luna; por dos, Saturno y su anillo. Desde entonces ha aumentado mi escepticismo por esta ciencia, pero la admiro mucho; porque yo suelo admirar las cosas que, sin existir, perduran a través de los siglos.

El telescopio del observatorio era una maravilla. Todo me asombraba en él: las ruedecillas dentadas, las cremalleras, las manijas, los espejos y las cien bombillas eléctricas, que se encendían y apagaban intermitentemente, como regulando el tránsito de las estrellas. De lo alto de la bóveda pendía una bola de cristal azogado que se movía rítmicamente, como péndulo. Como Cos Zubaleta observara que la bola me divertía, me dijo:

—Es el gran Pendicular. Mientras esa bola se mueva, tenemos la convicción de que el tiempo transcurre. Sólo transcurre lo que puede existir. Existir es transcurrir.

—Y cuando se produce un terremoto, ¿qué sucede?—me atreví a preguntar.

—El movimiento de la bola no se altera. Para que usted lo comprenda, debo decirle que los muros de la cúpula descansan en ci-

mientos flotantes encajados en cámaras de aceite densificado a alta presión.

—¡Ah!...—musitó mi ignorancia.

Nos acercamos al gran Ecuatorial. Cos Zubaleta me dijo que me tumbara en el sillón de observación. El hizo lo propio en otro sillón. Después manipuló en una palanca, y los sillones, como si fueran de peluquería, se inclinaron mucho más todavía, hasta dejarnos en posición casi horizontal. Entonces tocó un botón, y los dos monoculares avanzaron hacia nuestros ojos, amenazando con vaciarlos; pero en el instante preciso de tocar las pestañas se detuvieron.

—Vea y dígame lo que ve. Suele suceder que cuando un neófito mira por primera vez a través de un telescopio ocurren cosas extraordinarias en el universo. La astronomía ha adelantado mucho gracias a estas observaciones profanas... Mientras tanto, piense qué palabra que significa euforia rima con ataúd.

Tuve la sospecha de que el telescopio apuntaba a la constelación de Lira, si bien nunca supe en qué hemisferio se encuentra dicha constelación. Sin embargo, pude decir a Cos Zubaleta:

—Con ataúd rima laúd...

—¡Vea, vea!—exclamó Cos Zubaleta—. ¡Estamos a ochocientos veinte millones de años luz! ¿Ve usted esos puntitos luminosos, que se amontonan como deposiciones de mosca? Es la constelación de Marshall, perdida en los abismos cósmicos. Es el último gran descubrimiento astronómico. Se supone que la mayoría de los astros que componen esa galaxia ya están apagados, y, gracias al examen espectroscópico, podemos asegurar que el cuarenta por ciento de tales estrellas han evolucionado de espiral a nébula dispersa. ¿No le parece emocionante ver cómo vibran cuerpos que ya están muertos?

Seguramente, el clisé transparente que tenía el monocular de Cos Zubaleta era distinto al mío, porque yo no veía más que una nebulosa en forma de espiral, bastante bonita por cierto. Como yo permaneciese callado, un poco cohibido con el entusiasmo del astrónomo, éste, adivinando lo que pasaba, reaccionó violento:

—¡Probablemente, Lorenzo ha confundido las placas! Le tengo dicho hasta el cansancio que cuando el gran Ecuatorial esté graduado a ochocientos veinte millones de años luz, ponga en los dos monoculares las placas correspondientes a la constelación de Marshall. ¡Así no es posible que progrese la astronomía! Bien decía mi mamá...

Y sin transición:

—Bien; pero ¿qué ve usted?

—Una nebulosa en espiral—contesté modestamente.

—¡Vaya novedad! Es una metida de pata de Lorenzo. En ningún observatorio que se estime se ven ya nebulosas en espiral. Han pasado de moda. No vaya a creer que nuestro observatorio está, por eso, atrasado; no. Tenemos las últimas novedades. Hemos importado de Monte Palomar el más completo surtido de placas finicósmicas, que muestran las constelaciones con que limita nuestro universo.

Yo comencé a sudar frío. No porque hubiese llegado a los secretos más profundos de la astronomía, sino porque me entró la aprensión de que no podría levantarme de aquel sillón. El monocular estaba tan encajado en la cuenca del ojo que no podía apenas pestañear. Era la nebulosa en espiral, tan démodée *al decir de Zubaleta, la que me miraba a mí y no yo a ella. Me dió miedo. Y le dije al astrónomo:*

—Quiero irme a casa...

—¿Ahora a casa? Quizá tenga razón. Yo también le acompañaría. Pero no puedo. Mis compañeros sólo me permiten que abandone el observatorio de ocho a doce de la noche. En esas horas, mi cerebro esta vacío, y saben que no podría divulgar, aunque quisiera, ninguno de los secretos astronómicos. Sin embargo, veré si me dan permiso con dispensa de trámite.

Comprendí que Cos Zubaleta se reía de mí. Se vengaba de que yo, tiempo atrás, hubiese osado poner mis ojos en la misma mujer que él ponía los suyos, y que se llamaba, por terrible predestinación, Ester, y era camarera en el café de chinos.

Por fortuna, tocó el botón y movió la palanca, y, al fin, pude verme libre de aquel potro de tortura.

Cuando salimos de la cúpula, Zubaleta me preguntó:

—¿Usted cree que es honesto rimar laúd con ataúd? Dígamelo sinceramente. Sé que hoy la poesía es más exacta que la astronomía. Y, francamente, hace tiempo que he decidido seguir el consejo de mi mamá. Ya ve usted lo que hacen mis compañeros de observatorio: invocar a los espíritus... Es muy importante para mí saber si un poeta que parea laúd con ataúd puede ser considerado como una promesa. Sepa que a mi edad no es posible un paso en falso. Mi nombre aparece en todos los boletines astronómicos. Es famoso en todos los observatorios del mundo. Se habla de Zubaleta como antes se hablaba de Flammarión, pongo por caso de astrónomo populachero. Pero yo no quiero ser tan mal poeta como era Flammarión. Se repetía mucho. ¿Usted ha leído La

pluralidad de los mundos habitados? *De buena se ha salvado. Ya ve: hoy, con tanto platillo volante en cada esquina, nadie se acuerda de Flammarión. Sin embargo, su influencia persiste en todos los observatorios. También era espiritista, y ya ha visto cómo mis compañeros se valen de Uxmah Amón para explorar el universo.*

Habíamos bajado por la escalera de caracol a no sé qué extraño corredor. De allí salimos inmediatamente al jardín. De pronto, Zubaleta se dió cuenta de que había dejado olvidada la carpeta. Y que no había pedido permiso. Corrió al interior del edificio.

Yo lo esperé un gran rato. Cuando regresó empezaba a amanecer. Cos Zubaleta venía con el rostro caído sobre el pecho. Estaba consternado.

—¿No se siente bien?—le pregunté.

Zubaleta me extendió un papel, a la vez que me decía:

—He quedado cesante.

El escrito, con el membrete del observatorio, decía: "Por orden del astrónomo jefe de este observatorio, el ingeniero astrónomo de segunda clase, Cosme Zubaleta, queda cesante de su empleo."

Le devolví el papel. Cos Zubaleta, con acento lastimero, de hombre que se siente víctima de una injusticia, me dijo:

—Todo ha sido una intriga. Créame que esta semana no me tocaba lavar los servicios sanitarios. Todo son envidias, celos profesionales. Los astrónomos vivimos tan pegados a las miserias mundanas...

Y tras una pausa:

—¡Si estuviese seguro de que se puede rimar laúd con ataúd, sin llegar a escandalizar a las gentes!

Al día siguiente presenté a Cos Zubaleta en la Redacción de una revista literaria. Como suele ocurrir algunas veces, lo tomaron en serio. Se divertían con él y se aburrían conmigo. Fanjul me reprochó que yo hubiese incitado a Zubaleta a rimar laúd con ataúd. En definitiva, yo no sé qué mal hubo en ello. Pero lo cierto es que todos los redactores de la revista sintiéronse orgullosos de que un sabio hubiese preferido el Parnaso al observatorio. Los poetas de la revista supieron cosas íntimas de las estrellas, de las que sólo tenían un conocimiento erróneo, transmitido a través de los siglos, de poeta a poeta, desde la época de los caldeos.

Cos Zubaleta no ha alcanzado la gloria literaria; pero, con cierta pelusa de poeta, ha logrado que el Ayuntamiento de la ciu-

dad le nombre jardinero de segunda clase, empleo mucho mejor remunerado que el de ingeniero astrónomo.

Yo continúo yendo por las noches al café de chinos. Ester ha vuelto al trabajo. Parece ser que, después de pensarlo mucho, su marido la abandonó. En la mesa que solía sentarse Cos Zubaleta, se sienta ahora otro joven que también lleva un cartapacio bajo el brazo. El otro día quiso pagarle al chino Lang con un dibujo. ¡Qué lástima que ésta sea otra historia!

El chino Lang vió el dibujo y rompió a reír. Se estuvo riendo largo rato mientras se cogía el abdomen. No quiso aceptarle el dibujo. Pero, como digo, ésta es otra historia.

Alejandro Núñez Alonso.
Cea Bermúdez, 54.
MADRID.





BRUJULA DE ACTUALIDAD

Cuando se escriben estas líneas la gran prensa mundial continúa en su juego de interpretar las novísimas decisiones del Kremlin. Las palabras de los jerarcas, las de Bulganin o las de Krustchev o Mikoyan, se analizan detalladamente y se estudian con morosidad. La pléyade de especialistas que pretenden penetrar el pensamiento y las intenciones de los dueños de los destinos soviéticos, toman rigurosamente por turno la palabra. Es curioso señalar que sus perentorios juicios llegan a las más diversas conclusiones. En cierta medida, se tiene la impresión de que las autoridades internacionales—en particular las que creían no hace mucho en la coexistencia pacífica—apenas se diferencian de los gitanos que intentan leer el porvenir en los posos del café o en las líneas quirománticas de la mano. Porque la mayoría de las informaciones confidenciales que ellos se precian de poseer carecen de toda comprobación posible. Con ello no queremos significar que no sean alguna vez verídicas. Incluso los gitanos aciertan de cuando en cuando a predecir acontecimientos asombrosos. Pero es no menos cierto que un análisis exacto de la evolución política mundial no puede basarse sobre hechos poco ciertos. Porque, sobre todo, si pretendemos juzgar una situación de la gravedad de las relaciones entre Rusia y sus aliados de una parte, y el mundo libre de otra, no nos asiste el derecho de correr el riesgo de equivocarnos. Cierto que nadie está inmunizado contra el error. Sobre todo, cabe juzgar equivocadamente las perspectivas. Y tanto más, si no nos basamos en hechos rigurosamente comprobables, correremos menos el peligro de extraviarnos, que si aceptamos simplemente esas informaciones exclusivas y secretas de las que raramente conocemos su exacta procedencia y sus auténticos móviles. Sobre todo, no hemos de olvidar nunca que el Kremlin mantiene una organización especial en su Ministerio de Propaganda, cuyo fin exclusivo consiste en difundir informaciones falsas con el propósito exclusivo de confundir al adversario.

Por consiguiente, si pretendemos interpretar la nueva línea del partido comunista, mejor será partir de premisas rigurosamente ciertas. Estas premisas no faltan, desde luego, pese a una creencia popular muy extendida. Porque la URSS no es el misterio impenetrable de que se habla con excesiva facilidad.

Los rusos, incluso los mismos rusos, son seres humanos. No más que en otras naciones, los rusos no gustan de guardar secretos. Entre

ellos también se cometen indiscreciones. Por supuesto, estas indiscreciones son casi siempre legales. Porque no son la resultante de actividades subversivas o de espionaje. Como decía recientemente uno de los más encumbrados oficiales de un servicio de información occidental: "Los secretos de Estado no existen. La única diferencia entre Moscú y Wáshington a este respecto estriba en que en Wáshington se hacen públicos en la mañana del día siguiente, y en Moscú, por el contrario, se conocerán tres semanas después."

En el caso concreto que nos ocupa hoy, disponemos por supuesto de hechos comprobados.

* * *

Si estudiamos la historia de la URSS desde sus inicios en 1917 hasta el presente, o sea un período de casi cuarenta años, no dejará de sorprendernos algo: la continuidad en la línea fundamental de la política soviética. Si reconsideramos hoy día los primeros discursos de Lenin, y sobre todos su famosa alocución radiofónica dirigida "A todos", nos encontraremos con todos los elementos esenciales de la política interior e internacional del régimen comunista. Cierto que algunas circunstancias han sufrido variación. Pero, no obstante, los dogmas sobre los cuales se cimentó la anti-iglesia del Kremlin son hoy los mismos de entonces.

En cuanto concierne más especialmente a la política internacional—la que nos ocupa en este momento—, su base misma es la doctrina de la "revolución mundial", es decir, la intención expresada por el Kremlin de reinar un día sobre el mundo entero. El mismo nombre de "revolución" ha originado por supuesto ciertos errores de interpretación. Porque el término de "revolución" en nuestro lenguaje común significa un movimiento violento e interior. En consecuencia, nos hemos inclinado excesivamente a ocuparnos en exclusiva de los partidos comunistas. Pero si, no obstante, repasamos los escritos y los discursos del profeta Lenin, veremos que en su pensamiento la idea de "revolución" ha de interpretarse en su sentido más elástico y extensivo. Porque su contenido abarca todas las acciones nacionales e internacionales que tienden a establecer el régimen comunista en los países que no lo aceptaron todavía, y a aumentar la potencia de la URSS. Su ideología incluye todos los medios: militares, diplomáticos, propagandistas, políticos, terroristas y económicos. Ninguno de ellos queda excluído. Y su empleo no dependerá de su utilidad momentánea. Los discípulos de Lenin tienen campo abierto a su elección, al hilo de la situa-

ción a la que han de enfrentarse. Y serán más libres, porque para ellos no cuentan los límites impuestos por la moral. En verdad, para el mundo comunista el fin justifica los medios.

Este concepto leninista de la "revolución mundial" es, desde luego, idéntico al de todos los jerarcas de la URSS. No había transcurrido un año después de 1917, y la jerarquía suprema de Rusia reiteraba públicamente su adhesión a la idea matriz. Nada tiene de misterioso el hecho. Pueden releerse las páginas de *Pravda* e *Izvestia* de entonces. Se trata de un rito que no fué abandonado incluso durante la segunda guerra mundial cuando el dictador del Kremlin necesitaba entonces la máxima ayuda norteamericana que pudiese allegar. Es curioso señalar aquí que, cuando la prensa rusa publicaba estas consignas mundiales, la prensa norteamericana, bajo la influencia del Office of War Information, se abstenía de informar a su opinión pública sobre el mensaje de Stalin como política de posguerra. Manifiestamente, el dirigente rusófilo de la Agencia norteamericana, Elmer Davis, creyó que un conocimiento demasiado profundo de las realidades soviéticas conduciría a los ciudadanos norteamericanos a considerar más detenidamente la conveniencia de una actitud de ayuda incondicional, política y económica, al glorioso aliado del Este.

Pero si entonces existió, e incluso hoy mismo sigue existiendo unidad completa en Rusia sobre los fines ulteriores de la política internacional, no sucede lo mismo en cuanto a los medios prácticos que haya que movilizar para atender a tales fines. Se dan diferencias considerables. Por hablar en términos militares, existe consenso general en cuanto a la estrategia; pero se dan divergencias en materia de táctica. Porque esta última no es un dogma leninista. Ha de adaptarse a las condiciones que prevalecen de momento, y ello permite amplios márgenes a la interpretación personal.

Simplificando algo la situación, cabe encontrar en materia táctica dos actitudes fundamentales en el curso de la historia soviética.

La primera podría llamarse la ofensiva leninista. Porque esta actitud fué utilizada por el fundador de la URSS en los años en que ocupó el poder. Siguiendo su carácter, Lenin prefirió la flexibilidad, el oportunismo, en la elección de los medios adecuados. Cierto que no ahorró esfuerzos para establecer universalmente los partidos comunistas a sus órdenes y devoción. Pero poseía asimismo el talento práctico para saber que en ciertos países tales esfuerzos serían inútiles. Nunca prisionero de una idea preconcebida, supo abandonar hábilmente a un partido, cuando éste se había mostrado incapaz de convertirse en instrumento eficaz. En más de una oca-

sión, decidió cortar toda ayuda a tal o cual grupo comunista para proporcionar auxilios, con preferencia a sus propios hombres, a un movimiento revolucionario no comunista, sólo porque éste daba la impresión de ser más apto para sumir en el caos a una determinada nación o región del mundo. Porque Lenin creía firmemente que, al fin y a la postre, cualquier desorden serviría a los deseos del Kremlin.

Junto a esta actitud en materia de partidos, Lenin insistió en la importancia de los factores diplomáticos y económicos. Su servicio de política exterior, dirigido por Tchitcherin, operó con flexibilidad y sutileza. El amo de Rusia insistió sin cesar en la necesidad de un cuerpo diplomático de primer orden. Y obtuvo este instrumento eficaz. Cierto que no echó en olvido la importancia del Ejército y demostró que una fuerza adecuada es la condición misma de una buena diplomacia. Pero para Lenin, el Ejército fué ante todo el elemento auxiliar del servicio exterior. Este habría de preparar el terreno según sus procedimientos específicos. Los soldados sólo serían llamados en última instancia o para poner fin a la obra cuyos fundamentos habían sido fraguados por el aparato de la diplomacia.

Diferente a esta táctica es la que cabría llamar stalinista, por ser el jefe soviético que primero la utilizó. Tal y como las características del hombre que la creó, se trata de una táctica masiva, tosca, brutal. Cierto que supo utilizar asimismo la astucia y el disimulo; pero estas armas no constituían el fundamento principal de su política. Stalin, contrariamente a sus predecesores, intentó la creación universal e incondicional de los partidos comunistas. En general, no aceptó la noción de que existieran países y condiciones que neutralizarían estos intentos. Para Stalin, la organización del partido fué siempre condición primordial del éxito.

Este mismo espíritu inspiró asimismo el concepto staliniano de la diplomacia. Se llegó entonces a un respeto limitado por las posibilidades que proporcionara el juego de los diplomáticos. La diplomacia, de instrumento preponderante en la revolución mundial, se convirtió en auxiliar sujeto a subordinación. Por el contrario, el Ejército se trocó en factor de primerísimo orden. La idea de una revolución universal por medio de la guerra mundial dominó casi obsesivamente su espíritu. La acción combinada del partido y del Ejército fué la armazón fundamental de la ofensiva staliniana. Por estas razones, su táctica se distinguió claramente de la de su predecesor.

* * *

En la historia de la URSS se siguieron otras fases tácticas. En el principio hasta 1924, imperó el período del leninismo. Este período, por sus cualidades de oportunismo, salvó al joven régimen comunista, porque entonces era todavía débil y vulnerable. En un período semejante, una política de fuerza hubiera sido peligrosa, frente a una Europa fuerte todavía. Tras la muerte de Lenin y los disturbios que se sucedieron, comenzó la etapa staliniana. Cabe decir que hasta 1938, este período consistió esencialmente en la preparación del camino a lo venidero. Con la segunda guerra mundial, la ofensiva staliniana alcanzó su máxima potencia. Su auténtica naturaleza, brutal, agresiva, rígida, estaba hecha a la medida de un período extrordinario en el que todo se conmueve y en el que, consecuentemente, quien conoce un objetivo y lo persigue con energía acabará en vencedor. No obstante, hemos de decir objetivamente que Rusia debe antes que nadie al stalinismo sus éxitos extraordinarios: Teherán, Yalta, Potsdam y la conquista de China. Frente a los partidarios indecisos, el dictador del Kremlin llegó a la imposición de la fuerza. Stalin fué quien hizo de su país la segunda gran potencia del mundo.

Pero, terminada la guerra, el propio factor que le había dado la victoria se convertía en desventaja. El exceso de rigidez no halla lugar cuando se han inmovilizado las armas. No es exagerado decir que los excesos de la táctica stalinista frente a Grecia, Turquía y el Irán consolidaron el frente del mundo libre. Y el bloqueo de Berlín, último esfuerzo concentrado de la vida del georgiano, conduciría a ese sistema internacional de alianzas y de seguridad colectiva que se llama Nato, Pacto de Madrid, Pacto de Manila y, por último, Pacto de Bagdad. Frente a la Rusia brutalmente agresiva, se delineaba un frente mundial, que en pocos años podría bloquear, siquiera temporalmente, todos los deseos expansivos de la Unión Soviética. De este modo, la guerra fría se convierte con rapidez en guerra de trincheras, de desgaste, en la que a largo plazo Rusia sufriría más que sus adversarios.

La muerte de Stalin planteó necesariamente una reconsideración de toda la táctica soviética. Porque para los hombres dedicados al ideal de la revolución mundial, nada puede ser peor que encontrarse inmovilizados. El problema que se les planteaba, pues, a los rusos era el de salir de esta situación sin horizonte y volver a una guerra fría de movimiento, que incuestionablemente les será más favorable, sobre todo si se consigue afirmarse y retomar la iniciativa. Los regímenes intermedios—primero, Lavrenty Beria y luego Georgy Malenkov—no tenían suficiente fortaleza para im-

poner una nueva ofensiva. Estaban muy ocupados en consideraciones interiores. Y así fué como, tras la dimisión forzosa de Malenkov y su reemplazo por el binomio Krustchev-Bulganin, se adoptaron nuevas medidas de política general. En cuanto las riendas estuvieron en manos de ambos, se va hacia un retorno a los principios del leninismo, con intención manifiesta de desintegrar el frente enemigo con una ofensiva flexible, más matizada, para liberarse del torniquete que oprime a Rusia y ganar esta libertad de maniobra, condición esencial de toda nueva partida en la dirección de la revolución mundial.

Los acontecimientos posteriores al acceso al poder de los nuevos amos del Kremlin prueban ya que su análisis era cierto. Los estragos del espíritu de Ginebra, el empeoramiento de la situación en el Oriente Medio, las crisis internas en Europa, muy particularmente en Francia y por último en Alemania probaron a los dirigentes soviéticos que, en la hora actual al menos, la táctica leninista era la más efectiva para atender al objetivo común de la revolución mundial. Por supuesto, esta enseñanza debió ser comprendida por los políticos del mundo libre, en lugar de cantar victoria y de dormirse sobre laureles inexistentes.

* * *

Así, pues, los recientes discursos de Moscú tienen su explicación concreta. Hoy día los dirigentes comunistas subrayan los "errores" de Stalin y glorifican a Lenin, para hacer comprender a sus partidarios el profundo sentido de su cambio de táctica. Porque en la Unión Soviética jamás se brindan razones prácticas al gran público. Todo queda traducido a principios doctrinarios, a declaraciones casi teológicas. De este modo se evita alarmar a un mundo que, por lo demás, no repara en que está equivocado.

Esta fase de la ofensiva soviética es peligrosa. Porque hemos de hacer frente a los nuevos hombres, a los planes nuevos, a una novísima propaganda. Nuestros viejos sistemas defensivos hace tiempo que están en desuso. Nosotros mismos hemos de expresarnos en términos distintos a los que conocíamos en el pasado. Cosa bien difícil en un mundo que nunca está unido y gusta discutir eternamente mientras el enemigo toma decisiones activas.

En todos los casos, una cosa debería estar clara a todo hombre de sentido común. Las declaraciones de Krustchev y de Bulganin no significan en modo alguno un cambio de objetivos. La Rusia

de 1956 aspira igualmente al ideal de la revolución mundial, como la de Yalta y la del bloqueo de Berlín. El nuevo tono sólo tiene una pretensión: facilitar la expansión del comunismo. Sería locura trágica no ver que la voluntad agresiva del Kremlin no ha desaparecido, aunque, en las consideraciones meramente prácticas, cambie la elección de los medios. El mundo actual, a pesar de las sonrisas de Bulganin, se encuentra hoy tan en peligro como en los tiempos en que Stalin lo amenazaba con sus tanques y aviones.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO *

La Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, de Santander, no es solamente una invitación al diálogo de los intelectuales, sino que constituye también una serie de aportaciones al estudio de los grandes problemas de la sociedad moderna. En este sentido, el análisis detenido o la solución feliz propuesta a cuestiones diversas, no queda limitado al breve compromiso de la cita estival, sino que se mantiene y continúa al quedar recogidos los trabajos e intervenciones más interesantes, formando los volúmenes de la colección Problemas Contemporáneos de Ediciones Cultura Hispánica.

Los libros de esta colección son, por tanto, poseedores de un gran interés, como testimonio de una preocupación nacional en torno a ciertos temas y como balance del esfuerzo desarrollado por la Universidad Internacional en orden a su planteamiento, estudio y solución.

Los tomos aparecidos en 1955 dan fe de la existencia de tres grandes preocupaciones, que, si bien fueron estudiadas en el ámbito nacional en el que se reflejaban, son, por muchos motivos, cuestiones que atraen la atención de la casi totalidad de la sociedad moderna, recogiendo las líneas generales dentro de las cuales se trataron y discutieron estos problemas.

El primero de los volúmenes, aparecido en los días iniciales

* Los últimos títulos aparecidos en la colección Problemas Contemporáneos, de Ediciones Cultura Hispánica, recogen las ponencias y discusiones desarrolladas en la Universidad Internacional de Santander acerca de "La educación en una sociedad de masas", "Aspectos actuales del catolicismo español", y la "Milicia como tema de nuestro tiempo".

del pasado año, orienta sus páginas a la selección y colección de las lecciones dictadas en el curso que estudió la educación en una sociedad de masas. Informan sus páginas testimonios tan autorizados como son el de los catedráticos españoles don Manuel Fraga Iribarne, don Enrique Tierno Galván y don Fernando Garrido Falla. Se reproducen también los trabajos de importantes personalidades hispanoamericanas, como el firmado por el ex embajador de la Argentina, Atilio García Mellid. Se examinan a lo largo de sus páginas aspectos tan importantes como son el de la difusión cultural y la cultura social de las masas; el de las relaciones entre el concepto de educación y el de sindicalismo; los sistemas de oposición y promoción en la sociedad española; algunos ejemplos de fórmulas educativas utilizadas en los países iberoamericanos, y se presta un extraordinario interés a la convivencia de tan destacada importancia en los actuales tiempos.

El segundo volumen enfoca, desde el propósito general de analizar el catolicismo español en la actualidad, el complejo panorama de las realidades confesionales en nuestro país y fuera de él. Firmas y figuras de reconocido prestigio intelectual y religioso—seglares unos, sacerdotes otros—escriben sobre problemas, como son el de la intolerancia de los católicos españoles; el sentido individualista de nuestro catolicismo; su eficacia social; caracterología moral y psicología. Analizan también fenómenos de tan singular importancia, como son el del movimiento seglar en la Iglesia y la actitud del catolicismo español. Por último, dos importantes estudios de tipo bibliográfico rematan la interesantísima obra.

El tercer volumen lleva como título general *La milicia como tema de nuestro tiempo*, y a lo largo de sus páginas, las figuras más relevantes de la vida militar española dedican su atención y estudio a los aspectos sociales históricos y psicológicos de la guerra moderna en una serie de conferencias, que aclaran el actual significado de los conflictos bélicos y la transformación de las estructuras militares como consecuencia de la utilización de nuevos instrumentos e ingenios de guerra. Entre los conferenciantes destacan el capitán general de la VI Región Militar, don Antonio Alcubilla, que glosa el tema del Ejército y sus características generales, y el teniente coronel y director general de Archivos, don Francisco Sintes Obrador, que estudia la evolución histórica e interpretación contemporánea del concepto del Ejército.

Con estos tres volúmenes, el Instituto de Cultura Hispánica realiza una confirmación definitiva de la importancia creciente

alcanzada por los cursos de la Universidad de Verano, y, al mismo tiempo, dirige a Hispanoamérica una larga serie de proposiciones y sugerencias en torno a los problemas más importantes de nuestro tiempo.

RAÚL CHAVARRI

GABRIEL RENE MORENO, AYER Y HOY

La empresa editorial que dirige en Potosí don Armando Alba, distinguido escritor y diplomático, y que cuenta ya en su haber la publicación de la célebre crónica potosina de Cañete y Domínguez, ha tenido ahora el acierto de reeditar una obra clásica de la literatura política de Bolivia: *Las matanzas de Yáñez*, de Gabriel René Moreno. No puede conocerse la historia de Bolivia, en su desarrollo actual no menos que en el transcurso de los primeros tiempos de la República—tiempos, como los actuales, "de hierro y de discordia"—, sin acudir a las fuentes luminosas y abundantes de este libro. Publicada la edición original hacia 1885, cuando aún no estaban restañadas las heridas del Pacífico, en los números sucesivos de una revista chilena, no sería aventurado suponer que al autor le movía el deseo de buscar una explicación de la derrota boliviana mediante un estudio sincero de la sociología nacional y de la azarosa evolución de nuestra política en los años que precedieron a la guerra con Chile. Vendría a ser, pues, el libro de Moreno, respecto de la guerra del Pacífico, lo que la obra de Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*, representa en la historiografía boliviana, como intento, inspirado por el patriotismo, de precisar las causas del desastre del Chaco. Mas si la comparación cabe en el plano del análisis histórico, no existe, en lo tocante al estilo literario, término posible de equivalencia; si en *Las matanzas de Yáñez* la prosa de Moreno raya muy alto en la habitual limpidez y nobleza de su estilo, la expresión literaria de Montenegro es deslucida y embrollada cuanto cabe.

Quiso don Gabriel René Moreno acotar el terreno de sus investigaciones, y para mejor compulsar la realidad social y política que se mueve sobre la tierra boliviana fijó su atención sobre los acontecimientos más dramáticos y extremados de nuestras contiendas civiles en el siglo pasado.

En efecto, las matanzas consumadas en la ciudad de La Paz

por un sanguinario jefe militar, el coronel Yáñez, matanzas que costaron más de medio centenar de víctimas, causando horror y consternación en la ciudad, suministraron a Moreno materia bien decantada para un análisis cabal de no pocas defectuosas realidades, sobre las que reposa la sociabilidad altoperuana. Los crímenes perpetrados por Yáñez tuvieron un sangriento epílogo: tan pronto como la población salió del estupor y la alarma de las primeras noticias, se fué congregando dentro de la plaza principal una multitud amenazante, dispuesta a hacerse justicia por sus propias manos, y poco tardó en sufrir Yáñez la violencia de la multitud, implacable en la persecución y victimación del asesino.

Creo que a muchos de los lectores actuales de este libro, la descripción magistral de aquellos episodios, en que intervino esa misma muchedumbre enardecida que ha sido tantas veces protagonista real en los sucesos de nuestra convulsionada historia, habrá de producirles, como a mí, una penosa inquietud, nacida de la confrontación inevitable con la época presente. Pues lo cierto es que todo contribuye a infundir en nuestro ánimo la penosa sensación de que, hoy por hoy, como en los tiempos que describe Moreno, son las mismas circunstancias de discordia irreconciliable y de anarquía incesante las que prevalecen en nuestra acerba existencia política.

¿Por qué no decir, pues, que la visión de aquellas escenas trágicas, a la vuelta de un siglo de continuas exaltaciones y desencantos, cuando nos sentimos enfrentados a circunstancias tan aciagas como las que tuvieron su culminación en las matanzas de Yáñez, por qué no decir que esa visión nos conturba y desanima en extremo?

* * *

Moreno escribía bajo la influencia directa de las ideas de su época: el método positivista, la sociología, el naturalismo. A su pasión investigadora debemos un cuadro finamente trazado de los diversos planos en que estaba organizada la vida boliviana por los años de Achá y Linares. El caudillaje, el militarismo, las ilusiones legalistas de los letrados, la turbulencia de la plebe, el periodismo de la época, valeroso unas veces, otras sometido y servil, pero casi siempre escrito con propiedad y esmero; esos y muchos otros aspectos de la vida boliviana están magistralmente recogidos en las páginas del libro que comentamos.

Como es sabido, el pensamiento de Moreno adolecía de una

perniciosa obsesión antiindigenista, de la que da testimonio, una y otra vez, la obra que dedicó a historiar las depredaciones de Yáñez. Mas no por haber caído nuestro autor en ese grave defecto habríamos de censurar en él el noble sentido crítico de su patriotismo, atento a señalar los vicios de la conducta colectiva, las anomalías de nuestra constitución social, todo lo que estuviese necesitando, en fin, una actitud reflexiva y sincera para reparar el mal y promover el bien.

Hay algo que sorprende no poco al lector contemporáneo, y es con cuánta nitidez se reflejan en las páginas de este libro, a la distancia de casi una centuria, los sucesos actuales de la política boliviana, tal como si ciertas tendencias de nuestra psicología nacional estuvieran dotadas de una rara virtud de permanencia. Así, por ejemplo, cuando se trata del general Belzu, caudillo popular si los hubo, en torno a quien se formó "aquel partido belcista tan famoso, que tenía la pujanza de revolver la tierra boliviana hasta en los yacimientos más primitivos de su sociabilidad, hasta en sus estratificaciones indigenales más inertes". Empero, el juicio condenatorio no se dejaba esperar: "Nada cuyas huellas hayan sido más pronto borradas por los polvos del tiempo, nada más estéril para la labor del porvenir que aquel partido." Lo que nos hace ver que no hay nada nuevo—si no es la influencia revolucionaria del marxismo—en el estado de agitación popular que desde hace tres años vive Bolivia.

No es éste—el factor constituído por las masas indígenas y mestizas—, según Moreno, sino uno de los dos factores que hacen de Bolivia una nación "dislacerada por la anarquía". La otra fuerza decisiva es el caudillaje: "¿No es verdaderamente curioso ver cómo en el país del militarismo la planta del caudillaje germina espontáneamente, así en los cerebros cultivados como entre los baldíos, tanto entre la plebe inconsciente y secuaz como entre los políticos que elaboran la razón de Estado?"

El caso es que, de la fácil combinación de estos dos factores —caudillaje revoltoso y plebe proselitista—, no pueden sobrevenir sino desdichas para el país. Muchas irrefutables observaciones críticas sobre la realidad nacional se hallan dispersas aquí y allá en la copiosa obra de Moreno. Ciertamente, casi todas ellas siguen vigentes en nuestro tiempo; a la luz de su incomparable capacidad descriptiva podemos advertir que apenas han variado, desde la aparición de sus libros, las condiciones en que se desenvuelve la historia de Bolivia, pues, en rigor, donde los políticos ponen hoy, jactanciosamente, el rótulo de la "revolución", no parece sino que

persisten las formas antiguas e irreducibles de nuestra anarquía política. Con gran sentido de la realidad decía ya Moreno que las dolencias crónicas de nuestro país obedecían en no escasa medida a "aquel eterno círculo vicioso del purgatorio nacional, que se resume en estas palabras: somos revolucionarios de puro pobres y somos pobres por revolucionarios".

No podríamos prolongar aquí este comentario. Hemos de contentarnos, pues, con lo dicho y con celebrar que, en horas tan cargadas de amenazas para el orden social de Bolivia, un editor inteligente haya querido, con el recuerdo de las matanzas de Yáñez, prevenir los ánimos y disponerlos a una actitud de tensión y vigilancia.

J. S. S.

ATOMOS PARA LA PAZ

Al poco tiempo de clausurarse la importante exposición celebrada en Madrid sobre la utilización pacífica de la energía nuclear, nos llega el folleto publicado por la Unesco bajo el título *La energía nuclear y su utilización para fines pacíficos* (1). Se trata de un compendio de los principales aspectos de un problema que constituye la preocupación fundamental de las Naciones Unidas y las instituciones especializadas. El problema—según su autor, Gerald Wendt—requiere el conocimiento de fenómenos de carácter científico, la solución de cuestiones de tipo industrial y económico y, a largo plazo, la adopción de una política que permita el empleo de las enormes cantidades de energía disponibles en el desenvolvimiento de una sociedad internacional cuyos beneficios lleguen a todas partes.

La ventaja de este folleto es que en menos de cien páginas define las nociones generales y los términos comúnmente empleados cuando se habla de la energía atómica. Después de presentar la explicación teórica de una explosión atómica, el autor va enumerando los procesos que se operan en el seno de máquinas y reactores y el proceso seguido para el estudio de los componentes de la materia. Como estas nociones, al entrar todos los pueblos en la era

---

(1) Gerald Wendt: *La energía nuclear y su utilización para fines pacíficos.* "La Unesco y su programa", XIV. Unesco, 1955. 82 págs.

atómica, han de penetrar por fuerza en los manuales escolares y en los estudios científicos, esta obra representa una preparación del terreno, y cuanto se dice en ella interesará profundamente al profesorado que quiera explicar y describir los principales elementos utilizados en el fomento de estas nuevas fuentes de energía: la función del uranio y de otros materiales y combustibles, principales depósitos existentes, carácter de los reactores, radioisótopos, residuos y subproductos de las combustiones y los acuerdos internacionales en los que se basa la acción de las Naciones Unidas.

En breves capítulos aparece también indicada la importancia de los radioisótopos y la aplicación de la energía nuclear en la industria, la medicina y la agricultura. Las posibilidades de la energía nuclear son inconmensurables, y el día en que se hayan resuelto los problemas subsistentes, el hombre podrá disponer a un costo mínimo de potenciales extraordinarios representados por la comparación que se establece al decir que la destrucción atómica de un solo gramo de materia genera tanta energía como la que se obtiene quemando veinte millones de toneladas de carbón. Todo ello ha de requerir el esfuerzo y cooperación de las naciones.

Suscribe el prólogo del folleto el director general de la Unesco, doctor Luther H. Evans, quien explica la posición de la Unesco y de las instituciones internacionales ante las perspectivas de los nuevos descubrimientos y la aspiración de que todo ello pueda servir a la realización de los propósitos inscritos en las respectivas Cartas de Constitución de los organismos internacionales. Se abre así una nueva era. La ciencia nuclear y la utilización industrial de la energía nuclear quedarán al servicio de todo el mundo. Tan importante es para la Humanidad el conocimiento de los nuevos descubrimientos como lo fué, en su momento, aprender a utilizar el carbón y el vapor. La nueva energía estará ya en amplia explotación mucho antes que los libros de texto de los colegios puedan ser escritos de nuevo, y antes que los niños que los estudian hoy lleguen a su edad adulta. Parece, pues—termina el doctor Evans—, indispensable y urgente poner al alcance del público una introducción a los nuevos conocimientos y a su utilización en una vida normal y pacífica, especialmente de los educadores, tanto para los maestros en los establecimientos docentes como para quienes enseñan por medio de la palabra escrita.

C. H.

La careta (1) es una alucinante novela. Las novelas siempre nos relatan un trozo de la vida, tomado desde algún punto de mira. El punto de mira que utiliza Elena Quiroga en esta novela es la alucinada memoria de Moisés, el protagonista; por esto, *La careta* resulta alucinante.

La historia tiene una breve acción. Todo se desarrolla en una noche, durante una cena, en la que Moisés se reúne con sus primos después de veinte años, con una corta y trágica prolongación por las calles de Madrid.

Moisés pertenece a la generación del desánimo. A aquellos que vivieron la guerra civil española "con los ojos absortos del niño": escenas de persecución, que a una mente infantil suenan a cobardía por parte de su padre—el héroe que todo lo puede a sus ojos infantiles, y que, sin embargo, se esconde—, la brutalidad, permitida, por parte de los perseguidores; escenas corrientes de la vida tranquila de retaguardia; escenas vulgares de la vida en la paz, que suenan a hipocresía manifiesta en quienes no padecieron como él, y le brindan constantemente una protección poco hábil—que él, pobrecillo, necesitaba para llegar a ser hombre de provecho—, cuando ellos mismos—los protectores, los cuidadores de su moral y de su vida—estaban necesitando un discreto "lavado de cerebro" para ser hombres de bien.

Durante la cena, Moisés permanece callado, a solas con su pensamiento, descentrado, viendo sin careta a cada uno de sus primos, recordando escenas de su niñez y adolescencia, queriendo intervenir de cuando en cuando y "cantar verdades" en la cara de los hipócritas... Pero la verdad es que—¡para qué!—nunca interviene en la conversación. Esta actitud le retrata a él y a su generación, a la generación del desánimo, del no intervenir, del qué más da.

Al final de la cena entra un poco de aire fresco. Felisa, la sobrina de Moisés, una generación vigorosa, que habla, que no se calla, que "canta verdades", que desprecia al muñeco humano que representa el tío Moisés; pero que, en el fondo, está mucho más cerca de él que de su padre y de sus restantes tíos.

Después, en la calle, Agustín, el primo que se empeñó—sin motivos—en imitar a Moisés, tendido en el suelo, y Moisés, el hombre

(1) Elena Quiroga: *La careta.* Editorial Noguer, S. A. Barcelona, 1955; 213 págs.

asombrado, el que nada comprende, con las manos manchadas de sangre, que piensa: "¿Qué importa?"

Elena Quiroga ha logrado en *La careta* algo magistral. Hacernos revivir las escenas de la guerra civil desde el recuerdo de un niño que padeció una retaguardia y fué evacuado a la retaguardia contraria. Pero en recuerdos agolpados, como se agolpan en la mente, condensados, que pasan rápidamente de una escena a otra, de una situación a otra, con la celeridad que sólo tiene el pensamiento. Detalles—a veces crudos—que van perfilando a cada personaje a través del recuerdo. Y, luego, la inhibición, el "qué más da" constante del protagonista, que adquirió su forma de ser, su profundo resentimiento social, el día que asesinaron en su propia casa, delante de él, a sus padres, y que Elena Quiroga describe con un realismo descarnado.

Posiblemente, *La careta* no le guste al lector medio, al que complazcan las novelas facilonas, simples, de trama sencilla y desenlace previsto desde el principio. Pero *La careta* no es esto; es una novela fuerte, vigorosa, bellamente escrita, inteligentemente planteada, en la que apenas hay acción; pero en la que los personajes y el ambiente entero de una generación más o menos frustrada y un tanto ridícula están poderosamente trazados.

E. W. F.

NORTEAMERICA A LA VISTA

Hay muchas formas distintas de enfrentarse con la nueva realidad de un país que se nos ofrece de pronto a la curiosidad. Casi podríamos decir que hay tantas formas de viajar, ver y sentir en ese país como personas lo visiten. Sobre todo, si el país, como Norteamérica, es el más sólido fundamento de la perspectiva y la proyección hacia el futuro del gran complejo cultural y político del mundo moderno. En estas últimas décadas, desde el ya lejano *Nueva York* del viajero Paul Morand, son innumerables las crónicas, los *rapports,* los ensayos que han pretendido revelarnos el alma y el último sentido de los Estados Unidos de América. A través de estos informes, más o menos exhaustivos, la teoría de los exegetas se ha extraviado a menudo por el intrincado camino de la especulación, sin detenerse apenas en lo que, para nosotros,

es clave, ahora y siempre, de la verdad de una nación y una cultura: el elemento humano puro, considerado desde igual altura, visto con la proximidad y perspectiva más abiertas. Es decir, el hombre de la calle, sumergido en pleno hervor de sus peculiares formas de vida, entregado a su azacaneo particular, deambulante en la gran corriente de la masa.

La ágil mente de Angel Zúñiga, su fina curiosidad humana y literaria, han entrado de ese último modo en el ancho panorama de Norteamérica. Testigo excepcional, fervoroso, pero no apasionado, inquieto, pero nunca *engagé,* nos ofrece ahora su valiosa aportación a la bibliografía de los Estados Unidos con este libro recién salido de las prensas de la Editorial Barna, S. A. Zúñiga ha contemplado Norteamérica desde su cálida sensibilidad de europeo y español, sin papanatismos ni *parti pris.* Su mirada, buída y líquida, no se ha quebrado en el asombro ante el colosalismo de aquella gran República, ni se ha visto constreñida, como otras tantas, por una ácida incomprensión ideológica. No le asustan a Zúñiga los nuevos y audaces módulos que rigen el humano discurso en aquella civilización "refinada y bárbara". Ni le inquietan con exceso las aluviones de la técnica y del pragmatismo, armas arrolladoras del espíritu popular más ingenuo del orbe. Su visión de conjunto no se ha disgregado en la estupefacción de aquel gigantesco conjunto de independencia, libertad y orden social. Ante esa armónica—con una armonía casi mecánica—amalgama de infinitas piezas que es Norteamérica, Zúñiga busca un poco más adentro de su faz de cemento y *coca-cola,* llega hasta el corazón del *newyorker,* del negro de Harlem, de la derrumbada aristocracia sureña o del puritano de Boston. Su mirada es cordial y profunda, inquisitiva y tierna a la vez, lo mismo que su palabra escrita. Zúñiga nos entrega, en este su último libro, su gran testimonio de viajero predispuesto y abierto. Como él mismo afirma: "Hay gentes que (en el viaje) llevan una sonrisa de desdén y procuran mantenerse a mucha distancia de cuanto ven; otros, aspiran a confundirse, a fundirse con los demás. La función del conocimiento supone interés hacia el objeto; nunca desprecio ni amor rendido." Así, sin gestos de menosprecio ni paleta admiración, Zúñiga nos va dando su versión de los Estados Unidos, no velada por ninguna neblina de incomprensión. Porque como añade más adelante: "Vivimos una época funesta. Lo político lo ha infeccionado todo. El color del partido sobrepuesto al cristal con que contemplamos el mundo empaña, deforma, la visión del entendimiento. Hay en nuestro tiempo muchas verdades sospechosas y el historiador del mañana tendrá que

desbrozar, entre tanto documento, lo mucho que tiene de falso y lo poco de verdadero. Porque nunca la información fué más tendenciosa ni se calumnió tanto a la historia en gestación."

Con justicia, serenidad y, sobre todo, elegancia, Zúñiga nos entrega esta serie de finos apuntes sobre los Estados Unidos de América. Desde la empinada atalaya de Manhattan, o desde Boston, o desde la secesionista Atlanta, su ojeada es punto menos que completa. Ante nosotros desfilan la selva de cemento de la "middletown" neoyorquina, dura y simbólica como un verso de Walt Whitman; la vida atrafagada, entre compleja y elemental, de los ciudanos más ciudadanos del mundo; el resplandor tremendo de Broadway, su fiebre propagandista, su ánima abigarrada y confusa; los domingos "municipales y espesos" de Coney Island; el ajetreo de Wall Street; los barrios bohemios y raciales, los negros de Harlem, los artistas de Greenwich Village; las exquisiteces de Park Avenue y la Quinta Avenida. Y luego, abandonando la multitudinaria ribera del Hudson, Zúñiga nos presenta el cogollo del Sur y el alma del Norte de este país colosal. El Sur de la guerra civil, de Jefferson y de los esclavistas, y el Norte de los puritanos y la técnica. Paralelos significativos, polos de la concepción política más flúida del mundo, extremos del eje sobre el que gira la rueda de esta nación abrumadoramente complicada, matemáticamente dinámica, gozosa y segura de sí. De esa nación que tan ancha y limpiamente ha sabido ver y sentir Angel Zúñiga.

ENRIQUE SORDO

FELIX KRULL DE MANN, EL TATARANIETO DE SIMPLICISSIMUS

La última novela de Tomás Mann *(Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull)* es, a nuestro juicio, con *La montaña mágica* y *Doctor Faustus,* una de las obras maestras del más grande escritor alemán de nuestro siglo. En muchos aspectos, su obra cumbre, desgraciadamente incompleta. Porque las confesiones de este pícaro moderno del Rin, de este aventurero fantasmagórico, que de botones de un Hotel de la Rue Saint-Honoré, de París, pasa a viajar por el mundo como marqués de Venosta, son a la vez cumbre y autoparodia de lo más característicamente "manniano".

Félix Krull, alias Armando Kroull, es la culminación en franca sonrisa—y aún leve carcajada—de una larga cadena de artistas condenados, cuyos eslabones sobresalientes fueron Tonio Kröger, Gustave von Aschenbanch, el Mago Cipolla y Adrian Leverkühn. Pero Félix es también—esto es lo extraordinario—el legítimo descendiente de nuestro Lazarillo de Tormes, de nuestro Guzmán de Alfarache, de nuestro Buscón Don Pablos... Queremos citar aquí a uno de los más destacados personajes cervantinos: Ginés de Pasamonte, Ginesillo de Parapilla o Maese Pedro, que por todos estos nombres es conocido en *Don Quijote*, "hombre galante", como dicen en Italia, y "bon compano", y dase la mejor vida del mundo; habla más que siete y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

Tampoco le faltan a Félix los convenientes rasgos "donjuanescos", ni deja de sentir el debido interés por los misterios cosmológicos, en los que es introducido por el ilustre profesor Kuckuck, paleontólogo y director del Museo de Historia Natural de Lisboa. Faceta esta última que acerca Félix a su antepasado Símplex, del *Abenteuerlicher simplicissimus*, de Grimmelshausen, el excepcional *Schelmenroman* de la Guerra de los Treinta Años.

La novela picaresca francesa e inglesa de la primera mitad del siglo XVIII, el *Gil Blas*, de Lesage, *Moll Flanders*, de Defoe, o *Tom Jones*, de Fielding, es otro punto de referencia para un estudio en perspectiva de las *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull*. Pero es, sobre todo, en el Mann de siempre, el autor obsesionado por descubrir el sentido metafísico de lo morboso, lo diabólico y lo corrompido, el alquimista de la novela moderna, en donde encontraremos la verdadera clave del libro.

Observemos, para empezar, el uso de la técnica "sinfónica", la anticipación, repetición y variación de los temas en innumerables planos, y el desarrollo en *tempo* lento de las situaciones, cuyo desenlace viene de súbito (Kafka, al contrario, comienza *ex abrupto* y se pierde en un desarrollo infinitesimal). Fijémonos en el interés irracional de Félix por las duplicidades—*das Doppelwesen*—hermano-hermana, masculino-femenino, madre-hija, vida muerte... Tengamos en cuenta el enciclopedismo del profesor Kuckuck, los alardes poliglotas de Félix, el intelectualismo de la poetisa francesa Diane Philibert y, en especial, las teorías estéticas del padrino Schimmelpreester. "Fidias—solía decir Schimmelpreester—, también llamado Feidias, era un hombre de dotes más que ordinarios, como puede deducirse del hecho de que fuera encontrado culpable de robar el oro y el marfil que le habían

confiado para la estatua de Atenea y de que fuera encarcelado. Pericles, que le descubrió, le dejó escapar, demostrando así que no era sólo un experto en arte, sino, además—lo cual es importante—, un experto en comprender la naturaleza de los artistas."

El tema central del libro, el eje de las confesiones, es una tesis "manniana" del último período: el *primum mobile* del Arte, puede decirse que de la cultura toda es la payasada primitiva, la bufonada macabra, el salto mortal, la danza ritual, el punto aquel donde la pantomima y la muerte se juntan. El tema central se anticipa en las carnavaladas y los fuegos de artificio que Engelbert Krull, fabricante del desacreditado champaña "Loreley extra cuvée", el padre del héroe, organiza para el regocijo de sus invitados. Después de cristalizar en la primera visita de Félix, acompañado de su padre, al Teatro y sus camerinos, el tema culmina en las visitas de Armando Kroull a la función de gran gala del Stoudebecker Circus, en París, y del seudomarqués de Venosta a una "corrida de toiros" en Lisboa. En estos tres momentos decisivos, su contacto con el Teatro, la Pista y el Ruedo, Félix sabe calar en lo más hondo de la Comedia, el Circo y la Tauromaquia, y se siente identificado por completo con los "artistas"; porque él mismo es un "artista", un poeta de la vida que en cada momento está creando su propio ser, sin dejarse comprometer por ninguno de los papeles que elige representar. "... todo lo que he conseguido en mi vida de acción ha sido el resultado de autoconquista. En verdad, debe ser considerado como un acabamiento moral de alto orden"—nos dice Félix. Y en otra ocasión añade: "... si fuera permisible describir y definir intelectualmente un tesoro emocional tan noble como la libertad, pudiéramos decir que vivir "como" un soldado, pero no "de" soldado, figurativamente pero no literalmente; ser permitido, en resumen, vivir simbólicamente, significa la libertad verdadera".

Tales párrafos serían, sin duda, muy del gusto de cualquier filósofo "existencialista" si el tono de parodia del tataranieto de Símplex no fuera aún más acusado que el que empleó Serenus Zeitblom para contarnos la vida del moderno doctor Faustus o el que usó Clemente, el monje irlandés, para narrar la historia del Papa Gregorio.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

La labor del historiador, el poder y la calidad intelectual de su obra suelen medirse en quilates de objetividad. Tanto una obra histórica lo es en su sentido más perfecto cuanto más se conserva y se respeta esa objetividad. La objetividad histórica no puede consistir únicamente en presentarnos hechos, documentos, sucesos; todo esto pertenece a una función previa de la del historiador, sin la cual ésta no es posible, y que le condiciona y determina. Pero la función decisiva del historiador es "leer" la realidad, entender clarísima y limpiamente los sucesos, los documentos literarios en sí, desnudamente presentados, esto es, sin el montón de opiniones e interpretaciones que tras ellos han caído, y que no tienen otro valor que el mostrarnos cómo la Historia puede ser tema para distintas y, a veces, contradictorias lecturas.

Mommsen decía, a propósito de la historia de Roma, que es *cum ira et cum studio* como se llega a hacer historia; si esta pasión es al par deseo de entender, reconstrucción viva y veraz del pasado, tamizado por la mente conformadora del historiador, entonces la "lectura" de la Historia sólo puede ser una. Las contradicciones aparentes se desvalorizan y aniquilan, y sirven de enseñanza inmejorable para entender épocas, intereses, realidades posteriores, que por motivos ajenos a aquellos de la objetividad histórica pretendían hacer del acontecer histórico un ejemplo de determinadas teorías y una conformación de determinados prejuicios.

Una rama mínima, a veces desacreditada, dentro del árbol frondoso de la investigación histórica, presenta la "novela histórica". Ella ha sido frecuentemente la construcción, sobre unos cuantos datos y unos cuantos nombres famosos, de teorías arbitrarias y anacrónicas. Pero con esto, con la mala fortuna que haya tenido este género literario, no queda desechada la posibilidad del valor de tal género. Y ello porque los personajes históricos también son subjetivos; porque, aunque parezca contradictorio que precisamente en una ciencia cuya excelencia va en razón directa de su objetividad, sean sus temas subjetividades, quiero decir la raíz íntima de sus personajes, esta subjetividad ha trascendido hasta obras y comportamientos. En tanto que esas subjetividades se logren conectar con los hechos que las trascendieron, tendrán el mismo valor y presentarán la misma realidad que éstos. La historia es en gran parte creación del hombre, y éste, como individualidad,

eje de una época, como ejemplo y paradigma de inquietudes y logros es un tema de primer orden para el investigador.

Naturalmente que, en la novela histórica, como muchas veces se ha levantado sobre hechos imaginados, sobre situaciones no reales, el protagonista, al enfrentarse con ellas, con realidades que no le pertenecían, podía presentar un perfil debido sólo a la imaginación del novelista. Desde este momento la obra dejaba de ser histórica para quedar reducida, en el mejor de los casos, a puramente literaria.

Las *Memorias de Adriano,* que ha publicado Margarita Yourcenar, son una perfecta novela histórica. En su lecho de muerte, Adriano, enfermo, escribe a su presunto sucesor Marco Aurelio: "Poco a poco esta carta, comenzada para informarte de los progresos de mi mal, ha llegado a ser el abandono de un hombre que no tiene ya la alegría necesaria para dedicarse a los negocios del Gobierno y se ha convertido en la meditación escrita de un enfermo que ha dado audiencia a sus recuerdos. Me propongo, además, otra cosa: he tomado el propósito de contarte mi vida... La verdad que quiero contarte no es particularmente escandalosa, y si lo es, lo es sólo en la medida que toda verdad es escándalo. No espero que tus diecisiete años comprendan demasiado de todo ello; pero pretendo instruirte y al mismo tiempo inquietarte. Tus preceptores, que yo mismo he escogido, te han dado esa educación severa, vigilada, demasiado protegida quizá, de la que yo espero, sin embargo, un gran bien para ti mismo y para el Estado. Te ofrezco aquí, como correctivo, un relato desprovisto de ideas preconcebidas y de principios abstractos, sacado de la experiencia de un solo hombre, que soy yo mismo. Ignoro a qué conclusiones me llevará esta narración. Cuento con este examen de los hechos para definirme, para juzgarme tal vez o, al menos, para conocerme mejor antes de morir."

Margarita Yourcenar ha reconstruído las memorias del emperador Adriano basándose en la *Historia romana,* de Dion Cassio, y la *Vita Hadriani,* de Espartiano. Estos autores se inspiraron a su vez en documentos perdidos como, por ejemplo, las auténticas *Memorias de Adriano,* que éste publicó bajo el nombre de su liberto Flegón. Pero, además de estas obras, está presente en el libro de Margarita Yourcenar toda la moderna literatura sobre tal tema, desde la obra maestra de Wilhelm Weber *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrian,* 1907, hasta la *History of the Jews,* de A. L. Sacher, 1950. En una breve nota final se nos informa de la realidad histórica de algunos personajes o de algún hecho que no esté plenamente confirmado por la investigación histórica,

pero que tenga sentido insertarlo en su narración; así, por ejemplo, el encuentro no seguro de Estratón de Sartes y el emperador, o que Pompeyo Proclo, gobernador de Bitinia, lo fuera aún en los años 123-124, cuando Adriano pasó por allí.

Esta rigurosidad histórica se debe, sin duda, a que la autora—actualmente profesora de literatura en Nueva York—ha dedicado gran parte de su actividad intelectual al estudio de la filología clásica, fruto del cual fué su libro sobre *Píndaro,* publicado en 1932 (Edición Grasset), y con el que adquirió renombre en el mundo de los especialistas. Cuando en 1951 se publicaron las *Mémoires d'Hadrien* constituyó su aparición un éxito extraordinario: se le concedió el premio Fémina y otro de la Academia Francesa. Al traducirse en 1953 al alemán escribió Thomas Mann: "El libro más hermoso que he leído desde hace mucho tiempo. ¡Una mujer asombrosa esta Yourcenar!"

¿Qué es lo que representaba este libro? ¿Cómo apareció en él la "novela histórica"? El lema de la obra es ese poema del emperador, delicioso e intraducible, donde el idioma latino adquiere una plasticidad, una gracia, una ternura inimitable. Ya no es más: resonancias imperiales en hexámetros virgilianos ni "monumentos más perennes que el bronce" en la época de Augusto. En las cinco líneas de Adriano ha quedado expresada, como en ninguna otra obra literaria de su época, el perfil fantasmal que iba adquiriendo el gran Imperio:

Animula, vagula, blandula
Hospes comesque corporis
Quae nunc abibis in loca
Pallidula, rigida, nudula
Nec, ut soles, dabis iocos...

A pesar del esfuerzo genial del emperador por mantener las conquistas de Trajano, a pesar del *Saeculum Aureum* y de la *Disciplina Augusta,* la firme estructura política del Imperio comienza a debilitarse. Este derrumbamiento aparece en el mismo espíritu, en la problemática de Adriano. Un logro indiscutible de este libro es, pues, la figura del emperador, que no nos aparece como conquistador de los partos ni como gran pontífice, sino como un hombre angustiado e inquieto, errante por todo su enorme Imperio, más griego que romano, cuya enorme capacidad de acción más que a un impulso creador, a un afán de dominio, se debía precisamente a su propia inseguridad y a su íntimo desasosiego. Adriano cuenta su vida en estas *Memorias;* a lo largo de ellas va haciendo reflexiones sobre la política, la filosofía, la literatura, el arte; más que

su vida oficial es este reflejo de su vida íntima lo que se nos aparece; pero esta vida íntima, plena de escepticismo, falta de apoyo, es una de las causas del éxito de este libro, que aparece precisamente en la época del "existencialismo francés". No es, desde luego, un Adriano "existencialista" el que se nos presenta en esta obra, no es un "extranjero" que no encuentre motivos para obrar porque nada tenga sentido. El espíritu de Adriano es moderno no porque lo sean sus preocupaciones, sino porque la personalidad que a través del libro se nos revela no pertenece a esa especie fantasmagórica e irreal con que se fabrican muchas biografías históricas, sino porque se mueve dentro de los ámbitos de la más simple y desnuda humanidad. Y estos problemas e inquietudes del emperador son los de siempre: los problemas eternos que aparecen en todos los hombres exponentes y soportadores en sí de épocas decadentes, de momentos históricos alrededor de los cuales la Humanidad va a girar para tomar nuevos rumbos.

¿Hasta qué punto tiene valor histórico la figura de Adriano dibujada en estas memorias? ¿Fué Adriano tal cual en este libro se nos aparece? Quizá no tenga sentido plantearse semejante pregunta a no ser que la hagamos extensiva a cualquier tipo de investigación histórica. La dificultad, pues, que plantea la realidad de este personaje es la misma que puede plantear cualquier obra histórica. ¿Podemos expresar en un libro histórico, y no ya sólo en una novela, esa realidad inexperimentable, vaporosa e incierta que es una vida ajena? Margarita Yourcenar lo ha intentado de la única manera posible, que es respetando y aprovechando todos los hechos históricos, dejando sobre algunos "esa incertidumbre, que más que la incertidumbre de la historia es la de la vida misma".

Esta historia de la intimidad de Adriano, sus opiniones sobre su persona, sobre su significación y sobre el Imperio que le rodeaba, tienen la fuerza de una gran creación literaria y, al par, la consistencia de una obra histórica. Al lado del Adriano histórico, o sea del Adriano emperador, que construye templos, sostiene el Imperio en las fronteras que le dejó Trajano, y codifica la administración de Italia en el *Edicto Perpetuo,* nos ha dado Margarita Yourcenar el Adriano personal. Si aquél es fácil de admitir al relacionar su personalidad con las obras que brotaron de ella, éste queda siempre envuelto por la nebulosidad que lleva en sí toda afirmación sobre la vida íntima, sobre los móviles que empujan a un determinado objetivo, sobre la serie indefinida de matices que condicionan la persona. El hombre Adriano de este libro es, sin embargo, una profunda y veraz interpretación. Margarita Your-

cenar no construye una fantástica teoría, sino que, sencillamente, intenta situarse en la conciencia del propio emperador, y desde allí, con la mayor fidelidad, narrar la circunstancia que le rodea, proyectarse continuamente en ella y hacer surgir de sus contrastes la figura de Adriano.

La problematicidad, pues, que esta historia no de hechos, no de objetos, sino de sujetos lleva consigo, se sitúa más allá de las posibilidades históricas y se justifica precisamente por ello. Lo que falta a esta novela histórica para adquirir cualidad de Historia como tal es el "juicio histórico" sobre los hechos y las vidas que en ella aparecen; ahora bien: esto saldría ya fuera del ámbito asignado a una obra de este estilo, cuyo mérito máximo ha de consistir en una interpretación en la que esté implícito este juicio histórico y sea evidente al lector el formularlo.

EMILIO LLEDÓ

AL MARGEN DE UN LIBRO DE CARMEN LAFORET: *PAULINA O LA SINCERIDAD*

(COMENTARIOS A UNA LECTURA)

El acierto de una obra son sus personajes. Lo importante es eso caliente y humano que se nos da en el protagonista. Cuando una obra tiene personaje, la obra tiene vitalidad, se justifica. Ese y no otro es, a nuestro modesto juicio, el acierto de "Paulina", "la mujer nueva".

Todos hemos conocido mujeres; pero no todos han conocido a "Paulina". Esa mujer que se hace realidad en la fantasía del lector y que no pasa de ser una fantasía real para quien le dió la vida. Otra vez, Carmen Laforet vuelve a regalarnos con un personaje entrañable y humano; débil y valeroso a la vez. Aquella absorta Andrea de *Nada*, pálida, triste, fugitiva criatura, es aquí esta "Paulina" llena de vitalismo honrado, ajena a falsos prejuicios, sana en todas las intenciones de su espíritu y de su cuerpo. Nos interesa "Paulina"; podemos encontrarla en nuestra vida real, quizá en algún momento la hemos encontrado. Pero "Paulina" nos resulta también enigmática, profunda, sencilla. Enigmática porque

es hija de sus espontáneas vivencias, que ella misma difícilmente puede explicar. Es profunda porque no es ajena a esa intuición que la abraza en curiosidad, en saber, para hacer "su camino". Es sencilla porque, fundamentalmente, es sincera. Creemos que la sinceridad de "Paulina" es su cualidad más sobresaliente y definida. Ella no sabe ser hipócrita; nos lo dirá en más de una ocasión a lo largo de la obra. Por eso no puede admitir la convivencia de Eulogio hasta convencerse de las poderosas razones que la han de llevar hasta él. Por eso no es fiel a Antonio en la profunda razón instintiva de mujer; pero, por otro lado, no puede admitir ese camino si en él ha de aparentar "algo" que ya no es suyo. Por eso no puede vivir en "Villa de Robre", porque su propia sinceridad se lo impide. Por eso intenta una vida más suya que se hace después una vida egoísta, y, por tanto, una vida falsa, contraria a sus deseos y aspiraciones.

La verdadera transformación de "Paulina" está en ese encuentro aparentemente superficial con el hijo, cuando nace una rebeldía que es sólo el impacto con una realidad que la circunda. Es sólo la consecuencia natural de aquella transformación presentida desde hace años y sentida después de golpe con ímpetu y claridad meridiana en el amanecer de un tren sobre Castilla, frente a "mil aromas de hierbas secas y humildes". Poco a poco vamos no sólo viendo lo que es "Paulina", sino sintiéndola. Se hace táctil, corpórea. Es una criatura que se alimenta de una insaciable sed de sinceridad. Nos produce dolor el despego que "Paulina" siente por sus padres, pero nos lo explicamos. Ella no quiere ser, ni hacer, lo que ellos fueron e hicieron. "Paulina" está hecha noblemente para lo noble; ella lo sabe, lo quiere, lo espera. Toda la obra en este personaje, y todo el personaje, es esto sólo: sinceridad.

Nunca es "Paulina" más fuerte, más suya y más de su propio mundo que cuando ella trueca lo que era ardiente deseo de felicidad por ese equilibrio de verse "gozosamente vivir". No pide demasiadas explicaciones, se contenta con ese descubrimiento insólito de lo que estaba en ella y buscaba ansiosamente, con angustia y desasosiego, en los demás.

El amor se hace para "Paulina" armonía, conocimiento; no es la pequeña o la gran pasión lo que la interesa: aquello es sólo lo que se enciende con el deseo y se apaga con el dolor y el remordimiento. Por eso, lo que había de exigencia natural desde el principio, la propia e inexcusable necesidad de ser sincera consigo misma, es después de un período de crisis que le induce a someter a una revisión sus propias convicciones, para estimar un deseo de

amar no como una querencia ciega y atrayente, sino como la clave de su propia sinceridad.

"Paulina" había sido una fiel observadora de lo que sentía, lo que le había permitido poder ser descarnadamente sincera con su propia persona. No ha podido vivir sin preguntarse qué la pasa. Que le pasa por su corazón. Quiere claridad y verdad aun dentro de los sentimientos más complicados y contradictorios. Cuando lo presentido se hace luz, lo hace llegar hasta sus últimos rincones íntimos. Hay muchos momentos de dura prueba para "Paulina"; se somete a la presión de sus propios recuerdos personales, a la cercanía de unas figuras que la han sugestionado; por eso puede comprender si su emoción o sentimiento es falso o verdadero. Es toda una lucha para ser fiel a sí misma. Pero "Paulina" es fina espiritualmente; tiene una mínima exigencia: la de su sensibilidad a flor de piel. No quiere el menor fingimiento ni hace concesión a una fácil sensibilidad; por eso tiene un gran temor a sufrir influencias. Mide el más leve rumor—secreto de su propia angustia—cuando queriendo ser sincera no llega a serlo.

Los demás personajes de la novela son un poco lo que es "Paulina"; son su contraste, su contraluz. Alguien nos ha dicho que, sin embargo, "Paulina" no tiene rostro; no sabemos exactamente de su belleza, poca o mucha, de su fisonomía total. Quizá sea cierto; pero yo estimo que no nos interesa su rostro, que lo que realmente nos interesa es lo que ella, simbólicamente, representa. Tal vez es más cierto que los restantes personajes de la obra están demasiado en un segundo plano, demasiado borrosos, perdiéndose fugitivos en la mente creadora de la autora. Reconocemos que no todos están a la altura de lo que exigía una figura como "Paulina" y sólo sentimos que esa mujer inteligente, sensible, sincera, pudiera estar interesada por un tipo tan vulgar y mediocre como lo es Antonio. ¿Nos ha querido dar la autora un contraste ilógico, tan característico del mundo femenino? Tal vez. En cualquier caso es un episodio necesario para explicar esa sinceridad que "Paulina" busca en sí misma, y que es el gran tema de la obra.

Hay una aportación que es importante para que podamos sentir a "Paulina", y es el clima de un paisaje. Un paisaje en el que fácilmente recuperamos horas de nuestra vida personal. El paisaje es el nuestro, como el tiempo es también nuestro. Quizá es lo que nos permite comprender a "la mujer nueva" como una "mujer de nuestro tiempo".

Así es como "Paulina" se nos aleja al final por ese Retiro madrileño de nuestras juveniles esperanzas, acogida al amparo de

Eulogio, como si la hubiéramos conocido y admirado en una realidad cercana.

Como "Paulina" es en el fondo pueden ser muchas mujeres; si no lo son es porque desconfían de su propio camino y no tienen confianza para amar sinceramente, viviendo con simple "gozo de vivir".

JAIME MURILLO RUBIERA

ANTOLOGIA DE POESIA ESPAÑOLA 1954-1955

Un quehacer como el de la antología, tan de siempre, no podía ser ajeno al nuevo enfoque de estos tiempos que, en lo poético, están significados, universalmente, por la abundancia y, por tanto, por la dificultad seleccionadora.

En labios de nuestros abuelos, e incluso de nuestros padres, antología venía a querer decir definitivo: puro grano sin paja. Dos circunstancias esenciales han aconsejado la necesidad de estos libros panorámicos donde figuran, como en el presente, no ya todos los poetas vivos importantes, sino aquellos que han destacado durante un año.

Dos circunstancias decíamos: la primera, tratar de acercar la poesía al público destruyendo, tratando de destruir más bien, cierto "complejo" de desatención; la segunda—no explícita, pero me figuro que real en el propósito de la editora—, facilitar así la tarea de antólogos futuros, a la vista de estos balances líricos (valga la expresión). De este modo, podrá valorarse tanto el poema aislado como los libros. Y, en definitiva, servirá de incentivo.

Pero, por algo más, me parece importante y verdadera novedad lo que la editorial Aguilar ha acometido. Es ello el que figure, al pie de cada poema, la revista donde fué publicado. Ya se lamentó Dámaso Alonso de que se hubiesen perdido números en que colaboraron autores que, con el tiempo, fueron grandes, y cuyas primeras muestras es imposible conocer o supone una búsqueda fatigosísima. Aquí está la solución: una perfecta ayuda bibliográfica sin la que, en consecuencia, es casi imposible un completo dictamen crítico.

No es posible, naturalmente, percibir el nuevo y forzoso sentido que la poesía ha de tener. Sí permite este libro "ver" desde su

mismo arranque lo que la más reciente promoción apunta: la aspiración de la claridad, la visión humana menos desgarrada, más irónica, más coloquial en su forma, recogiendo el mensaje de maestros anteriores. Todo esto, incipientemente; todavía sin brío en formación. Ya es sabido que, en las coyunturas espirituales de hoy, no se dan esos rompimientos absolutos con lo anterior, que solían ser más espectaculares que efectivos.

De la recopilación fué encargado Rafael Millán, que ha asumido, en nuestra hora, esa difícil, compleja e ingrata misión de rebuscar hasta sacar a primer plano lo más digno de cuanto se escribe en poesía. Antólogo oficial, cuyo acierto es patente.

En el resumen del 54-55 constan ciento dieciséis poetas. Que nadie se lleve las manos a la cabeza. Repetimos que, si se entiende exactamente el valor de tantas inclusiones, no será causa de nuevos confusionismos a añadir.

El público, al parecer, ha respondido bien al esfuerzo. Y, queramos o no—están o deben estar progresivamente desechadas unas lamentables pretensiones minoritarias en las que, a veces, se embosca la mediocridad—, la opinión del público importa.

La antología puede haber perdido su identidad con lo definitivo. Puede ganar en eficacia contrastadora.

JIMÉNEZ MARTOS

INDICE

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor español *F. de la Torre.*